

CURSOS y CONFERENCIAS



SUMARIO:

Venancio DEULOFEU — RELACIONES ENTRE LA QUÍMICA Y LA MEDICINA: I.

Leopoldo HURTADO — ESTÉTICA DE LA MÚSICA CONTEMPORÁNEA: III. *Discusión del concepto de objetividad.*

Héctor P. AGOSTI — CRÍTICA DE LA REFORMA UNIVERSITARIA: V. *La actitud de los estudiantes.*

Felipe COSSIO DEL POMAR — LOS "ISMOS" EN LA PINTURA CONTEMPORÁNEA: VI. *Purismo.*

Rene BERGER — EL PROBLEMA DE LAS REPARACIONES Y LOS PAGOS INTERNACIONALES: II.

Aníbal PONCE — LAS LUCHAS DE CLASE Y LA EDUCACIÓN: IV. *La educación del hombre feudal.*

AÑO III
NUM. 10

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar
Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores

Secretaría: BELGRANO 1732

DESPLGADO

BUENOS AIRES

30/12/34

ESPASA-CALPE S. A.

HA PUBLICADO:

Meditaciones Políticas

Por ANGEL SANCHEZ RIVERO

Los mejores estudios de uno de los más hondos escritores de la moderna generación literaria española.

Precio \$ 2.75

En la misma colección

San Alejo, por Benjamín Jarnés \$ 1.20
Fin de semana, por Ricardo Gullón „ 1.65
Baladas del Quijote, por Andrés Ochando „ 2.20

Otras novedades de interés

Ensayo biológico sobre Enrique IV. de Castilla y su tiempo, por el Dr. Gregorio Marañón, \$ 2.75 — Ingleses, franceses y españoles, (nueva edición), por Salvador de Madariaga, \$ 3.30. — Una mujer en la U.R.S.S., por Magdalena Lauret, \$ 2.75. — Mis memorias, por María de las Nieves de Braganza y Borbón, \$ 5.50. — Doña Pabla, por Alvaro de Albornor, \$ 2.75. — Recuerdos de mi vida, por Gabriel Maura y Gamazo, \$ 2.75.

De venta en todas las buenas librerías o en

ESPASA-CALPE S. A.
TACUARI 328 BUENOS AIRES



Relaciones entre la Química y la Medicina⁽¹⁾

Por VENANCIO DEULOFEU

I

La química surgió a la categoría de ciencia pública por la influencia de la medicina. A Paracelso y sus sucesores se debe el abandono de los métodos secretos utilizados por los alquimistas en el vano esfuerzo de encontrar la piedra filosofal y el elixir de la larga vida.

La existencia antes de esa época de industrias que hoy llamaríamos químicas o metalúrgicas, así como de la farmacia, no significa que la química tuviera una existencia propia, pues se basaban en procedimientos demasiado empíricos, para poder conducir al desarrollo de una ciencia.

Paracelso fué el primero en proclamar que la alquimia no estaba destinada a producir oro, sino a preparar sustancias para curar las enfermedades. Bajo esta prédica, la química comenzó a enseñarse en las universidades y en las escuelas, como esencial para la educación médica, una situación no abandonada hasta nuestros días.

(1) Conferencia pronunciada con motivo de las Sesiones Químicas Argentinas, el 16 de agosto de 1934, al considerarse el tema *El químico y la salud pública*.

Los nombres de los principales iatroquímicos, como van Helmont, De la Boë Sylvius, Scala, Willis, etc. marcan todo un período de intensa vinculación de la química y la medicina, que puede delimitarse entre el 1500 y la segunda mitad del siglo 17. Eran médicos que admitían que las enfermedades provenían de la modificación de los procesos químicos que se producen normalmente en el organismo y que sólo podían curarse por remedios químicos apropiados. De la Boë Sylvius, profesor de medicina en Leyden consideraba dicha ciencia una parte de la química aplicada.

Al tomar esa importancia dentro de la medicina, el estudio de los fenómenos químicos se extendió considerablemente, se descubrieron nuevas sustancias y sólo la teoría no fué modificada.

Esta unión de la química y la medicina en el período iatroquímico es indudablemente la causa que en los años siguientes, los cultores de las ciencias químicas fueran también cultores de la medicina.

En Boyle, el defensor de la separación de la química y la medicina y que sostuvo la existencia de la primera como ciencia propia, encontramos a pesar de todo, un hombre preocupado por problemas médicos. Otros nombres pueden mencionarse. Becher, un precursor del flogisto fué profesor de medicina en Mainz, Mayow, que reconoció que el aire entraba en las combustiones y en los fenómenos respiratorios, era un médico práctico, Boerhaave fué un médico y químico famoso, y Stahl el fundador de la teoría del flogisto ocupa un lugar tan destacado en la historia de la química como en la historia de la medicina. Finalmente Lavoisier, el fundador de la química moderna, no desdeña estudiar los fenómenos de la respiración y de las combustiones en los organismos, que son todo un capítulo de la fisiología.

En esa época comienza también la caracterización y aislamientos de sustancias que forman parte de seres vivos o son productos residuales del metabolismo. Se caracterizó por ejemplo la urea, el ácido úrico y la glicerina. El siglo 19 presencié las primeras síntesis químicas de esas sustancias. Wöhler que era también médico, obtuvo en 1828 la urea por síntesis y produjo así con ese hecho, una modificación fundamental en la

teoría entonces dominante que los cuerpos que se encuentran en los organismos vivientes no pueden obtenerse en el laboratorio. Esta demostración ha sido el origen de numerosos trabajos en ese sentido, y aun hoy el aislamiento, la determinación de la estructura y la síntesis de sustancias producidas por animales y vegetales, es una de las grandes tareas de la química y una de las que más estrechamente la vinculan con la medicina.

De esa vinculación sólo han derivado beneficios para ambas ciencias. En unos casos las investigaciones en el campo de la medicina han abierto nuevos rumbos a las químicas. En otros ha ocurrido lo inverso, la química ha señalado el camino a seguir para una mejor solución de los problemas que se presentan en las ciencias médicas, especialmente en sus disciplinas básicas.

Lo amplio de estas relaciones, hace imposible presentarlas en detalle bajo todos sus aspectos. Consideraremos tan sólo algunos problemas que vinculan especialmente la medicina con las químicas orgánicas y biológica.

La quimioterapia.

Por el nombre que tiene, la quimioterapia sería la curación por medio de drogas, o sea una aplicación moderna de los principios de Paracelso.

No es así sin embargo, la quimioterapia actual, busca sobre todo el hallazgo de medicamento específicos para enfermedades determinadas; aquellas que resultan de la introducción en un organismo huésped, de un agente patógeno. Presupone así una estrecha vinculación entre químico, bacteriólogo, protozoólogo y médico, para poder obtener un resultado satisfactorio.

El químico interviene en esa tarea, tratando de preparar nuevos compuestos que encierren en su molécula grupos activos capaces de actuar sobre los organismos infectantes, y su acción debe ser altamente selectiva, tener una toxicidad máxima para ellos y una toxicidad mínima para las células de los tejidos del portador.

Fueron estas ideas de selectividad las que condujeron a

Ehrlich a sus estudios quimioterápicos. La selectividad que había visto en la coloración vital, donde un colorante introducido en un organismo vivo, se fija tan sólo sobre determinados tejidos. Igual la droga para actuar debía fijarse, como concretó en la frase: *Corpora non agunt nisi fixata*.

Entre los principales estudios de la escuela de Ehrlich deben mencionarse los relativos al hallazgo de sustancias que actuaran sobre los tripanosomas que condujeron luego al estudio de los arsenicales, y a la síntesis del salvarsan. Este quedará siempre como ejemplo del método y de la finalidad de la quimioterapia.

Los progresos en quimioterapia son lentos, porque es punto menos que imposible generalizar, y sólo el ensayo de centenares de sustancias, conduce de vez en cuando a un resultado satisfactorio. A pesar de ello los últimos años han visto contribuciones importantes de la misma al tratamiento de diversas enfermedades.

Por ejemplo en la lucha contra la malaria. En este caso el remedio clásico ha sido el empleo de los alcaloides totales de la corteza de quina administrados bajo forma de polvo fino de la misma, hasta que los estudios de Pelletier y Caventou permitieron aislar en 1820 dos alcaloides puros la quinina y la cinconina, que fueron años después seguidos por otros nuevos.

De todos ellos, la quinina fué el más empleado en el tratamiento de la malaria. Es un alcaloide de constitución compleja con un núcleo quinolínico y otro llamado quinuclidínico, y que actúa favorablemente en la malaria, por su acción directa o indirecta sobre una de las etapas de la evolución del agente infectante, la etapa de esquizonte.

Schulemann, Schoenhoefer y Wingler, al iniciar una serie de estudios destinados a hallar nuevos antimaláricos, decidieron preparar varios derivados que contuvieran el núcleo quinolínico y llegaron así a un compuesto denominado plasmoquina.

Encontraron con sorpresa, y ha sido ampliamente confirmado, que esta sustancia tiene una acción muy distinta que la quinina. Casi no actúa sobre los esquizontes, pero sí sobre otra etapa de la evolución del parásito, la de gameto, hecho impor-

tante, pues ésta es la forma del mismo, que transmite la infección de una persona a otra por intermedio del mosquito.

Cuando la estructura de la plasmoguina, se altera a una semejante, pero con un núcleo acridínico en lugar de quinolínicico, como lo hicieron Mietsch y Maus (1932), se obtiene un nuevo producto denominado atebrina el cual ya no posee la propiedad de actuar sobre los gametos, y en cambio al igual que la quinina actúa perfectamente sobre los esquizontes.

Los métodos químicos han permitido así obtener por vía sintética un producto de propiedades terapéuticas semejantes a las de la quinina y otro que completa la acción de la misma, al actuar sobre los gametos, propiedad que no se conoce posea compuesto natural alguno.

Los estudios de laboratorio han hecho también un remedio moderno, de ciertos derivados del antimonio, una sustancia que posiblemente bajo forma de trisulfuro, fué empleado por casi todos los pueblos de la antigüedad para el tratamiento de enfermedades.

La importancia actual de esos derivados proviene de la observación efectuada en 1907 por Plimmer y Thompson que el tártaro emético eliminaba ciertas especies de tripanosomas de la sangre de ratas infectadas. Se aplicó entonces al tratamiento de enfermedades tropicales y Gaspar Vianna en 1913 demostró que podía utilizarse con éxito para la cura de la leishmaniosis lo que hizo que su empleo se extendiera muy pronto a otros países, especialmente en la India, donde el tipo existente, el kala azar, daba, antes de la introducción de ese medicamento una mortalidad del 90 %.

Pero el tratamiento con tártaro emético, donde el antimonio se encuentra al estado trivalente presenta ciertos inconvenientes. La toxicidad alta de la droga, el tratamiento largo y sobre todo la existencia de casos resistentes a la misma, no la hacían el remedio ideal.

Los métodos de la química orgánica, permitieron emplear prontamente derivados del antimonio pentavalente que se revelaron más eficaces y menos tóxicos, y después de ensayar varios centenares de compuestos se ha llegado entre otros al lla-

mado Heyden 693 y a un derivado del mismo, el 693 B o neostibosan de naturaleza aun desconocida, y cuya eficacia es tan grande que se ha logrado disminuir la mortalidad en el kala azar, de la ya mencionada de 90 % al 4,2 %.

Las Vitaminas

Las avitaminosis son enfermedades al conocimiento de cuya etiología desarrollo y tratamiento ha contribuido la química en alto grado. Se producen por la carencia en los alimentos de factores esenciales que fueron llamados vitaminas por Funk.

Los métodos químicos han permitido la diferenciación de las diversas vitaminas, permitiéndolas clasificar fácilmente. lo mismo que a las enfermedades que producen, demostrando el origen diferente de cada una, y vinculánolas a otras sustancias del organismo con las cuales nunca podríamos suponer *a priori* que hubiera relación.

Consideremos el caso de las vitaminas del grupo B, que ocupa un lugar destacado entre ellas por ser las primeras encontradas, en base a las clásicas observaciones de Eijkmann sobre el desarrollo del beri-beri en las prisiones de Java, por el consumo continuado de arroz decortinado.

En el hombre se observaron trastornos cardiovasculares, edemas y polineuritis. En animales algunos de esos signos pueden reproducirse experimentalmente, existiendo a menudo paro en el crecimiento, y lesiones cutáneas.

En un comienzo se pensó que todos los trastornos observados se debían a la falta de una única sustancia que se llamó vitamina B. Efectuando experiencias con animales se encontró sin embargo que extractos purificados de vitamina B, curaban determinados aspectos de la enfermedad, sin llevarlos sin embargo a condiciones normales.

La preparación de vitamina B₁ al estado puro, realizada casi simultáneamente por varios investigadores confirmó estos hechos, pues la adición de la misma a una dieta carente en ese factor y que se administraba a ratas, si bien suprimía los

síntomas semejantes al beri beri humano, no evitaba que los animales dejaran de crecer y que aparecieran en los mismos ciertos signos cutáneos más o menos acentuados.

Cada trastorno resultó tener origen en una vitamina distinta, y la vitamina B se reveló como un complejo, recibiendo la parte anti beriberica o antineurítica del mismo el nombre de vitamina B₁ siendo su fórmula química C¹²H²⁰N⁴O²S, no habiéndose aún determinado su estructura. Otras partes de ese complejo recibieron el nombre de vitaminas B₂ (G), B₃, B₄ etc. En varios laboratorios se iniciaron entonces trabajos para obtener vitamina B₂ pura, y ellos han conducido a importantes descubrimientos que han de aportar contribuciones fundamentales al progreso de la química y de la biología y por ese camino al de la medicina toda.

Partiendo de la observación que las soluciones concentradas de vitamina B₂ presentan color amarillo y fluorescencia verde, Kuhn y sus colaboradores aislaron de la leche (suero) y de la clara de huevo, sustancias colorantes que poseían esas propiedades. Las llamaron respectivamente lacto y ovoflavina, y Ellinger que casi al mismo tiempo aislara la de la leche dió a este grupo de colorantes orgánicos solubles en agua y fluorescentes el de lyocromos por oposición a los lipocromos ya conocidos. Después se aislaron lyocromos de la orina (Koschara, 1934) y del hígado (Karrer, 1934). La lacto, la ovo y la hepatoflavina parecen responder todas a una misma fórmula C¹⁷ H²⁰ N⁴ O⁶ pero lo más interesante es que están dotadas de una intensa actividad como vitamina B₂.

La preparación de la vitamina B₂ al estado puro, ha permitido además estudiar algunas propiedades de la misma. Wagner-Jauregg ha podido así comprobar que en presencia de tejido muscular funciona como un aceptor de hidrógeno y que por lo tanto puede intervenir en los procesos de respiración. Pero en ellos su función no está reducida a este papel. Warburg y Christian han aislado de la levadura una sustancia con todas las propiedades de un fermento que intervendría en los procesos respiratorios de esos organismos. Ese fermento tiene un grupo activo con las características de los liocromos que pueden actuar como vitamina B₂.

En este caso, la identidad de sustancias de acción fisiológica tan distinta ha podido ser determinada tan sólo por métodos químicos, que con toda seguridad han de seguir contribuyendo en la misma forma a aclarar en el futuro la vinculación existente entre los distintos principios que forman los organismos, otro ejemplo de lo cual hemos de encontrar más adelante.

Las hormonas

Para probar en forma terminante la estrecha vinculación entre química y medicina, consideremos ahora el caso en que tal vez ha sido llevada al máximo, el de las sustancias activas producidas por las glándulas de secreción interna: las hormonas.

Es habitual aunque no siempre haya ocurrido así, que se presente en estos casos primero el problema patológico, la existencia de trastornos orgánicos que se vinculan a glándulas determinadas. Luego se pasa a los estudios fisiológicos que determinan la forma normal de acción y la interrelación con las demás hormonas, y las modificaciones que se producen en distintos órganos por la producción exagerada o disminuída de ellas.

Los trabajos fisiológicos van siempre acompañados de estudios químicos, que comienzan por la preparación de extractos conteniendo esos principios glandulares activos que por de pronto son necesarios a la fisiología como contraprueba de la existencia hormonal.

Pero el fin principal de la química en ese terreno, es determinar en primer lugar la naturaleza y la estructura de esas sustancias, lo que una vez realizado suele conducir a nuevos progresos en la misma fisiología, la patología, la farmacología y la terapéutica. Conocida su constitución, la síntesis de la hormona es el paso siguiente, aunque éste no es ya sino uno de los tantos problemas de la química orgánica.

Fué un proceso que en líneas generales concuerda con lo expuesto, lo que condujo en 1901 al aislamiento de las cápsulas suprarrenales por Abel, Takamine y Aldrich de la adrena-

lina, que fuera sintetizada poco después por Stolz y Dakin (1904-05).

La observación clínica que vinculaba esas glándulas a una entidad patológica había ya sido efectuada por Addison en 1849, Brown-Sequard en 1856 había demostrado que eran necesarias para la vida y en 1894 Oliver y Schafer señalaban la gran actividad farmacológica de sus extractos, especialmente la de elevar la presión sanguínea.

Al demostrarse la constitución de la adrenalina, quedó aclarado que estaba estrechamente vinculada a los amino ácidos tirosina y fenilalanina, lo que permitió formular hipótesis y teorías sobre su producción en el organismo, determinando al mismo tiempo nuevos estudios químicos y farmacológicos sobre sustancias similares.

Transcurrieron diez años antes que se obtuvieran resultados semejantes con otra hormona. Recién en 1914 Kendall pudo aislar cristalizada de la tiroides una sustancia iodada que por su actividad fisiológica debía ser el principio activo de la glándula, y eso que ya en 1882 Kocher había demostrado la relación entre ella y el mixedema y el cretinismo.

Su constitución fué determinada en 1926 por Harington y su síntesis llevada a cabo poco después en colaboración con Barger, lo que permitió demostrar que la tiroxina al igual que la adrenalina se halla vinculada a a tirosina.

La obtención de otra hormona, a insulina, que ha permitido el tratamiento eficaz de la diabetes, no ha sido sino el resultado final de una serie de investigaciones a las cuales se dedicaron hombres vinculados a las especialidades más diversas. Claudio Bernard, fisiólogo, emuestra el primero la importancia y el papel de los azúcares en el organismo. Langerhans, un patólogo, descubre en el páncreas un tejido diferenciado, (el de los islotes que llevan su nombre (1889-69)). Dos clínicos, Mehring y Minkowski demuestran que la extirpación del páncreas provoca en los animales la diabetes (1889-91) para llegar en 1922 a Banting y Best quienes trabajando en los laboratorios de la Facultad de Medicina de Toronto demuestran la presencia precisamente en los islotes descubiertos por Langerhans de una sustancia que cuando falta conduce

a la diabetes. El mismo Abel que efectuara los trabajos iniciales para el aislamiento de la adrenalina de las cápsulas suprarrenales pudo en 1927 obtener al estado puro la insulina que a la inversa de las otras hormonas hasta entonces estudiadas, se reveló ser una substancia sumamente compleja: una proteína.

Es casi seguro, que en la gran molécula proteica, tan sólo una porción muy pequeña tiene actividad fisiológica, pero la naturaleza de ese grupo activo sólo podrá ser determinada por estudios químicos perseverantes que ya han sido iniciados por varios investigadores.

Al igual que en el caso anterior, los estudios clínicos y fisiológicos son los primeros que se mencionan en la historia de las hormonas sexuales femeninas. Datan de muchos años las observaciones que se refieren a los trastornos que se producen en la mujer cuando entra en la edad en que disminuye la actividad ovárica. Son ya de comienzos de este siglo las experiencias fisiológicas que demuestran que la extirpación de los ovarios en los animales jóvenes detiene el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios y conduce en los adultos a la desaparición de fenómenos cíclicos (estro, celo o menstruación) que siempre los acompañan cuando están presentes.

Estudiando estos ciclos en cobayos, Stockard y Papanicolaou (1917) hallaron que los frotis vaginales son un método óptimo para seguirlos y la aplicación de este método permitió demostrar a Allen y Doisy (1923) que en los animales castrados, donde falta, puede reproducírsele en forma normal por la inyección de líquido folicular, que contiene una substancia capaz de provocarlos, una de las hormonas ováricas; la foliculina.

El hallazgo de Ascheim y Zondek (1927) que la orina de las mujeres embarazadas contiene grandes cantidades de foliculina, permitió de inmediato iniciar estudios químicos con la esperanza de un pronto éxito.

Así en los años 1929-30, trabajando independientemente unos de otros, en cuatro laboratorios diferentes Doisy, Butenandt, Laqueur y Marrian pudieron obtener la foliculina al

estado puro y también el llamado hidrato de la misma, que parece ser su antecesor en el organismo.

El estudio químico de la foliculina, realizado especialmente por Butenandt y Marrian y últimamente por Girard y Cook, han permitido al establecer su constitución demostrar que se trata de una hormona diferente de las hasta ahora conocidas, pues encierra un núcleo fenantrénico en su estructura, cuyo hidrocarburo tipo, el fenantreno, fuera aislado en 1873 por Fittig del alquitrán de hulla.

La propiedad de restituir el ciclo sexual en las ratas castradas que la foliculina posee en alto grado no es sin embargo específica. Lo han demostrado Cook y Bergmann al preparar diversas sustancias orgánicas que también la poseen y donde el ensayo fisiológico habitual nos hubiera hecho creer en la identidad de las mismas.

Tan sólo la vía química ha permitido afirmar a Girard, que el poder estrógeno de la orina de yeguas preñadas se debe en ciertos momentos a la foliculina, pero que en otros es el resultado de la acción principal de hormonas que la acompañan, a ellas vinculadas químicamente, pero propias de esa especie.

De una manera semejante, la demostración de Butenandt para ciertos aceites vegetales, como la prueba dada por nosotros en colaboración con Ferrari para la orina de los padrillos, que la actividad estrógena se debe en ambos casos por lo menos parcialmente a la presencia de foliculina en esos medios, se ha podido lograr sólo por métodos químicos.

No creo que actualmente pueda existir otra, sobre todo en el caso de mezclas tan complejas como las mencionadas.

Estas hormonas foliculares no son sino uno de los tantos miembros de un grupo numeroso de sustancias naturales, todas ellas encerrando un núcleo fenantrénico en la molécula.

Muchos años de trabajo puramente químico han sido necesarios para llegar a ese fin, pero hoy podemos agrupar bajo un solo rubro, del punto de vista químico y también biológico, a esas hormonas foliculares y a la hormona sexual masculina, a los esteroides incluyendo también a la vitamina D estudiados por Windaus y su escuela, a los ácidos biliares y los venenos cardíacos de los sapos estudiados por Wieland y sus colabora-

dores, a las agluconas de los glucósidos del digital y el estro-fanto tan activos sobre el corazón y los hidrocarburos carci-nogénéticos, uno aislado del alquitrán y otros producidos sintéticamente por Cook y sus colaboradores. Y aun podríamos sumar ciertos alcaloides muy activos como los del grupo de la morfina, la colchiquina, etc. que también encierran el ciclo del fenantreno en su estructura.

La química ha permitido así considerar bajo un mismo aspecto, substancias que hasta hace poco tiempo, por lo diver-so de su acción sobre los organismos, creíamos muy diferentes unas de otras y que han resultado tener una base estructural común, hecho cuya interpretación biológica no es posible por el momento.

La historia de la química de Meyer, menciona que en las obras de Paracelso figura la afirmación que la medicina des-cansa sobre cuatro columnas: una es la química, las demás la virtud, la filosofía y la astronomía.

De estas columnas, la virtud no lo es sólo de la medicina. Bajo forma de honestidad y sinceridad en el trabajo y en los fines, lo es de todas las ciencias incluso las morales o espiri-tuales.

Del apoyo que hoy presta a la medicina la filosofía y la astronomía podría discutirse mucho al respecto, pero en el caso de la química la discusión sería obvia. Las investigaciones y los progresos que hemos mencionado, demuestran que mantiene y afirma la posición que en opinión de uno de sus cultores de entonces, tenía ya hace más de cuatrocientos años.

Estética de la Música Contemporánea

Por LEOPOLDO HURTADO

3ª CLASE: DISCUSION DEL CONCEPTO DE OBJETIVIDAD — MUSICA Y PLASTICA — MUSICA PURA
MUSICA Y FENOMENOLOGIA

I

Escuchemos consecutivamente dos obras musicales, una del siglo pasado, por ejemplo, y otra de nuestros días. Tengamos la precaución de elegir dos obras bien logradas, representativas cada cual de su tiempo. Y podremos advertir entonces este hecho paradójal: que nos sentimos más a gusto, "entendemos" y penetramos más fácilmente la obra de otro tiempo, que la del nuestro. Aquel compositor, que respondía con su obra a necesidades, anhelos, ideales y vivencias que no son los de hoy, toca más inmediatamente las fibras sensibles de nuestro corazón que el compositor actual, que pretende responder con su arte a las necesidades espirituales del día.

Podemos deducir de este hecho dos conclusiones. La primera, y la que vulgarmente se adopta, es la de que en nuestro tiempo no hay ya buenos compositores ni buena música, que las fuentes de la inspiración musical se han secado para los hombres. Esta conclusión es fácilmente desechable. No sólo

no hay ningún motivo para que en nuestros días no haya tan buenos compositores como los ha habido en otras épocas, sino que podemos constatar fácilmente que los hay, y de primer orden.

La segunda deducción, que es la que nos interesa ahora, nos hace sospechar que se ha producido en la música un cambio, una transformación, de modo tal que ésta se presenta con distintas pretensiones ante nosotros, y con otros fines. En suma, que las relaciones entre el público y la obra hayan cambiado fundamentalmente.

¿Cuál es la causa de este cambio, de esta transformación? Advertimos, al final de la clase última, un cambio sobrevenido en el arte y en la estética europeos en las postrimerías del siglo XIX, y dimos a esa nueva modalidad del arte en general y de la música en particular el nombre de "objetividad", a falta de otro mejor.

Definimos esa "objetividad" como la tendencia de la música a valer por sí misma, a deducir todos sus valores y sentido exclusivamente de las relaciones y combinaciones entre los diversos elementos sonoros, sin referencia a ningún otro factor o elemento extramusical. La obra musical objetiva es la que pretende autonomía, valor "per se", la que se ofrece a nuestra contemplación estética como un todo concluso, como un objeto que capta nuestra atención, pero con el cual no nos identificamos.

Pero, se me dirá, ¿no ha tenido siempre el arte y la música, esa pretensión objetiva? Una sonata de Beethoven, por ejemplo, no es algo que se ofrece también a nuestra contemplación como un objeto, como algo que existe independientemente de nuestra participación y atención?

Evidentemente, sí. Una sonata de Beethoven es, ante todo, un objeto estético que se presenta ante nosotros con todos los requisitos metafísicos de tal. Pero, es eso no más, o presenta algunas características que faltan en un objeto común? Veamos. A poco que nos adentremos en el análisis de la sonata, notamos que sus elementos formales no agotan su contenido, aun cuando, en un sentido lato, incluyamos entre esos elementos a la belleza musical. Advertimos que todas esas formas bellas integran un lenguaje, un lenguaje que trata de

expresar otra cosa, algo distinto de lo que constituye el conjunto de los elementos musicales. Hay, en el desarrollo de la sonata, una finalidad superior a la música misma, finalidad que es la que domina y moldea su arquitectura sonora. Ese fin, que preside la formación de la obra, es la expresión de estados de alma. La sonata será, pues, un objeto estético, en primer término, es decir, un conjunto de formas que tienen por finalidad producir una emoción de belleza; y en segundo lugar, un lenguaje expresivo que tiene por fin exteriorizar estados de alma, peripecias sentimentales que han ocurrido en el alma de su autor. En suma, la sonata será un conjunto de formas que tratan, "por medio" de la música, de hacernos penetrar en el alma de Beethoven (1).

He aquí un objeto de una cualidad muy peculiar. No se presenta ante nuestra percepción como un objeto cualquiera, sino que trata de meternos dentro de él, hacernos transparente su finalidad expresiva, esto es, los estados de alma de Beethoven. Luego, comprender, entender, en este caso, significa, no aprehender el objeto en sí mismo, sino trascenderlo, pasar sobre él, a través de él, para ir a captar el significado de ese objeto, su verdadera realidad, que es la expresión anímica de su creador. De modo que el objeto nos sirve de mero tránsito, de vehículo, de incitación para que nos trasportemos a la intimidad espiritual del grande hombre. Y como en esa intimidad encontramos, agigantada e intensificada hasta lo inconmensurable, por la calidad excelsa de su alma, nuestra propia experiencia anímica, es natural que nos encontremos muy a gusto y como en nuestra casa en su música. Y decimos que su música es "mejor", cuanto más trasparente y hace inteligible para nosotros, la vida interior de nuestro héroe.

Véase, pues, cómo el objeto, la mera materialidad del hecho estético se ha como evaporado ante su significado, y cómo la "objetividad" de la sonata de Beethoven debe tomarse en un sentido muy restringido.

Muy otra cosa es la objetividad de la música moderna. Aquí el significado, el sentido, no trasciende de sus elementos formales. Se agota y termina con ellos; la belleza musical

(1) La música superior no evoca ni quiere formas sino "estados de alma". —
BEETHOVEN

es algo yuxtapuesto, es algo como un perfume que percibimos del despliegue de esas formas, emanación sutil que no se ofrece obligadamente a nuestros sentidos, y que requiere en nosotros una peculiar actitud anímica.

La expresión de sentimientos en la música, al hacer de esta un lenguaje, convierte las formas musicales en signos, en grafismos de una significación determinada. Tal forma musical estará adscripta a determinada emoción, y tal otra a un diverso estado de espíritu. No ha faltado espíritu sistemático que haya pretendido crear un diccionario de significaciones musicales, prescribiendo para cada matiz anímico, su forma específica (1).

La música se convierte de este modo en lenguaje de los sentimientos, es decir, se invierte el proceso original. Si en la fuente de toda música existe un estado sentimental, una disposición emotiva del ánimo del artista, ello no significa en manera alguna que la música deba referirse a ese sentimiento. Y no debemos deducir tampoco de la ausencia de sentimentalidad de la música, la falta de emociones o sentimientos en el alma del músico. Puede un músico de hoy sentirse transido, arrebatado, subyugado por determinado estado de alma, pero la música que construya "alrededor" de ese estado será tan rigurosamente formal, atenderá en forma tan exclusiva a sus valores puramente sonoros, como si proviniera de un espíritu insensible. Puede un músico de hoy llegar hasta el suicidio —y se ha dado el caso— pero nos enteraremos de su suicidio por los diarios, nunca por su música.

La actitud inversa, que es la del artista del siglo XIX y en general la de todo romántico, es la de narrarse, describirse

(1) "La pasión que debe ser expresada en una courante es la esperanza; la sarabanda no debe expresar otra pasión que la ambición; en el concierto grosso es la expresión de la voluptuosidad la que debe dominar; la chacona debe traducir la saciedad; en la obertura debe reconocerse la magnanimidad". Matheson, citado por Hanslick.

Asimismo, Schopenhauer reglamenta la expresión sentimental en la siguiente forma:

Allegro: Sucesión rápida de deseos realizados, alegría.

Allegro maestoso: Aspiración hacia un fin noble pero alejado, por fin conseguido.

Adagio: Sufrimiento de un corazón desdeñoso de toda felicidad mezquina.

Música de baile rápida: Felicidad fácil, vulgar.

Id., en menor: Pérdida de una felicidad frívola, que se debería despreciar. Fin miserablemente alcanzado.

Allegro, en menor: Alegría turbada por la vulgaridad de la vida, placer amargo, etc.

Transcrip. de Fauconnet.

a sí mismo; el arte no es más que la transfiguración, la hipótesis de las peripecias del yo, y será tanto mejor cuanto más fielmente refleje la vida interior del artista-héroe.

Por ello, la actitud del artista romántico es la de rebeldía contra la forma. Debiendo acomodar la música a una función extraña —la expresión de sentimientos— el artista se siente incómodo con las formas dadas, como dentro de un corset. Esa necesidad de libertad se experimenta y se dirige hacia las formas externas, no hacia la estructura misma de la obra. Siendo la música un lenguaje, le basta modificar ese lenguaje en los detalles indispensables que se opongan a su expresión justa, pero requiere una vasta libertad de movimientos; nada de configuraciones que determinen por anticipado la arquitectura de la obra. Beethoven, por ejemplo, no recurre sino en último extremo a libertades estructurales —armónicas y contrapuntísticas— pero transforma totalmente los moldes —sonata, sinfonía etc.— que había heredado de sus maestros. Y un Brahms ha podido construir una vasta y ponderable obra aceptando totalmente los medios de expresión que su tiempo le ofrecía.

Que esa expresión sentimental es algo postizo, agregado y supernumerario a la música, podemos demostrarlo de dos modos distintos. El primero, es recurriendo a las músicas exóticas. Cuando escuchamos música china, y de la mejor, nos parece una serie de sonidos discordantes y "sin sentido"; sin embargo, los chinos, que encuentran totalmente absurda la Quinta Sinfonía de Beethoven, hallan en su música un sentido claro y transparente, y responden a ella de la misma manera que nosotros a la nuestra. La explicación de este hecho estriba en que los chinos adscriben determinadas formas musicales —giros, modos, cadencias, etc.— a otros sentimientos que nosotros. La percepción de la música evoca en ellos un mundo de emociones, sentimientos, vivencias, que para nosotros es ajeno. Y viceversa.

La segunda demostración de lo artificioso de este lenguaje, nos la brinda el fonógrafo. El disco nos permite la repetición a voluntad y hasta la saciedad, de cualquier obra. Pues bien; póngase en el plato giratorio una y otra vez, hasta el cansancio, el trozo más cargado de intenciones sentimentales, y se verá como esa intencionalidad se va evaporando. A la décima audición, o a la vigésima, sólo percibimos del trozo giratorio, sus

valores puramente sonoros, de nota a nota. Nuestro fragmento sentimental se habrá "objetivado".

Muy distinta es la actitud del artista objetivo. Al crear su obra, se independiza de ella; podrá ésta reflejar emociones, sentimientos, etc., pero será en una forma impersonal. "Tal página de Bach, dice Moissenet, canta la melancolía y tal otra la alegría, pero ninguna me informa acerca de la alegría o tristeza de Bach ese día. No hay lirismo subjetivo".

Residiendo el valor de la música en sus relaciones sonoras, en nada acrecienta o mengua este valor la existencia o inexistencia en ella de intenciones sentimentales o de cualquier otro orden. Es a ese valor puro, independiente de toda otra consideración personal —no humana, como veremos luego— al que aludimos cuando adjudicamos a la música contemporánea esta cualidad esencial. Por ello, la música de hoy es por lo general fría. La música romántica salía del corazón del artista a la temperatura de la víscera. La de hoy, puede tener temperatura, o no tenerla. Sea helada o caliente, en nada alterará esto su valor estético, del mismo modo que no altera el alcance de una proposición matemática el que la enunciemos en tono dramático o con placidez.

Esta cualidad de la música pone el acento en el desarrollo mismo del lenguaje sonoro. El músico de hoy ha de postular la máxima libertad, no en la forma externa, en el molde, sino en la estructura sonora. Su personalidad consistirá, por lo pronto, en el empleo de formas nuevas, en el descubrimiento de relaciones insólitas entre sonidos. Ante esa necesidad, han caído las viejas normas clásicas y académicas, los principios de la "vieja" armonía, de la "vieja" instrumentación, de la composición tradicional. Pero, en cambio, se buscará de nuevo la forma externa, el molde antiguo, que se adecúan más a la música objetiva que las formas libres de la música de expresión sentimental. Vuelve el músico a la suite, a la sonata, a la tocata, a las antiguas danzas tradicionales, a los géneros populares, como ya veremos.

Esta vuelta de la música al lenguaje puro ha sido diversamente juzgada por músicos y estéticos. Así Jaspers, en su libro "Ambiente espiritual de nuestro tiempo", afirma que "la

reducción al lenguaje es la crispada tensión en busca de forma dentro del caos cultural"; y más adelante, agrega: "La objetividad es la actitud íntima del mundo técnico. No más juegos verbales sino conocimientos; no cavilaciones sobre el sentido de las cosas, sino decisión captadora y hábil; nada de sentimientos, nada de fuerzas de acción misteriosa, sino delimitación clara de lo factible. En la expresión, exigencia de la forma sobria, plástica, sin sentimientos.

La discusión de este punto nos llevaría fuera de nuestro tema, pues obedece a tendencias generales del espíritu moderno que no se agotan en la música.

Otra vez adversa a esta tendencia objetiva viene de Ravel, el más grande de los músicos franceses contemporáneos. "La música se ha vuelto demasiado intelectual, demasiado cerebral en estos tiempos, y la música no debe ser nunca matemática árida. El día de rebelión me parece que ha pasado, simplemente, porque la rebelión ha sido la ruina de sí misma; por haber alcanzado la crisis culminante de la anarquía se ha extenuado a sí misma y ahora ha pasado. . . . La música está destinada a reaccionar contra todo radicalismo. Afortunadamente, porque yo nunca he tenido mucha fe en la llamada música del futuro. Siempre he creído que no era más que una pose intelectual, una actitud mental que no podía producir música de gran valor. La gran música ha venido siempre del corazón; la gran música debe ser siempre bella".

Y, sin embargo, a pocos compositores contemporáneos se ha achacado tanto como a Ravel, que su música tienda al hedonismo puro, a halagar el oído con formas bellas que no van más allá del placer sensorial, sin ningún contenido hondamente humano. Es que por encima de la opinión o de la tendencia de los artistas, hay eso que en la primera clase llamábamos la "voluntad de forma", fuerza y dirección cósmica que es la que determina en cada momento histórico la morfología de toda la actividad espiritual del hombre. Y son precisamente los grandes artistas, los representativos de su tiempo, los que no pueden hacer lo que quieren. Tienen que hablar el lenguaje de su tiempo.

Por su parte, el oyente de hoy tampoco puede situarse frente a la obra musical como lo hacía el del siglo pasado. En-

tonces requería participación; quería intervenir activamente en el drama que se representaba por medio de las formas musicales. Quería ser "conmovido" por la música, es decir, arrastrado, inmerso en la pasión del artista. Hoy, en cambio, requiere contemplación, y la contemplación presupone distancia. El oyente debe colocarse frente a la obra y juzgarla objetivamente: para captar en su extrema sutilidad el juego de las relaciones sonoras se requiere la atención más despierta, lo cual presupone al espíritu libre por completo de toda perturbación emotiva.

Ahora bien. ¿Qué queda en esta música deshumanizada para que atraiga nuestra atención, para que siga siendo la esencial peripecla vital que todo arte debe ser, si no quiere convertirse en un juego, en frívola distracción?

No podemos contestar aquí a esta pregunta sino en forma somera y provisoria. Por lo pronto, recordemos que Hanslick y los estéticos de la forma reconocen, como fundamentos del valor estético, a las puras categorías formales: contraste, simetría, armonía, equilibrio, euritmia, etc. Sólo en ellas reside la belleza auténtica y libre. Pero, de acuerdo a las tendencias filosóficas actuales, podemos avanzar un poco más en este camino. Podemos afirmar que todo complejo musical tendrá sentido en cuanto viva, en cuanto constituya una instancia válida para nuestra vitalidad más íntima y esencial. No tendrá ya referencia a un determinado estado de ánimo, sino a nuestra vida, al vivir entendido como un todo. Deberá "resonar" en nuestra conciencia artística, para que sea música y no mera acústica ingeniosa. Esa resonancia indicará que en la música actúan esos mismos principios que hacen posible, en nuestro espíritu, el goce estético, y la belleza surgirá espontáneamente del libre desarrollo de la forma.

Claro está que música de esta clase requiere invención continua. Mejor dicho, sólo en ella adquiere pleno sentido el concepto de invención. En la música entendida como expresión de sentimientos, lo que cuenta es la calidad y profundidad de éstos, y no el valor específico de los medios empleados. El compositor descuida la calidad de sus materiales. (2)

(2) "En la música como medio de expresión, la obra manifiesta un estado psicológico cuya lógica interna domina el curso de la obra; y el oyente sufre el dominio de este

Es esa calidad de invención lo que da su fisonomía peculiar a la música de Stravinsky. Se ve en ella que la música no está sujeta más que a su propia lógica; no hay un desarrollo que no provenga del aprovechamiento exclusivo de elementos musicales. Se advierte que si la imaginación musical cesara, el compositor no podría escribir una nota más; no hay, como en la música "sentimental", elaboración de elementos dados. Estas características determinan dos imposiciones fundamentales: en primer lugar, la música tiene que ser siempre nueva, es decir, exenta de elementos de repetición o simetría; en segundo lugar, excluye la "serie". Toda obra es típica, o mejor dicho, arquetípica. Valiendo la música por sí misma, no puede repetirse, so pena de convertirse en reproducción mecánica. Cada obra es única, agota las posibilidades de su propio sentido. Cuando un músico expresa por medio de la sonata un estado de ánimo, puede repetir la forma sonata tantas veces como tenga estados de ánimo determinados que expresar; pero cuando lo que el compositor escribe es una sonata que se acerca en todo lo posible al esquema perfecto —a la Idea— de la sonata, y cuando es un compositor de la infalibilidad de Stravinsky, entonces no cabe, artísticamente hablando, más que una sola sonata, sin duplicación posible de esta forma.

Este concepto objetivo de la música lleva implícito el postulado de valores plásticos. La autonomía de la forma implica autonomía existencial. Pero, es lícito en música hablar de valores plásticos? Cabe equiparar los fenómenos sonoros, aun captados en su esencia, a fenómenos táctiles y visuales? No han faltado tentativas para ello (3).

Aquí tocamos un problema de psicología de la creación musical, que no ha sido ni siquiera planteado hasta la fecha. Podemos, sin embargo, anticipar que el tipo "objetivo" de

estado psicológico en cuanto percibe la lógica del estilo. Desde entonces, los acontecimientos musicales se presentan a él como iluminados de antemano por una cierta luz y orientados hacia cierto sentido; ya no es absolutamente libre en sus reacciones, es pasivo". — ANSERMET.

(3) Los más famosos son los ensayos de Scriabin y su teclado cromático. Desde el aspecto teórico, léase esta cita de Saminsky: "Si proyectamos una masa sonora imaginaria en el espacio, encontramos que aparece como cambiando constantemente volúmenes y combinaciones de planos, que estos planos están animados por el ritmo, y que la substancia de que está compuesta es la sonoridad. Podría ser posible considerar una composición musical como una sucesión de figuras sonoras, como un resultado de volúmenes y planos, cuya proyección sucesiva daría nacimiento a una arquitectura del sonido, cuya lógica resultaría del equilibrio de sus vibraciones sonoras y de sus formas?"

música exigirá una revisión del concepto tradicional de inspiración. Si entendemos por inspiración, ese proceso psicológico, frecuentemente dramático, por el cual se vierte en la conciencia creadora del artista, el producto de un trabajo más o menos largo realizado obscuramente en la subconsciencia, es evidente que la inspiración seguirá siendo el motor, el origen de toda música, pero en la música "objetiva" con un sentido mucho más restringido. La reducción de la música a las formas sonoras exige el control inmediato y constante de la inteligencia del artista sobre su fuente creadora. Es precisamente lo que caracteriza el arte "clásico" frente al romántico. Para el romántico, lo auténtico del proceso creador estriba en ese material en bruto que suministra la "inspiración"; para el "clásico", sólo es el punto de partida de un proceso ulterior de elaboración, que estará a cargo de la conciencia intelectual. Por eso, todo arte "clásico", y muy especialmente, todo arte "objetivo", da la impresión de ser más cerebral que inspirado, más producto del cálculo que de la creación espontánea. La música moderna, donde cada elemento sonoro debe ser rigurosamente sopesado y calculado, suele producir este doble efecto, o de una rebuscada excentricidad, o de un frío y desolado cálculo que suple la ausencia de inspiración creadora (4).

No podemos adentrarnos en este complejo problema, que por su índole excede a nuestro tema. Ha de corresponder a la psicología —y posiblemente a la psicología experimental— determinar cuál es la función de la actividad psíquica denominada inspiración en el proceso creador de la obra musical, y podemos prever que en el concepto moderno de la espontaneidad, será tenido en cuenta el progreso histórico de la conciencia en el hombre que abarca cada vez más sectores antes vinculados a la vida inconsciente o preconsciente. Puede, en la creación artística, llegar un momento en que el artista domine conscientemente las fuentes íntimas, profundas, de su propio ser, de donde surge la obra de arte. La obra, entonces, sería totalmente cerebral, sin dejar de ser inspirada. Un filósofo contemporáneo, Keyserling, postula esa evolución para los pueblos de occidente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(4) Dice Ansermet, hablando de Stravinsky. "Se cree que busca efectos de color, o efectos cómicos o pintorescos, cuando en realidad calcula volúmenes, pesos y densidades".

¿Cuál sería, pues, la definición que más conviene a la música, que prevalece en la actualidad? Encontramos esa definición en una cita de Salazar: "Una obra musical es un organismo que proviene por evolución de un germen sonoro, nacido como expresión de una actitud estética del músico y desarrollado en virtud de una ley necesaria e irremediable dictada por la coincidencia de esa actitud estética del autor con las exigencias específicas de los elementos utilizados".

Tiene esta definición la ventaja de no poner en juego más que al artista y a las formas sonoras que él crea y conforma. Pero con ella nos sale al paso otra intrincada cuestión. ¿En qué relación está la música, tal como la hemos definido, con la llamada "música pura", es decir, la forma musical capaz de tener pleno sentido estético con prescindencia de toda traza de acento personal o emocional, sin recurrir a ayudas o apoyos extramusicales?

¿Qué debe entenderse por música pura? La música es siempre nexo o relación entre un conjunto de sonidos y un sentido determinado (la "actitud estética del músico"). Este nexo, o relación no existe en las notas como tales; es puesto, suministrado por el oyente. La música es, pues, participación mental, por parte del sujeto, en un fenómeno auditivo. Desde este punto de vista, no hay música pura, y ni siquiera puede ser imaginada.

Aclaremos esto con un ejemplo. Supongamos que un instrumentista, detrás de una cortina, da con un clarinete la nota "la". Según nuestra mayor o menor educación auditiva, discriminaremos en esa nota los siguientes atributos: 1º, un sonido; 2º un sonido producido con un clarinete; 3º, nota baja o aguda; 4º, volumen, pureza de timbre, calidad del sonido, etc.; 5º, nota "la"; 6º, sentido "musical" de esa nota, variable según el sujeto.

Reduciendo este experimento a la sensación pura, no tenemos más que el atributo 1º. No hay en realidad más que las vibraciones del aire que se transmiten a nuestro nervio auditivo. Todos los demás atributos, 2º a 6º, son puestos, dados por nosotros, son el resultado de una actividad psíquica del sujeto, más o menos compleja. Es más evidente esa participación en el atributo 6º, donde la nota del clarinete puede provocar,

en el sujeto, un sin fin de resonancias, de imágenes visuales o musicales de todo orden.

Si, conforme a lo dicho anteriormente, adscribimos la calidad de "musical" a la sensación auditiva sólo cuando ella llega, después de una elaboración sucesiva, al atributo 6º, no cabe pues pensar en una "música pura" como desligada de toda participación activa del sujeto.

Pero, se dirá, ¿cómo hablamos aquí de participación, de colaboración del sujeto para convertir el sonido en música, cuando hace un instante definíamos a la música contemporánea, a la música objetiva, como la música que valía por sí misma, sin participación alguna del sujeto oyente? No habría en esto una flagrante contradicción?

Para salvar esta contradicción aparente, debemos acotar con mayor prolijidad el alcance del concepto de participación. La colaboración del sujeto, en los dos tipos de música, no es equivalente. Ya vimos que la música "expresiva" exigía fusión, penetración íntima entre el significado de las formas musicales y el alma del oyente; la sede de la música expresiva estaba, pues, en el seno mismo del alma del sujeto; pero con la música objetiva, la sede de la música cambia. La música adquiere una especie de existencia propia, que no es una existencia en el hecho, pero sí en esa especie de zona intermedia en que una escuela novísima de filosofía, la fenomenológica, sitúa a las intuiciones categoriales.

La posición del compositor "objetivo" es la misma —mutatis mutandis— que la del filósofo ante la descripción fenomenológica (5). No podemos adentrarnos aquí en este punto, pero la actitud del pensamiento enfocado hacia la descripción de los procesos de la conciencia pura, nos parece guardar un sorprendente paralelismo con la del artista que modela artísticamente los procesos "puros" de su imaginación creadora, sin participar inmediatamente en ellos. Hemos de volver en otra oportunidad sobre este punto, que abre tentadoras perspectivas para determinar la "voluntad de forma" de esta época. Podría llegar a verse, de ser exacto este paralelismo, cómo el pensa-

(5) La primera mención de esta extrañísima relación entre la música y la fenomenología, se encuentra en un párrafo de "La deshumanización del arte" de Ortega y Gasset.

miento y la intuición artística se mueven en caminos paralelos, sin sospecharse mutuamente.

En resumen de lo dicho, insertamos el siguiente esquema aclaratorio. No debe tomarse al pie de la letra. Los esquemas no pueden pretender exactitud, porque las cosas nunca se presentan en forma tan sencilla. Son simplemente instrumentos de trabajo.

MUSICA ROMANTICA

Primera mitad del siglo XIX. - Arte subjetivo, idealista, biográfico).

ARTISTA - ASUNTO - OBRA

MUSICA POSTROMANTICA

(Segunda mitad del siglo XIX. Arte impresionista y expresionista. Música a programa, de intenciones cósmicas).

ASUNTO - ARTISTA - OBRA

MUSICA CONTEMPORANEA

(Arte objetivo. Tendencia a lo plástico, a valores puramente musicales).

OBRA - ASUNTO - ARTISTA

Crítica de la Reforma universitaria.

Por HECTOR P. AGOSTI

V

LA ACTITUD DE LOS ESTUDIANTES

Hemos realizado un viaje prolongado, en una visión crítica e histórica de la Reforma universitaria. Al llegar a la meta, en 1934, comprobamos que, a dieciseis años de su nacimiento, la Reforma es aún instrumento de batalla, cuya bandera y cuya tradición combatiente nos apresuramos a recoger.

La reforma tiene una significación positiva en la historia revolucionaria de América. He mostrado ya esta característica en capítulos anteriores. El doble proceso de su gestación — el movimiento popular antifeudal y la ideología pequeño-burguesa tornada reaccionaria — debe tenerse presente para una valoración certera del movimiento reformista; no considerarlo equivaldría a negar la capacidad combativa del estudiantado, que los hechos se han encargado de demostrar.

En su aproximación a las posiciones revolucionarias del proletariado, los estudiantes pueden ostentar las luchas de las Reformas como un progreso plausible. Al proletariado y a su vanguardia debían y deben interesarle, pues se trata — en las condiciones de nuestro país, tan anémicas y tan colonialistas

— de un proceso de acción popular contra las rémoras feudales.

Cabe aquí una pequeña disgresión autocrítica. Hemos censurado agriamente la Reforma, sin advertir este doble proceso, sin distinguir el movimiento reformista de la ideología que lo animó. En *Internacional Juvenil* escribí, a ese respecto, que el problema era indiferente para el proletariado, porque con Reforma o sin ella igual le estarán cerradas las puertas de la Universidad (1). Y meses más tarde, si no con igual rotundidad absoluta, expresaba conceptos análogos en otro artículo publicado en *Claridad* (2). De entonces a hoy, un examen más profundo del problema ha mostrado el error de mi actitud de hace tres años. Algunas conferencias pronunciadas en Buenos Aires, Córdoba y Rosario, iniciaron públicamente la rectificación de aquellas expresiones; este ensayo constituye ahora su enmienda total.

En lo que tiene de beligerante y popular, la Reforma pertenece a quienes marchan, en la ideología del proletariado, hacia la revolución antifeudal y antiimperialista. El proletariado es la única clase revolucionaria *hasta el fin*, y "no podría liberarse del despotismo sin liberar, al propio tiempo, a todo el pueblo" (3). Su doctrina — el marxismo-leninismo — es la única guía de la emancipación de las masas. Y al proclamarnos herederos de la Reforma, en su tradición de combate antirreaccionario, estamos declarando la enemistad irreductible con la ideología reformista: a tan discursivo pensamiento pequeño-burgués opónese la ideología del proletariado, que es también para los estudiantes precioso instrumental.

En 1918, la Reforma pudo conformarse en semejante plano doctrinario porque no existía un movimiento obrero vigoroso inspirado en el marxismo, capaz de hacer que de una base social pequeño-burguesa partiera una orientación ideológica que la negara. La realidad argentina presentaba, en 1918, un movimiento obrero históricamente influido de

(1) *Contribución al estudio de nuestro trabajo entre los estudiantes*. "Internacional Juvenil", núm. 2. Montevideo, junio de 1931.

(2) *Un movimiento clasista en la Universidad*. "Claridad", núm. 241, diciembre 26 de 1931.

(3) V. I. LENINE: *Oeuvres complètes*, tomo IV, pág. 76.

bakunismo y bernsteinismo, sobre el que pesaba sentimentalmente la Revolución rusa; los estudiantes tenían un peso político enorme por esta circunstancia, y estaban en condiciones de desarrollar libremente ideaciones pequeño-burguesas, porque no existía el partido obrero rigurosamente marxista que, en forma operativa, ejerciese sobre ellos su función directora. Y la caída hacia el liberalismo idealista se percibe incluso en los grupos estudiantiles que alentaban, más que el conjunto escolar, el deseo de adherirse revolucionariamente al proletariado: es el caso del viejo "Insurrexit", es el caso del grupo "Claridad".

En 1934 las cosas han variado fundamentalmente. Estamos viviendo el fin de esa relativa estabilidad del capitalismo, asentada sobre el filo de las bayonetas y el tabletear de las ametralladoras; estamos asistiendo a la crisis final del capitalismo. Y en este torbellino crítico, las últimas esperanzas de los últimos estudiantes se desvanecen. Ya resulta claro para todos — de una claridad no certeramente consciente todavía — que no habrá "salvación", aunque se llegue mediante esfuerzos cada vez mayores, al título profesional. ¡Y son siempre menos los que llegan! La crisis se asienta sobre la Universidad y sobre el estudiantado: lo envuelve todo. Y si distintas son las condiciones del medio ambiente, diferente también es el estudiantado de 1934; ahora está en contacto permanente con categorías populares empobrecidas o en vías de pronto pauperismo; ahora está empobrecido él mismo; y, sobre todo, ahora se siente irremisiblemente empobrecido.

El estudiante de 1934 tiene una visión más aguda de la realidad social que lo lleva a participar en primer plano en la actividad política del país. Se encuentra ante un movimiento obrero y comunista desarrollado ideológica y materialmente, y frente a una asociación revolucionaria — "Insurrexit" — que pugna por atraerlo al programa y a la ideología del proletariado. He aquí, luego, una variante fundamental: en 1918, el estudiantado lanzado a la pelea en un instante de culminación de la crisis universitaria tenía vagas nociones utópicas y liberalistas del desarrollo de la sociedad, porque nadie acertaba a esclarecerle el camino; en 1934, ese mismo estudiantado, sacudido por la crisis económica, encuentra en los

hechos la explicación rigurosamente científica de su presente y de su futuro: el marxismo se encarga de develárselo.

El estudiante de 1934 se halla en condiciones de comprender que el estado actual de la Universidad no se desprende de "causas culturales", como se pretendía — sin razón, por otra parte — en 1918. Los últimos años no han pasado en vano. Desde el 6 de setiembre de 1930 los estudiantes argentinos han vivido una rica y aleccionante experiencia. Si la reacción universitaria era anterior al golpe de estado del 6 de setiembre, después de él se acentúa aún más, porque coincide con el profundo agudizamiento de la crisis económica argentina.

La actividad universitaria del general Uriburu — seguida en línea directa por el actual gobierno de la "normalidad constitucional" — configuraba una agresión a las conquistas de la Reforma, las mismas por las que el estudiantado venía agitándose en tres lustros de combate ardoroso. Avasallamiento de la autonomía, supresión de la participación estudiantil en el gobierno de los claustros, elevación de aranceles, implantación de la asistencia obligatoria a las clases, prolongación de cursos — todo cuanto pudiese trabar la marcha de los estudiantes que no eran "hijos de su papá", unido a la introducción de métodos perfectamente policiales en el régimen de la enseñanza. El estatuto Nazar Anchorena constituye el cuerpo jurídico de estas tropelías reaccionarias, cuya intención confesada era retrotraer la Universidad a su estado anterior al 18. Una tal regresión ¿se producía porque era cavernario el "espíritu" del dictador difunto? ¿O causas más profundas y reales la generaban? No cuesta trabajo advertir que sus raíces deben buscarse en la crisis — el mismo gobierno "casi" lo confesaba así — y en las condiciones semif feudales y semicolonias de nuestro país. La reacción en la Universidad tiene causas económicas. Se quiere *limitar* el acceso a las aulas, de manera que sólo unos pocos privilegiados puedan graduarse; se quiere que sólo los estudiantes feudal-burgueses — los hijos de las familias terratenientes y burguesas — se mantengan en la Universidad. La reacción uriburista tiene, mirada desde este ángulo, una finalidad económica y política: eliminar la contradicción existente entre el carácter

de la Universidad y el de las capas sociales que constituyen su materia. No obstante su "renovación cultural", la Universidad argentina era y continúa siendo esencialmente feudal y burguesa — derivado y consecuencia de la naturaleza económica del país, de la que no puede substraerse (4). Ese carácter de sustancia aristocrática entra en oposición inmediata con la base social popular de la Universidad: los estudiantes, y tal contradicción es la clave explicativa de los sucesos universitarios. La revolución universitaria del 18, lejos de eliminar dicho antagonismo le ahondó todavía más al dar participación descollante al estudiantado en la vida universitaria, tornando belicosa la pugna de clases. Si esta contradicción es insalvable, la política universitaria iniciada por la reacción de setiembre significa la intención de "solucionarla" a la manera de Alejandro. No es la torpe e inhábil "solución"; es la actitud forzada por los hechos, porque las clases dominantes ya no pueden conducir las cosas como otrora, en apariencia idílica.

El panorama de los estudiantes es sombrío en 1934. Forman legión los que deben abandonar su carrera por razones económicas. Son numerosos los "crónicos" por causas económicas. Si se aprehende la raíz de la situación ya resulta más factible advertir cual ha de ser el rumbo en que el estudiantado solucionará sus problemas.

*

* * *

(4) La Universidad argentina se acomoda históricamente a las formas del desarrollo económico del país. Ya vimos que en estadios anteriores su misión fué preparar castas ilustradas para las funciones de gobierno, y que más tarde alcanzó un desarrollo técnico en cuanto tendía a satisfacer las exigencias industriales de la república. Pero la industria argentina fué una industria liviana construida con capitales imperialistas o provenientes de la explotación agropecuaria, y no fueron muchas, en consecuencia, sus pretensiones técnicas. A pesar del aparente cambio la Universidad se conserva feudal-burguesa, dogmática y rudimentaria. Los profesores de economía política continúan invalidando la lectura de Marx. Las facultades de ingeniería son escuelas de especulación libresca y abstracta. ¿Por deficiencia cultural? En absoluto. Simplemente porque la realidad económica que las circunda ni les exige ni les permite hacer lo mismo que las facultades de ingeniería de los países avanzados del capitalismo. El acrecentamiento técnico-científico está intimamente condicionado por el progreso de la industria, por el avance económico. Por eso son utópicas — y confusionistas — formulaciones como las de Enrique Gaviola pretendiendo encajar en un medio extraño una realidad técnica superior.

¿Fueron infructuosas las luchas por la Reforma universitaria? Cabe responder con una rotunda negativa.

Se nos objetará que la Reforma no ha modificado sustancialmente el carácter y la orientación de la casa de Estudios. Se dirá que, no obstante las alharacas repetidas en cada aniversario, la "democratización del claustro" continúa siendo un mito seductor. Se reprochará un barullo en torno a "altos problemas de cultura" cuando existe en la república tan grande número de analfabetos.

Todo esto es falso y cierto, al mismo tiempo.

El movimiento de reforma universitaria ha modificado el carácter de la Universidad en el sentido en que dió fisonomía a una variante que ya habíase producido con la incorporación de grandes contingentes pequeño-burgueses. La revolución del 18, al elevar a la superficie este hecho material, hizo que en un reducto oligárquico germinaran las fuerzas antif feudales que lo negaban y pretendían destruirlo. Aquí está el fruto grande de la Reforma, porque 1918 señaló el punto de partida de una serie de actitudes estudiantiles destinadas siempre a combatir la reacción. La Reforma asume un innegable valor político, y desde este punto de vista, pues, son inexactas aquellas presuntas observaciones.

Pero si examinamos el problema en su conjunto ya aparece más claro y más razonado su sentido. Es justamente aquí donde reside el problema cardinal en la orientación del estudiantado.

Dieciseis años de reforma universitaria han mostrado que *la reforma integral sólo será posible mediante la revolución obrera y campesina*. Desde el 18 hasta acá la movilización estudiantil realizó, en plena lucha, importantes conquistas. Acaso su principal enseñanza consista en esta prueba del empuje irresistible de las masas en lucha y de como los pequeños reclamos pueden desarrollarse y transformarse en movimientos de mayor vastedad. Porque fueron las masas estudiantiles las que, insurgidas por accidentales reivindicaciones inmediatas, arrancaron al primer gobierno radical las conquistas que son patrimonio de la Reforma. Es una valiosa enseñanza, y una enseñanza de indudable valor práctico y actual. El ejemplo de 1918 debe estar siempre presente, como un acicate para las luchas es-

tudiantiles. Pero, a pesar de esa pelea, la Reforma no pudo alterar esencialmente la orientación de los estudios ni la condición de los estudiantes. La Universidad de 1918 es igual a la de 1934 en lo fundamental de su lineamiento: Universidad feudal-burguesa, dogmática y acientífica.

La Universidad no puede ser un cuerpo extraño a la realidad semicolonial de la Argentina; debe adaptarse a una estructura económica que es su base de apoyo y es una adaptación ineludible y necesaria. La Reforma ignoró esta ley del desarrollo social, y de allí nació su utopía de querer injertar una Universidad "libre" "popular", "alto centro de ciencia", en una modalidad económica atrasada, con resabios de feudalidad y sometida al imperialismo. Se pretendió una revolución en, por y para la Universidad. Los ideólogos reformistas creyeron vivir en un pequeño mundo de cultura y se ilusionaron que podría permanecer inmutable en medio del mundo bullente de la externa realidad burguesa. En definitiva, los ideólogos de la Reforma — y, naturalmente, muchísimos estudiantes — soñaron en ir mejorando la Universidad, sin ocuparse de alterar lo que es su fundamento.

Dieciséis años de práctica han mostrado lo ilusorio de ese sueño. La Universidad permanece como entonces. No han sido vanos los esfuerzos estudiantiles. Pero ahora necesitan tenderse en una perspectiva de mayor amplitud de contenido y de mayor rigurosidad histórico-social.

Reforma efectiva, reforma integral, sólo la habrá cuando la revolución agraria y antiimperialista expulse a los banqueros invasores, confisque los latifundios, reduzca a la burguesía y eleve al pueblo trabajador a la dirección de la nueva república obrera y campesina. Cuando mediante la revolución las masas asciendan a la ejecución consciente de su papel en la historia, recién entonces la Universidad de nuestro país se habrá *reformado* efectivamente. La revolución demoburguesa (agraria y antiimperialista) hará viable el camino de las aulas para la gran masa de la población. Los estudiantes habrán eliminado las trabas económicas de la Universidad feudal-burguesa. Adaptada a las necesidades superiores de una marcha ulterior hacia el socialismo, la Universidad, redimida de las limitaciones impuestas por el carácter atrasado de nuestra eco-

nomía y por el sojuzgamiento del imperialismo, será campo propicio para el desenvolvimiento en alto grado de las investigaciones científicas. Desenvuelta la técnica, el "proletariado intelectual" dejará la "misericordia honorable" que le depara la sociedad actual para convertirse en un constructor eficaz del nuevo régimen. Libertados de la opresión económica y cultural de que son objeto, las masas serán elevadas a la cultura, a la ilustración. "Debemos elevar primero el nivel de cultura general" — decía Lenin refiriéndose al pueblo ruso — porque "hay millones de personas que se esfuerzan en aprender a escribir su nombre y a cantar, y aspiran a obtener una cultura que les enseñe que la tierra es esférica y no plana, que el mundo está regido por leyes naturales y no por brujas o magos o por el padre celestial" (5). ¡Parecen frases dichas para la Argentina! ¡Parece un retrato de las poblaciones de tierra adentro, cuyo gauchismo cantan en versitos de guitarra los patrioterros a sueldo de las empresas imperialistas!

La revolución demoburguesa librará de la opresión feudo-imperialista a la mayoría de la población. La revolución dirige sus fuegos contra la opresión, *por todos los oprimidos*. Y este cuadro de lo que dará la revolución al estudiantado y a las masas populares en su conjunto no es un deleite utópico sino una comprobación concreta. Los estudiantes tienen ante sí el ejemplo de la Unión Soviética. Más que a disquisiciones sobre lo que será el porvenir, debemos atender a los hechos que nos lo auguran con su vívida experiencia. La revolución ha transformado, ha *reformado* radicalmente el régimen de la enseñanza. En la Unión Soviética el acceso a la cultura ha dejado de ser privilegio de clases dominantes para convertirse en derecho de toda la población. No es ésta la ocasión de pronunciarse sobre el problema de la educación en la U.R.S.S. Bástenos hablar de sus orientaciones (6) y decir que los problemas económicos y políticos del estudiantado — participe ahora en la edificación del mundo socialista — han sido liquidados en la medida que se terminó con el régimen económico y político del capitalismo.

(5) CLARA ZETKIN: *Souvenirs sur Lénine*. Bureau d'Éditions, Paris, 1924.

(6) Quien desee conocer las orientaciones y los métodos de la enseñanza soviética puede acudir a S. FRIDMAN: *Problemas de pedagogía marxista*, ediciones de M. Aguilar, Madrid, 1933, y A. PINKIEVICH: *La nueva educación en la Rusia Soviética*, ediciones de Aguilar, Madrid, 1931.

El ejemplo de la Unión Soviética es de suficiente elocuencia para demostrar que la modificación sustancial de la enseñanza, de su carácter y de su gobierno, sólo puede operarse en tanto se modifique de raíz la naturaleza de la sociedad. Y este cambio ha de producirse revolucionariamente, o no se producirá.

Semejante fondo revolucionario deben tener las luchas estudiantiles que se avecinan. Lo cual *no significa que las "cosas pequeñas" carezcan de importancia*. La tienen, y mucha; de nosotros depende alzarlas a un plano superior y tenderlas en esta actuante perspectiva revolucionaria.

Vivimos una hora de luchas agitadas en la que es preciso conocer con certeza su rumbo y su finalidad; en la que es menester saber, como regla estratégica de la victoria, sobre qué puntos vulnerables del enemigo habrán de concentrarse los esfuerzos. Tenemos la seguridad histórica de nuestro triunfo; y ello comporta también obligaciones y responsabilidades.

Esto significa que los estudiantes deben disponerse a defender sus reivindicaciones más pequeñas y más sentidas. Es preciso encaramar sobre ellas una lucha encarnizada, defendiendo el derecho de los estudiantes a permanecer en la Universidad a proseguir su carrera (7). La historia de la Reforma es un ejemplo viviente de la eficacia inmensa de esas "pequeñas cosas" sin importancia que critican con desprecio algunos "revolucionarios" de nuevo cuño. Las pequeñas reivindicaciones tienen el grande valor de mostrar la fuerza de la masa en la lucha, y esa fuerza operante las amplifica a mayores propósitos. Quienes a comienzos del 18 se pronunciaban en Córdoba contra los malos profesores, no sospechaban la trascendencia que habría de adquirir la acción que entonces ini-

(7) En el momento de escribir estas líneas, la Junta representativa de la federación universitaria argentina acaba de expedir una resolución confirmatoria de cuanto venimos sosteniendo. Dicha declaración, publicada en "Crítica" (núm. 7163, marzo 26 de 1934), comprueba "el creciente porcentaje de alumnos que se ven impedidos de presentarse a las mesas examinadoras por carecer de recursos para pagar los correspondientes aranceles, mantenidos en alto a despecho de los efectos visibles que proyecta la crisis económica sobre el nivel de vida de las masas estudiantiles", y que a esas dificultades de carácter económico se añaden los evidentes propósitos exclusivistas revelados por ordenanzas de trabajos prácticos "de aparente valor didáctico" y fundamentalmente por los aplazamientos en masa, que configuran el propósito reaccionario de "hacer imposible la vida en la Universidad a la gran cantidad de alumnos pertenecientes a las capas populares de la población".

ciaban. La dinámica de las masas puestas en movimiento en un instante oportuno en que confluían una serie de factores ya examinados, la dinámica de las masas accionando en un favorable minuto histórico, amplió la mezquina pretensión local a más vastas y prolongados alcances. He aquí, entonces, ya fijada por los hechos mismos, la importancia de las reivindicaciones inmediatas, y si ese valor es siempre cierto, se acrece en las condiciones actuales de la Universidad.

Veamos: la Universidad es "democrática", según los estatutos. Pueden acudir a ella cuantos posean la idoneidad suficiente para cursar las enseñanzas que allí se imparten. En una enumeración superficial de sus condiciones, *todos* podrían pasar por las aulas. ¿Dónde residiría, entonces, su carácter aristocrático? Aparte del hecho de que los trabajadores no puedan siquiera soñar con acercarse a sus puertas, existen algunos elementos de "filtración" de remanido uso criollo. Los exámenes de ingreso a las distintas facultades de Buenos Aires persiguen la finalidad de obstruir la entrada a quien no viene suficientemente "recomendado", y el que alude este primer filtro debe capear los altos aranceles: forman legión los estudiantes que no pueden pagarlos, porque la crisis ha limitado considerablemente sus posibilidades económicas. Finalmente queda un tercer cernidor: los aplazamientos en masa — ahora la "última moda" en la materia — que se enmascaran tras pretendidos métodos de eficacia didáctica. Una lucha estudiantil contra esa situación, que reclame la supresión de los exámenes de ingreso, la rebaja de los aranceles o el contralor de los exámenes por comisiones de alumnos, puede parecer objetivo, mezquino y despreciable para algunos presuntos "izquierdistas" que proclaman "la Revolución Social", así, con mayúsculas, a la vuelta de cada esquina. Pero, ahora y aquí, acciones por tales reivindicaciones asumen de entrada el carácter de una lucha contra la oligarquía en la Universidad — que es una expresión particular de la reacción desencadenada contra las masas populares — y colocan al conjunto estudiantil en contradicción con el orden burgués que en nuestro país sirve de sustento a la Universidad. Su importancia reside en este valor de movilizar a los grupos estudiantiles por sus necesidades, por

su derecho a continuar estudiando, derecho que solo podría obtenerse en la brega cotidiana por su defensa.

Tales reivindicaciones deben entrabarse en una perspectiva general, en la perspectiva de la revolución antifeudal y antiimperialista. Los estudiantes no deben, ni pueden, permanecer aislados. Sus afanes, y la causa de su malestar, son comunes a las masas laboriosas. De allí que el estudiantado debe ver esa proyección revolucionaria como la única salida de su situación en la sociedad. Es evidente que los estudiantes observan ahora con mayor precisión los fenómenos sociales. Las fórmulas vagas, ilusorias y utópicas de la doctrina reformista, ya no les satisfacen: son demasiado incongruentes para aguantar estos momentos críticos. Los líderes reformistas clásicos también entienden el cambio de situación y procuran adaptar la Reforma a un lenguaje más izquierdista. Las formaciones "izquierdistas" en la Universidad no dan, ni pueden dar, un programa al estudiantado. Su ideología es siempre la doctrina reformista, adobada de "extremismo", pero igualmente liberal-burguesa y contrarrevolucionaria. Y su práctica deriva de esa ideología: el apoyo a bandos feudalburgueses en todos los países de América, la lucha estudiantil puesta al servicio de intereses directamente opuestos a los de la masa popular.

A tan confusa ideología, hay que oponer la teoría revolucionaria del proletariado, y levantar el programa de la emancipación de las masas populares: la revolución agraria y antiimperialista.

La posición del estudiantado en la hora presente despréndese de un examen de su situación particular y, asimismo, de una valoración de los factores externos, aparentemente separados de él, que condicionan su propia vida.

En los acontecimientos políticos sudamericanos de los últimos años han tenido los estudiantes destacada actuación. El derribamiento de algunos gobiernos continentales —ya lo dijimos— debe a ellos su marco popular y sus brigadas más bulliciosas; aunque —contradicción de esencia pequeño-burguesa— esos movimientos hayan servido para encumbrar mandatarios sustitutos, de idéntica filiación reaccionaria. Estas actitudes profundamente contradictorias y las grandes vacilacio-

nes características del movimiento estudiantil, son hijas de las vacilaciones y cambios de frente de la pequeño-burguesía — que influye fundamentalmente en la orientación del estudiantado— y van acompañadas de un proceso de diferenciación entre las diversas capas de estudiantes” (8). Allí no ha terminado la actividad política estudiantil. Por el contrario, la actuación de los estudiantes en política aumenta en razón directa al empobrecimiento creciente de la pequeña burguesía. Y la diferenciación en el seno del estudiantado se produce también: una minoría terrateniente y burguesa forma filas en las legiones fascizantes; la gran mayoría —lo prueba decenas de hechos— se pronuncia en franco y declarado antifascismo.

Los que se llaman “guardiánes del ideario reformista”, aunque procuren barnizarle de izquierda, caen siempre en las actitudes liberales de la primera hora. Al combativo antifascismo de los estudiantes procuran encaminarlo hacia un remanso democrático. En efecto: *fascismo-democracia* pretende ser la antinomia. Y su expresión más concreta y avanzada: el fiel cumplimiento de la Constitución Nacional. Los líderes estudiantiles del radicalismo esgrimen este señuelo en pro de sus golpes de estado “restauradores”. Los ideólogos socialistas —y también algunos de los inspirados conductores anarquistas del Litoral— coinciden igualmente en esta apreciación democrática.

¿Tiene, en realidad, sentido esta antítesis? Su enunciado constituye, de por sí, un juicio sobre el valor actual del pensamiento reformista. Porque llegamos a una “oposición” de apariencia, simplemente. A métodos fascistas de gobierno, encajados en nuestra realidad semicolonial y latifundista, se enfrenta métodos democráticos de represión y sojuzgamiento. Una forma de la dictadura de clase de los feudaburgueses quiere reemplazarse por otra, en apariencia más benévola. La Reforma, en su presente enunciación doctrinaria, no advierte que el fascismo y los métodos fascistas surgen de la democracia burgue-

(8) Bureau Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista: *Resoluciones del III Pleno del Secretariado Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista*. Ediciones Interjuv. Buenos Aires, 1931. “Resolución sobre el trabajo entre los estudiantes”. pág. 45.

sa como el pollo del huevo. La democracia burguesa, forma de dominación del capital en la hora de su ascenso y brillantez, debe sustituirse ahora, en los momentos de la crisis definitiva del capitalismo, por un aparato de represión más violento y más centralizado que surge —y he allí la característica— como expresión del capital financiero, es decir, del capital llegado a su última fase de desenvolvimiento. Pero este fascismo no aparece por generación espontánea y como perversión antidemocrática de los gobernantes. Esta reacción fascista — que, como en Alemania especialmente, procura ser un movimiento reaccionario de masas, explotando demagógicamente reivindicaciones populares— germina en el clima de la democracia burguesa, y surge de ella impetuosamente. En la democracia burguesa se constituyen las fuerzas que van a superarla: las fuerzas proletarias, que la negarán haciéndola más amplia mediante la revolución; pero esta negativa no se produce de manera mecánica: el capitalismo, históricamente moribundo, procura reaccionar con nuevas formas de ejercicio de su opresión de clase.

La estratagema consiste en hacer creer a la masa popular que los términos de elección son dos, exclusivamente: o *democracia burguesa*, o *fascismo*. La artimaña pretende colocarnos, asimismo, como no estableciendo diferencia alguna entre el régimen democrático y el régimen fascista (9). El programa no reside en elegir entre dos "males". Los términos de elección son dos, pero de muy distinta naturaleza: o *poder terrateniente burgués*, o *poder obrero y campesino*. Y aquí ha de marcarse, precisamente, la función de esta nueva etapa de la Reforma universitaria: ocultando a los estudiantes esta posible elección real, los titulados directores reformistas se asignan la misión de mantenerlos sumidos en una total adherencia a la filosofía del "menor mal". Campeones de la democracia burguesa, no dejan, sin embargo, de traicionarla cuando es necesario; porque el ritmo de la crisis, en afiebrada precipitación hacia una con-

(9) En su famoso discurso ante el XVII Congreso del Partido Comunista ruso, Stalin caracterizó el momento actual al decir que "las clases dominantes de los países capitalistas apartan o anulan los últimos restos del parlamentarismo y de la democracia burguesa que pueden ser utilizados por la clase obrera en su lucha contra los opresores".

flagración guerrera, impone el abandono de todos los resquicios que en el viejo organismo estatal del capitalismo permitían la introducción del proletariado.

* *

Arribados al término de este largo ensayo, cabe una consideración final.

Si hemos estudiado el desarrollo del problema universitario argentino en sus grandes líneas *políticas* y con criterio *político*, es preciso señalar que la ruta fijada por los teóricos reformistas conduce —lo quieran o no quienes la recorren— hacia la contrarrevolución. Semejante enunciado prueba la total consecuencia reaccionaria del pensamiento reformista.

Reflexionen los estudiantes sobre ello, y mediten también quienes pudieron alucinarse con el espejismo maravilloso de los “continuadores de Mayo”.

Los estudiantes no tienen una vía propia, “independiente”. La Nueva Generación ensayó amplificar esa pretensión, regalando a la pequeña burguesía intelectual la conducción del proceso revolucionario de América. Rechazado tal postulado, prosigue, sin embargo, la creencia de una posibilidad “independiente” para los estudiantes. La historia se encarga de desechar esas últimas ilusiones utópicas. La rigurosidad de la lucha de clases se entabla en sus batallas finales y decisivas. Ni neutralidad, ni equidistancia: en la hora del mundo —de este mundo burgués que vive su agonía— la neutralidad es un partido: se está con el capitalismo que oprime y esclaviza, o se está con el proletariado que entona su nueva y promisoría Marsellesa.

La salida de su actual situación significa para los estudiantes adherir a la causa del proletariado. Históricamente predestinado, el proletariado es el pionero de la emancipación humana. “De todas las clases que se enfrentan con la burguesía, no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria: el

proletariado, en cambio, es un producto genuino y peculiar" (10).

La actitud de los estudiantes está indicada por el desarrollo de la lucha social. Ni utópica ensoñación de magníficos planes de enseñanza, ni "maestros de América", resolverán su angustioso presente.

El mundo socialista —sólo él— permitirá el libre y fecundo desarrollo de la ciencia y el arte. Para ello clava sus esfuerzos el proletariado. Y en esa tarea —que es la de su propia liberación— deben participar los estudiantes.

Los "ismos" en la pintura contemporánea

Por FELIPE COSSIO DEL POMAR

VI. PURISMO

“La pretendida derrota del cubismo, clama Ozenfant (1) orgullosamente, no es sino la derrota de los transfugas que creyeron encontrar en sus leyes un cómodo entretenimiento, algo parecido a las artes decorativas, esa falsa proyección de la “Escuela Cubista”. Quiere decir que aun queda en pie el espíritu del arte geométrico. Sus cultivadores siguen imperturbables el camino trazado por “líneas rectas y curvas”, planos y formas.

Algunos cubistas de la segunda época, para apuntalar el evidente desmoronamiento, hicieron aún más estricta la disciplina cubista. Modificando, ahogando la personalidad que amenazaba destruir la Escuela, fundaron el “Purismo”, una prolongación del estatismo cubista, una manifestación intelectual del arte. El propósito de los puristas era encontrar una fórmula que satisficiera un concepto estético universal. Y como punto inicial partieron de este principio: “La pureza de la expresión traduce la pureza de los pensamientos”.

(1) Ozenfant et Jeaneret. *Art Moderno*.

Para llegar al desarrollo de esta pureza en el juego de formas y colores es necesario, dicen, crear nuevos instintos, haciendo colaborar lo más eficazmente posible nuestro yo inconsciente y nuestra razón. "En los últimos tiempos del arte se esperaba todo del instinto, ahora, para satisfacer la complejidad del hombre moderno hay que recurrir a la inteligencia". Para un purista lo bello no es el placer. La obra de arte tiene por único objeto crear en el espectador emociones. La sensibilidad no tiene nada que hacer en el juicio artístico. Si nos agrada o desagrada una obra es cuestión individual, el arte no tiene nada que ver con ello; una obra puede disgustarnos y sin embargo nos emociona por medio de la vista y por la impresión de los sentidos interesados. Remueve en nuestro espíritu el fondo de recuerdos acumulados (conscientes o inconscientes). Por un proceso indefinido los hace salir ordenadamente, produciendo en nuestro corazón el mismo placer que nos produce en el intelecto la contemplación del orden mecánico en el Universo. Hasta nuestro inconsciente toma parte en la deleitación consciente. De manera que partiendo de un choque de nuestros sentidos, la sensación en bruto se convierte primero en bienestar físico, luego, interesa las facultades lúcidas de nuestro espíritu. Así en su doble proyección complace al mismo tiempo a la bestia y al Dios secreto que habita en lo íntimo y más desconocido de nuestro yo.

Hasta el advenimiento del cubismo las obras pictóricas se sostenían con los artificios de la disposición, yuxtaposición, composición que dependía de los mismos objetos reproducidos: La misión del artista era reunirlos. El cubismo fué el primero en tentar la realización de un cuadro donde el sujeto fuera una cosa aparte y no esa especie de panorama que constituye el cuadro antiguo: "Ventana abierta sobre un escenario".

En el Purismo los sentidos y la inteligencia se someten a reglas establecidas; organizan el fenómeno de causa a efecto como una estratagema, eficaz para emocionarnos. Para llegar a la realización de sus aspiraciones aprovechan el orden que ha intervenido en la creación de signos inteligibles, símbolos convencionales de ideas bien definidas que son como las materias primas que permiten construir la geometría del len-

guaje, que hacen inteligibles las cosas en si mismas y en relación con las otras.

Estos signos deben provenir de fuentes muy precisas, *no solo por lo que significan sino por su acción fisiológica sobre nuestros sentidos*. Estos signos no pueden ser abstractos y convencionales como los de la escritura y las matemáticas, sino hechos revestidos de condiciones capaces de conmover eficazmente nuestros sentidos e interesar a la vez nuestro espíritu.

Como una demostración negativa de un lenguaje simplista, que se sirve exclusivamente de algunos signos geométricos limitados, los veristas denuncian la ineptitud de un movimiento de pintura moderna iniciado recientemente en Holanda. Esta escuela limita su expresión al rectángulo. La insuficiencia de sus signos no expresa la claridad y el mecanismo sensorial indispensables para producir la emoción: un cuadrado rojo al lado de un cuadrado azul, de un cuadrado amarillo y de un cuadrado negro y así sucesivamente, no será sino un balbuceo ininteligible, sin el mecanismo sensorial que requiere un arte geométrico completo.

Los puristas pretenden crear este lenguaje plástico universal. Un lenguaje que evite la asociación de ideas provocadas por las obras realistas. Como en el cubismo, el cuadro debe ser una pura combinación de colores y formas con exclusión del tema personal o nacional. El nacionalismo, sobre todo, con su exotismo ejerce una atracción falsa, hace intervenir asociaciones de localidad, actualidad y otras que restan al arte su carácter permanente y universal. Los vínculos con la realidad le impiden desarrollar sus cualidades líricas, no lo dejan elevarse a esas zonas impersonales, desinteresadas, fuera del tiempo, de lugar y de espacio, donde se codean las matemáticas con la poesía, las artes sublimes y todo lo que el alma humana tiene de más puro.

Buscando este concepto de la universalidad en un arte que refleje una voluntad y una comprensión general, voluntariamente desligado de todo lo que significa agrado, afectación, sensualidad, comercialismo, que produzca como dice Maurice Reynal "Manifestaciones constantes que el tiempo no pueda nunca destruir", como un medio de alcanzar este arte, nació el Purismo encerrado en la más estricta disciplina científica,

con un vasto plan de realización basado en las teorías de Gustavo Teodoro Fechner, filósofo alemán que puede ser considerado el verdadero fundador de la "ciencia del arte moderno", el primero que, en 1876, estudió el arte "von unten". Fechner inauguró los métodos experimentales con el propósito de llevar estadísticas para determinar el carácter estético, empírico o inductivo de la obra de arte. Estos experimentos que Croce califica despectivamente de "pasatiempos que tienen la misma importancia que los juegos de paciencia o la diversión de coleccionar sellos nos han enseñado algo sobre el carácter físico de los objetos aceptados como bellos y bastante sobre la reacción psicológica que ejercen en algunas personas.

Los Puristas tratando de asimilar estos hechos a una teoría general del arte, se proponen resolver de antemano los siguientes puntos:

1) Purificación del lenguaje plástico; selección de formas y colores con el propósito de crear una especie de clave de los medios expresivos necesarios. Las reacciones en esta clave estarán bien definidas y serán lo más universales posibles.

2) Determinar cuáles son las *ideas y sentimientos* que se asocian naturalmente a las formas y colores.

3) Resolver claramente si la pintura puede ser una creación pura o debe tener un punto de partida en el mundo de los objetos.

El primer punto, respecto al color, comenzó a resolverlo estudiando las reacciones ópticas producidas por la coloración. Basados en los estudios científicos de Hemholtz, Charles Henry, y otros, designaron y clasificaron rigurosamente las reacciones provocadas por determinados tonos, asignándoles una categoría, creando una gama con expresión definida y constante y un empleo lógico que permite al artista expresarse con precisión. Algunos colores tienen la propiedad de ser exitantes y dinámicos, como los colores puros del espectro y ciertos colores químicos, otros son particularmente constructivos, humanos, como los colores naturales, las tierras etc. Siguiendo esta clasificación el artista escoge los que más le convengan para la idea que quiera expresar en su composición.

Cada color sugiere, por su calidad e intensidad, el orden de las notas musicales, tal, rojo subido corresponderá por ejemplo con la nota *la* en el diapason. En una escena triste dominarán los grises y los neutros, en una escena alegre los colores vivos, en una escena compeja se mezclarán ambos. Los Puristas tratan de aprovechar así, científica y voluntariamente, las características del color, tal como lo emplearon, guiados por la intuición, los pintores de otros tiempos. A este empleo científico los puristas le atribuyen mayor importancia porque, dicen, con el proceder empírico se puede llegar a un resultado más completo y más verídico.

Como el Purismo visa a la universalidad, uno de los puntos más importantes será resolver la estabilidad de la sensación coloreada. Hacer que permanezca siempre la misma. Para esto aconseja asocial a las reacciones inmediatas producidas por ciertos colores, una serie de impresiones mentales que les corresponden: los azules deben contener la sensación fija y específica del aire, el mar, el cielo, las cosas líquidas, la lejanía, la profundidad; todo lo que en la naturaleza venga encerrado en ese color. El color verde sugerirá al vegetal, el amarillo la tierra y los metales y así sucesivamente. A este primer teclado psicológico se le agregará otro teclado fisiológico constituido por el hábito, la educación, la experiencia hereditaria, obedeciendo también a un sistema lógico de empleo.

La Forma. — Para interpretar la forma, el Purismo, dejando de lado las antiguas leyes que comienzan por analizar el modelo, parte del elemento formal primario y geométrico. Así el observador puede huir de la reacción que produce en su yo la complejidad física que le rodea. Recurriendo a las formas primarias puede analizar esta realidad de una manera más simple. Todas las sensaciones provocadas por los motivos primarios pueden convergir a la sensación de la vertical (caída de los cuerpos). Alrededor de esta sensación se agrupan y se comprenden todas las otras sensaciones relativas a la forma. Nadie puede negar, afirman los cubistas del purismo, oponiéndose a la tesis inestable, dinámica, del expresionismo, que las leyes de la gravedad rigen todos los objetos de la tierra. La pesantez es una característica del hombre y de su obra. El instinto protesta contra la inestabilidad; la apariencia inestable

nos inquieta, como la torre inclinada de Piza. El arte no puede estar en oposición a este instinto primario de nuestra naturaleza. Por el contrario debe satisfacer a este imperativo natural de nuestra sensibilidad.

La línea vertical vendría a ser la más característica representación visible de la pesantez. El plano donde se apoya esta fuerza es el suelo, que nos hemos acostumbrado a figurarlo por la línea horizontal.

La vertical y la horizontal son, entre las manifestaciones sensibles de los fenómenos de la naturaleza, la prueba constante de una de sus leyes más aparentes. La horizontal y la vertical determinan dos ángulos rectos. Entre todos los ángulos posibles, el ángulo recto es el ángulo "tipo". Constituye uno de los símbolos de la perfección. El hombre trabaja sobre el ángulo recto. No tenemos sino que mirar alrededor de nosotros y nos convenceremos que nuestra vista descansa y sin querer se detiene sobre el ángulo recto. Los puristas, apoyándose en el estudio que hace Fechner de la sensibilidad del hombre moderno, donde constata que la menor irregularidad del ángulo recto nos hace sufrir, explican y justifican el espíritu ortogonal, señalándolo como el origen de la actividad humana y como condición necesaria en todos los trabajos del arte trascendental. Como prueba de la importancia de esta tesis nos aconsejan echar una mirada hacia los grandes periodos del arte para poder constatar la presencia constante del sentido ortogonal.

El Hieratismo. — El arte egipcio como todo arte hierático, nos da la prueba de la eficacia e inmutabilidad de los signos geométricos. "Osiris hace enmudecer a los visitantes del museo del Louvre". Esto prueba que el carácter perenne de la obra de arte reside en el hieratismo. Este hieratismo refleja el estado de espíritu a que llega una civilización cuando ha terminado su etapa empírica. Cuando se da cuenta de lo que piensa. En el período empírico se limita a sentir, en la etapa espiritual puede pensar. Los Puristas despojan al hieratismo del carácter sagrado que le confiere la etimología, por el uso que le daban los sacerdotes, y lo invisten de un carácter laico. El hieratismo es la estereotipación del periodo en que

el hombre adquiere un cierto conocimiento de sí mismo y de las cosas después de un largo período de búsqueda. El momento en que el hombre se encuentra apto para controlar las fuerzas exteriores y resistir el empuje de sus propios instintos, cuando puede gobernarse y escoger entre los elementos técnicos aquellos que le permitan satisfacer las necesidades de su nuevo estado espiritual.

Un ejemplo de gestación de arte hierático nos da el arte religioso egipcio: los sacerdotes escogían los elementos del lenguaje óptico entre los signos heredados de sus milenarios antepasados, símbolos (objetos) que satisfacían a la vez las necesidades sensibles (psicológicas) y las necesidades expresivas. Cuando los sacerdotes egipcios hacían esculpir un Dios según el modelo hierático que habían creado, sabían que ordenaban la fabricación de una máquina capaz de producir emociones sagradas. La prueba de que sus métodos eran buenos es que aún hoy, siendo como somos insensibles a los viejos símbolos religiosos, nos emocionamos místicamente ante la grandiosa simplicidad de esas formas tan sabiamente organizadas.

Por estas razones la teoría purista ha escogido la proyección ortogonal como un signo sensible de lo permanente. Como oposición a la infinidad de ángulos oblicuos que, como signo de lo variable, coexisten con un solo ángulo recto. Si el ángulo recto nos da el sentido de la ley estructural de las cosas, el ángulo oblicuo es el signo de un instante pasajero. El error del expresionismo, dicen, es apoyarse en el ángulo oblicuo para obtener el dinamismo expresivo, testigo de la inquietud de los espíritus que no han logrado llegar a ninguna conclusión.

Con el apoyo del color clasificado y de a forma encerrada en su más simple y justa expresión geométrica, el Purismo constituye ante todo una técnica, una gramática general de la sensibilidad, una sintaxis de las asociaciones de las formas y de los colores.

El Tema. — El Purismo pretende hacer del cuadro un objeto sin ninguna sujeción a la naturaleza, algo que constituya, hasta el límite de lo posible, una invención. Pero tropiezan con una dificultad: un cuadro representando una sim-

ple asociación de formas y colores consttuye solo un conjunto ornamental, una máquina incapaz de emocionarnos. Para salvar este escollo y dotar al arte purista de la emoción intelectual y afectiva necesaria, el Purismo, dejando de lado las formas geométricas y primordiales, desprovistas de significación, recurre al método de los sacerdotes egipcios y escoge, entre los objetos existentes, los más impersonales, extrayendo de ellos su forma específica. Selecciona sobre todo aquellos que sirven de uso más inmediato al hombre, que son como la prolongación de sus miembros y, por eso mismo, los más familiares. Su banalidad hace imposible que revistan ningún carácter literario o anecdótico. El solo interés que poseen reside en su propia función utilitaria, como botellas, vasos, cubos, guitarras etc. El Purismo pone así en evidencia la ley de selección mecánica que establece la tendencia de los objetos hacia un tipo determinado por la evolución de las formas, hacia el ideal de la mayor utilidad y al mismo tiempo la satisfacción de las necesidades de la fabricación económica. Este doble juego de leyes conduce a la creación de un cierto número de objetos standarizados que tienen la virtud de estar todos muy ligados al hombre, asociados a sus quehaceres y a su vida cotidiana; por su forma se asemejan y, por la unidad de las leyes que han precedido a su formación, se encuentran en relación los unos con los otros.

Sin proscribir ningún tema, el Purismo ha limitado su campo de estos objetos revestidos de propiedades particularmente sensibles, dotándolos de propiedades psicológicas y espirituales.

La Composición purista se desprende de la composición cubista. Pero como hemos visto, el objeto, punto de partida del cubismo, se modifica según su organización en el cuadro. En el Purismo, por el contrario, tiende a conservar su aspecto, no se atribuye el derecho de modificar el modelo sino hasta un cierto límite. Para componer un cuadro escoge varios objetos que se armonicen entre ellos sin cambiarles la forma. Tomará por ejemplo, objetos que tengan el mismo contorno para componer un cuadro que exprese la unidad del ritmo orgánico, que se unan por su naturaleza sin necesidad de alterarlos específicamente, como hace el Cubismo. Por fin

los puristas admiten como una concesión, el factor creativo individual. Una vez satisfecha la sintaxis de su teoría, resueltos los múltiples problemas técnicos del cuadro, solo hace falta, para lograr la obra de arte, la concepción del artista. Es el caso del poeta que para hacer un verso recurre primero a las leyes de la poética y luego a su inspiración. Por eso es discutible el valor artístico de la teoría purista. Se le puede considerar como una parte de la gramática artística cuya eficacia depende, ante todo, del mérito personal del artista que la emplea.

*

*

*

El Purismo, aun más que los otros "ismos" de la pintura contemporánea, traduce la inquietud con que los artistas de hoy buscan la fórmula definitiva donde encerrar el arte. Revela el deseo de mecanizar el esfuerzo creador y así escapar a la persistencia que requiere toda obra artística. La búsqueda, el sacrificio constante para resolver ante cada composición un nuevo problema.

Ante el espectáculo de un mando impaciente por "vivir la vida", buscan la comodidad de un arte basado en fórmulas psicológicas, mecánicas y, en último caso, artísticas.

Para convencer al público de sus razones, las nuevas teorías y escuelas son precedidas y seguidas por una extensa literatura. Aunque la costumbre de escribir en los artistas, explicando su arte, es una manifestación común a todas las épocas en que se producen grandes cambios de sistema, desde el Renacimiento italiano hasta el pasaje del romanticismo y materialismo a las orientaciones del presente, nunca existieron como ahora tantas teorías explicadas, anotadas y justificadas por sus autores. Los españoles, quizás por ser los menos cultos, y los más pintores, son los únicos que han escapado a esta necesidad de fundamentar su pintura o comentar la de los otros.

Los puristas, como los artistas cubistas de la segunda época, nos ilustran con una vasta argumentación literaria y científica, sobre el significado y tendencias del Cubismo y el Puris-

mo. En las obras de Jeaneret, Glizer, Metzinger, Andre Lhote encontramos ingeniosas explicaciones.

Ozefant en su obra "La Pintura Moderna" comenta la inquietud nomade pero fecunda de Picasso, agitando todas las fuentes de la inteligencia para buscar nuevas cimas de la sensación. Luego el advenimiento de los puristas rechazando esa poesía inestable nacida de una reacción contra el cubismo, el renunciamiento de un juego para lanzarse a otro. Basados en el movimiento que se ha producido desde hace unos treinta años hacia la universalización de la curiosidad y de la cultura y la unificación de la ciencia, después de haber planteado una gramática técnica, aspiran a encontrar una forma que sea una especie de álgebra ideográfica encargada de determinar todos los aspectos que se quieran expresar.

*

*

*

El Purismo creando un lenguaje simbólico pretende revelar y determinar una nueva orientación de la pintura, para conseguir la universalización del arte. Ya vimos el movimiento cubista disgregarse, terminar su misión en una revisión de valores arquitectónicos, después de influir con sus teorías en la edificación, empleando nuevas fórmulas, respondiendo a necesidades prácticas y sociales. Pero el Purismo no se conforma con colocarse sumisamente bajo el dominio de la arquitectura. Sus afiliados quieren que la pintura se resuelva entre los límites de la obra de arte impersonal; en la expresión de la forma pura, sin utilidad, tal como lo pretendieron los cubistas.

La arquitectura puede ser la forma más impersonal — o al menos debe serlo o lo ha sido todos los tiempos — pero siendo un arte utilitario no puede atribuírsele el carácter puramente lírico a que aspira el Purismo.

La universalidad debe partir de la forma pura y luego penetrar en el sentido íntimo de la pintura de la arquitectura y de la máquina. La máquina es arquitectura, sostiene una

autoridad tan reconocida como Elie Faure en su Historia del Arte. Admitamos que puede ser arquitectura en el sentido de subordinación de todos sus órganos a una función principal, pero hay una diferencia esencial entre ambas: la máquina es dinámica y la arquitectura es estática. La máquina sí, puede ser universal y escapar a las leyes del medio, la raza, las creencias etc. Siempre será la misma en todas partes, en cambio la construcción arquitectónica está sujeta a estas diferencias. La arquitectura no escapa a estas leyes — al menos hasta hoy — puede ser que en el futuro nos de el tipo universal que el arte pretende conquistar, ya que el hierro y el cemento ven generalizar su empleo. Pero esto no quiere decir que una vez aceptado el estilo uniforme, no se produzcan insensiblemente las modificaciones en los diferentes órganos, añadiendo o quitando pequeños detalles que insensiblemente irán transformando la apariencia orgánica del edificio. Si vemos ahora predominar el estilo de los rascacielos es porque se emplean los mismos materiales y se ponen en práctica los métodos indicados por los ingenieros yanquis. Esta influencia del ingeniero norteamericano no ha tenido aún tiempo de modificarse, pero no dudamos que con el tiempo sufra la misma transformación que sufrieron las obras de los arquitectos romanos, debido al medio y a condiciones especiales del espíritu.

Los monumentos construidos por los romanos tenían todos el mismo carácter, obedecían a la misma patente arquitectónica; un edificio construido por los romanos debía por fuerza tener la apariencia romana. Sin embargo, se notan variantes según el suelo y la raza del discípulo del ingeniero romano. Las arenas de Nimes son diferentes de las de Verona, y no se puede confundir el acueducto de Segovia con los acueductos de Lacio, ni el teatro de Orange con el de Taormina. En el vasto imperio de los Incas, donde la uniformidad era ley para la vida social, cuya precisión se extendía a las creaciones artísticas, vemos producirse en el mismo período y en diferentes regiones varios tipos decorativos en la cerámica y en la arquitectura.

Las leyes sobre la influencia del medio de Taine han sido adulteradas, negadas y por último olvidadas. Sin embar-

go el medio siempre nos da el dato más preciso cuando queremos una información que respecta al arte. El medio actúa hasta en la máquina modificando sus disposiciones, ya que el barco y el automóvil tienen que adoptar disposiciones de acuerdo con el clima donde funciona, y reformas interiores que derivan de una concepción particular de confort y de lujo. La educación científica no podrá nunca destruir las fuentes sensibles, aquéllas que prevalecen una vez que se ha asegurado en la máquina el máximo de resistencia, de seguridad y de velocidad. El espíritu del artista tendrá que expresar el íntimo sentir de su raza. Un español que pinta una agonía, con esa fruición patética nacida de su escepticismo, la pintará de una manera bien diferente de su discípulo, el pintor de la escuela Colonial Cuzqueña, palpitante aún de idolatría. El doble medio, histórico y geográfico, multiplica los aportes de la calidad del hombre, impone su voluntad hasta en este gesto, el más universal de la vida humana.

En todos los lugares si el punto inicial y el fin son idénticos, son necesarias las manifestaciones de ambiente modificando la acción humana para lograr el entusiasmo en la fórmula de expresión. La sugestión del arte a una sola forma de expresión, encerrado en un símbolo universal, ha fracasado siempre en las artes plásticas. Esta unidad se ha tratado de resolver desde el arcaísmo de Plaxiteles, el Renacimiento, el Naturalismo hasta las últimas abstracciones modernas.

No podemos imponer la misma orientación ni dar las mismas proporciones al arte de una raza cuya concepción de la vida es activa y utilitaria, y al de una raza contemplativa pacífica y desinteresada. Es absurdo que la ciencia, cuyas leyes son impersonales, pueda utilizar estas mismas leyes para destruir la personalidad del hombre. La mejor misión que puede tener la ciencia es la de darnos los elementos necesarios para edificar las construcciones del espíritu.

La geometría apoyándose en la precisión matemática renuncia *de facto* a la compenetración del espíritu artístico. Nunca podré expresar, con la universalidad que pretende la apariencia consciente del mundo. Si Cezanne afirmaba que en la naturaleza todo "convergía al cono, al cilindro y a la esfera", quiere significar una tendencia y no un límite donde la per-

sonalidad está condenada a desaparecer. No indicaba el punto que debía alcanzarse para llegar al "arte mundial". Una receta que como la piedra filosofal se encargue de producir belleza al conjuro de la varita mágica del artista, que desempeña el papel del tipógrafo encargado del manejo de una máquina de imprimir (1).

El alma del hombre está en el fondo de todo. Hasta en los juegos de planos y líneas de la geometría pura, donde no existe el objeto sino como una creación de los sentidos depurados por la inteligencia y sistemados por la voluntad.

"En un porvenir lejano se vislumbra en la historia la aparición de un solo tipo de hombre, y se prevee, aún más cerca, un tipo de inteligencia decididamente unificado y resuelto a imponer sus formas únicas a los edificios humanos. Esta inteligencia universal, entonces, no podrá ser influenciada por el medio, dada la rapidez de las comunicaciones y los transportes". Esta es otra de las tantas teorías basadas en argumentos poco sólidos. Los viajes en lugar de apartar al hombre de su lugar de origen fortalecen sus sentimientos, reafirman su espíritu nacionalista o individualista.

La pretensión de inventar estilos y símbolos independientes, en vista de necesidades especiales, sin depender de una evolución lógica, es otra quimera. Ninguno de los estilos, ni el egipcio ni el griego, ni el español, en sus diferentes épocas ha aparecido súbitamente. Al contrario, la evolución de sus formas se ha producido con más lentitud, puesto que el ritmo de la vida en aquellos tiempos era más acompasada, la selección más paulatina. El mobiliario venía del padre, del abuelo, del bisabuelo y hasta de más lejos. Esto constituía la tradición de la casa, su calor, su intimidad armoniosa. Como las viejas catedrales donde diez estilos sucesivos se superponen para contribuir a la imponente majestad que revisten.

Estos razonamientos nos demuestran que si bien podemos admirar el ingenio desplegado por los diferentes artistas

(1) El Constructivismo, escuela estrechamente ligada al Purismo, inició una nueva concepción del mundo, pseudomecanista. Trataba ante todo de la expresión de lo este-reométrico, del mecanismo. Invistieron la "vida" de la máquina de un valor estético. Los constructivistas exajerando la expresión anímica que encierra lo mecánico, dejaron de ser artistas y debieron matricularse en las escuelas politécnicas en busca de conocimientos técnicos que les ayudaran a resolver problemas de ingeniería "con expresión" estética. En literatura los constructivistas también tuvieron que abandonar el campo puramente literario y filosófico para entregarse al cultivo de una política constructiva.

puristas para obtener una forma universal y sus esfuerzos por clasificar el arte dentro de una expresión artística o científica, no podemos dejarnos convencer por la ingeniosidad de su lógica. En el fondo de todo queda el hombre, la calidad del hombre está en el fondo de todo. Así llegue a producirse una escuela definitiva, única y universal quedará en pie esta cualidad que hará vibrar, con sonido propio, cualquier instrumento por más mecánico y uniforme que sea. Aunque se someta a los principios de la técnica más estricta, siempre el artista pondrá en la tela o en el barro la marca inconfundible de su orgullo creador.

El problema de las reparaciones y los pagos internacionales

Por RENE BERGER.

II

Ustedes recordarán, señores, que en la primera clase hemos tratado el período de pagos desorganizados: se trataba del período inmediato al fin de la guerra, cuando los países acreedores, especialmente Francia, cobraban en mercaderías.

La caída del marco y la huida de capitales de Alemania destruyeron su economía. El 11 de enero de 1923, ante la negativa alemana de continuar pagando, Francia decidió la ocupación del Ruhr, simple consecuencia de la política anterior. Después de tomar mercaderías y bienes, Francia iba más allá y ocupaba un territorio; ambicionaba lo que se denominó entonces una "prenda productiva", extendiendo así el procedimiento interno de un país en materia de derecho civil, según el cual, cuando un deudor rehusa el pago de su deuda, se procede a la ejecución o se toma una prenda.

La ocupación del Ruhr fué muy discutida y se atribuyó al maquiavelismo de los franceses quienes, para justificarla habrían abultado considerablemente la deuda. Se imaginaba también a los dirigentes de la política francesa como seres dotados de una inteligencia y de una previsión superior a la que en realidad tenían.

Nadie en Francia tenía idea, en los años 1919, 1920 y 1923, de la magnitud de las sumas exigidas a Alemania, creyéndose firmemente en la posibilidad de poder cobrarlas.

Se ha dicho también, por otra parte, que la caída del marco fué intencional y provocada por Alemania con el objeto de no pagar las reparaciones. Creo también, como ya lo dije en la clase anterior, que en este sentido se imaginó por demás habilidosos a los dirigentes alemanes, pues así como no comprendían los franceses el problema de las reparaciones, tampoco comprendían los alemanes lo que ocurría con el marco. En 1919, nadie tenía aún idea clara de la situación de esta moneda; en 1920 Hugo Stinnes fué el primero en comprenderla y en 1923, cuando la realidad llegó a ser conocida por todo el mundo, era ya muy tarde.

El punto de vista de Francia se basaba principalmente en el déficit que pesaba sobre su presupuesto ocasionado por la reconstrucción de regiones dañadas. La posición del franco se debilitaba en el mercado mundial y se tenía la ilusión de que era fácil pagar a los vencidos.

Para que ustedes comprendan la posición de los franceses en aquel entonces, voy a leerles un texto del señor Poincaré en el que se expresaba así:

“El tratado preveía las condiciones en las cuales la Comisión fijaría la deuda alemana. Se ha simulado respetar estas condiciones; pero, no bien fijada la deuda, se nos ha impuesto en uno de esos consejos supremos, en los que siempre hemos dejado una parte de nuestros derechos, un estado de pagos que la Comisión ha ratificado de mal agrado y que reducía en proporciones indeterminadas el monto de nuestro crédito. Por lo tanto, entonces, nos hemos ligado a este estado de pagos como a una convención internacional, como a un compromiso de honor, suscripto para con nosotros.

“Apenas transcurridos algunos meses, salieron a relucir nuevamente las evaluaciones sobre las cuales se habían puesto de acuerdo los aliados. Como la intención de algunos de nuestros amigos no parecía ser otra que la de aliviar la deuda alemana y como ellos eran a la vez nuestros acreedores, les manifestamos: existen tres categorías de obligaciones en el estado de pagos. Dejados nuestra parte en las dos primeras.

“ En cuanto a la tercera, sólo la utilizaremos contra Alemania
“ en la medida en que nuestros acreedores nos exijan el pago
“ de nuestras deudas.

“ No obstante, se nos ha considerado demasiado exigen-
“ tes. Se nos ha reprochado nuestra falta de tolerancia para con
“ Alemania, exponiéndola a un desastre cuyas consecuencias
“ alcanzarían a todos los pueblos.

“ Empero, ¿no fué acaso bien considerada, ya que
“ durante tres años enteros se le ha permitido faltar a todas
“ sus obligaciones? *¿No hemos tenido que pagar nosotros, 100*
“ *mil millones que nos debía y no nos ha transferido? . . . ¿No*
“ *hemos tolerado acaso que Alemania reconstituyera su mari-*
“ *na mercante, que desarrolle sus canales y ferrocarriles, que*
“ *enriquezca su gran industria todo a expensas de sus acreedo-*
“ *res? Una firmeza análoga por parte de todos los aliados ha-*
“ *bría triunfado sin duda de la mala voluntad persistente. Pero,*
“ *naturalmente, Alemania especuló sobre la divergencia de opi-*
“ *niones que se esforzó en acrecentar, se creyó alentada en la*
“ *actitud que había adoptado y llegó el momento en que ine-*
“ *vitablemente no teníamos más recurso que recurrir a la coer-*
“ *ción y a la toma de prendas.*

“ No ha dependido de nosotros el no haber sido aplicadas
“ en común por todos los aliados estas medidas necesarias. De
“ haberse procedido en tal forma, hubiéramos tenido todas las
“ posibilidades de ver a Alemania inclinarse inmediatamente.
“ Hemos tenido que obrar solos, con el concurso positivo de
“ Bélgica y la colaboración parcial de Italia. Lejos de prestarse
“ a la explotación de las prendas, Alemania organizó la resis-
“ tencia y nos forzó a acentuar nuestra presión. Somos, pues,
“ responsables del malestar que de ello emana? . . . Y no es
“ acaso a quienes violan los tratados, antes que a los que re-
“ claman su cumplimiento a quienes debe pedirse cuenta de los
“ acontecimientos, que la ignorancia del derecho hizo inevi-
“ table?

“ ¿Qué habría ocurrido además, si hubiésemos permane-
“ cido con los brazos cruzados? ¿Imagináis acaso que nuestra
“ debilidad habría realizado el milagro de ajusticiar a Alema-
“ nia, de decidirla al saneamiento de sus finanzas y a la esta-
“ bilización de su moneda y de hacer desaparecer así del centro

“ de Europa un foco de descomposición económica? . . . Era
“ este el ideal soñado por los aliados desde hacía tres años y
“ en el transcurso de esos tres años el mal continuó agraván-
“ dose. Si no hubiéramos ocupado el Ruhr, Alemania hubiera
“ continuado deslizándose hacia el abismo que ella misma había
“ cavado, pero . . . tendríamos las manos vacías, en tanto que
hoy poseemos prendas y somos dueños de no abandonarlas”.

La tesis francesa preveía, ante todo, la necesidad inmediata de realizar la reconstrucción. Debe comprenderse también el punto de vista de Alemania: la caída del marco era un fenómeno imposible de limitar porque las exigencias de los aliados seguían aumentando en detrimento de las finanzas alemanas. Los pagos a efectuar eran demasiado elevados y el acreedor no lo comprendía; por otra parte, el sistema aduanero del Tratado de Versailles obligaba a los alemanes a aceptar durante 5 años mercaderías de Alsacia-Lorena sin derechos aduaneros y esa obligación, unida a la ocupación de la orilla izquierda del Rin, destruyó la economía, el régimen aduanero y el balance de pagos de Alemania.

Los alemanes tenían la impresión de que la enorme deuda que se les exigía, 132 mil millones de marcos, obedecía a razones políticas y de que se pretendía esclavizarlos.

Voy a ser breve respecto a la ocupación del Ruhr; el 11 de enero de 1923 una misión de ingenieros acompañada por tropas del ejército, ocupaba el Ruhr; el 12 del mismo mes Alemania suspendía todos los pagos. El 16, la Comisión de Reparaciones reconoce que Alemania ha faltado a la entrega de carbón y el 26, declara la falta general de Alemania al cumplimiento de sus compromisos. La misión ejecutora llamada M. I. C. U. M., había comenzado mientras tanto la requisición, la toma de material de las fábricas y de todo lo que podía tomarse. El 23 de marzo del mismo año, el gobierno alemán decide la “resistencia pasiva” obligando a los ferrocarriles a no acatar las órdenes francesas y a los obreros a no trabajar; los aliados establecieron entonces un sistema aduanero entre el territorio ocupado y el resto de Alemania; se reforzaron las requisiciones de que hablamos anteriormente y el marco, que había señalado un rápido descenso de 1921 a 1923, alcanzó las proporciones que todo el mundo conoce.

Después de la trágica aventura de la ocupación del Ruhr, comenzaron las negociaciones. El 8 de octubre, la misión interaliada que ocupaba el Ruhr firmó el primer contrato de entrega de material con Otto Wolf. Desde este día, quedó arreglado de hecho el problema entre los países aliados y Alemania.

Muy difícil resultaría emitir un juicio sobre la ocupación del Ruhr, pero lo cierto es que la teoría francesa de la prenda productiva fracasó rotundamente. Durante un año de ocupación el producido neto alcanzó a algo más de 1.500 millones de francos franceses, suma muy reducida ya que Alemania debía entregar como mínimo 2.500 millones de marcos oro al año.

Pero si bien la ocupación del Ruhr fué un fracaso desde el punto de vista productivo, fué en cambio un éxito desde el punto de vista de la política general de las reparaciones. Mientras se mantuvo la ocupación con todas sus dificultades, peligros políticos, caída del marco, Alemania comprendió la necesidad inevitable de realizar un esfuerzo, no sólo para pagar las reparaciones, sino para atender a su situación que amenazaba su economía y su política económica. Los ingleses, por su parte, comprendieron la necesidad de un contralor sobre Alemania, la necesidad de tomar prendas y de garantizar el pago de la deuda y los franceses no pudieron dejar de reconocer la razón de los ingleses al anteponer a todo la restauración de las finanzas del deudor, es decir, reconstruir la capacidad de pago de Alemania para así poder recibir pagos de mayor importancia.

El hecho es que durante la ocupación las opiniones se aproximaron, permitiendo más tarde la implantación del Plan Dawes, que implicaba la buena voluntad de los Alemanes y concesiones recíprocas entre los Aliados.

Vds. se preguntarán, sin duda, porqué razón estando los gobiernos de acuerdo, no han llegado directamente a una solución sin nombrar dos comités de peritos. Se procedió así, señores, con el único objeto de disfrazar la incapacidad de los gobiernos para animarse a declarar a los pueblos que los pagos de Alemania debían ser reducidos. Todos los gobiernos habían comprendido, pero ninguna tuvo la valentía de confesarlo. Se solicitó la colaboración de peritos Norte-Americanos, Ingleses, Franceses y demás y estos reconocieron los arreglos convenidos entre gobiernos como una verdad económica primordial, pu-

diendo afirmarse que se había hecho lo imposible para lograr que los Alemanes pagaran, pero que la ciencia económica demostraba la imposibilidad de esos pagos.

Ahora bien, ¿por qué se eligieron peritos Norte-Americanos? . . . La abundancia de dinero en ese país en años anteriores y la perspectiva de poder utilizar algún día el mercado americano para la financiación de las reparaciones, fué lo que inclinó a los Aliados a confiar el arbitraje al futuro comprador de los bonos. Por su parte, los norte-americanos tenían en esas condiciones un gran interés en intervenir en los asuntos europeos. Era el período de gran desarrollo industrial inmediato a la guerra. Estados Unidos necesitaba un mercado donde poder colocar sus productos industriales y por esta razón deseaba que Alemania aumentara nuevamente su capacidad de compra; finalmente, quería cobrar las deudas de guerra, deseando para ello aumentar la capacidad de pago del deudor de sus deudores.

En los últimos días del año 1923, se nombraron dos comités de peritos. El segundo de esos comités, del que sólo diremos pocas palabras, tenía por objeto hallar los medios de evaluación y procurar que vuelvan a Alemania los capitales evadidos, siendo ésta la primera vez que se tiene noción del "capital evadido". Este Comité estimó en 6.750 millones de marcos oro el capital emigrado perteneciente a alemanes, pero no pudo aconsejar acerca de los medios capaces de repatriar esos capitales, y, no tuvo influencia alguna sobre el desarrollo futuro de las negociaciones.

El otro, en cambio, implantó el Plan Dawes, denominado así en atención a su presidente, que entró en vigor el 30 de Agosto de 1924.

Anteriormente, en una conferencia realizada en Londres, los Aliados y Alemanes firmaron una serie de convenciones estableciendo que si hubiere disconformidad, se presentaría el caso a arbitraje; pero el verdadero motivo de esa conferencia era otro; se deseaba afianzar ante el mundo la buena voluntad de Alemania y de los Aliados haciendo un esfuerzo común para realizar los pagos de las reparaciones.

La teoría del Plan Dawes, que veremos antes de pasar al estudio financiero del mismo, se resume en 4 puntos básicos:

1º la restauración financiera. 2º el contralor. 3º las garantías y 4º la distinción entre la obligación de pagar y la de transferir al exterior. Con respecto al primer punto, Vds. ya conocen la idea inglesa: restablecer ante todo la economía alemana. Los Aliados convinieron la supresión de las aduanas internas y de todas las medidas tomadas durante la ocupación del Ruhr. Por otra parte, el 10 de Enero de 1925, vencía la obligación de Alemania de aceptar los productos de Alsacia-Lorena sin pagar derechos aduaneros y los productos de los países aliados con el tratamiento de la nación más favorecida. A principios de 1925, Alemania disponía como antes de la guerra de su libertad de acción en materia política aduanera.

Para restaurar a Alemania era preciso, además, concederle una especie de moratoria. Sobre este punto también se llegó a un término medio entre la tesis de los ingleses y las ideas francesas. Se estableció que los pagos serían reanudados siguiendo una escala: el primer año Alemania debía pagar 1.000 millones de marcos oro; el segundo, 1.200; el tercero, 1.500; el 4º, 1.750 y el quinto, lo que se llamó anualidad normal, es decir, 2.500 millones de marcos oro. Naturalmente, las obligaciones se establecieron en marcos oro.

Pero era necesario que Alemania tuviera una posibilidad material para restablecerse y es así como los Aliados apoyaron la emisión de un empréstito internacional alemán, de 800 mil millones de marcos oro, que se llamó "Empréstito Dawes" y que aún se cotiza en todos los mercados del mundo. Con el producido del empréstito Dawes, la primer anualidad de 1.000 millones de marcos oro quedó reducida en 800 millones de marcos. En el primer año, los pagos reales realizados por Alemania no fueron superiores, pues, a 200 millones de marcos oro.

El segundo punto del plan fué el triunfo de la idea francesa del contralor. Se estableció un doble contralor siendo el más importante el de la moneda.

No ignoramos que la caída del marco fué el principal argumento de que se valieron los alemanes para resistirse a efectuar los pagos. El gobierno alemán restableció entonces el marco a fines de 1923 con el concurso de los aliados y de la "finanza internacional". Para sostener el marco se estableció el Reichsbank con un régimen mixto; la mitad más o menos del Con-

sejo General del Banco representaba a los Aliados y estaba encargado de observar su marcha. Además, un comisario extranjero, con carácter permanente, tenía a su cargo el control de la política financiera del Reichsbank y el cumplimiento de las leyes y estatutos.

No sólo era menester cuidar la moneda, sino también controlar el gobierno. A este efecto, se dispuso la permanencia en Berlín de un Agente General de las Reparaciones, no obstante carecer de un poder directo de contralor sobre el gobierno, tenía la facultad de hacerse oír y observar al gobierno alemán y a los Aliados.

Además de mantener el contralor, era necesario tomar prendas, según lo establecía el tercer punto. Los aliados constituyeron garantías, pero de naturaleza distinta a las que habían sido instituídas cuando la ocupación del Ruhr. Esta era una "prenda territorial" que fracasó; lo que se exigía ahora, eran recursos no comprendidos en el presupuesto alemán, fuera de la acción del gobierno y en manos de los representantes de los acreedores.

Los impuestos prendados al alcohol, al tabaco, a la cerveza y al azúcar y el producido de la Aduana constituían la primera fuente y eran recaudados directamente por el gobierno alemán por un comisario aliado, que mantenía esos fondos en el Reichsbank y pagaba luego al gobierno alemán el excedente entre la percepción y los 1.250 millones de marcos oro al año que debía pagar por este concepto según el sistema establecido por el Plan Dawes. Además, el gobierno alemán debía entregar 290 millones de marcos oro del producido correspondiente a la tasa sobre transportes. Por tratarse de una suma pequeña, no se aplicaba el sistema de control directo, pero era abonada por la Cía. de Ferrocarriles, que estaba bajo el contralor de los Aliados.

La tercera fuente prendada tenía un carácter especial. Antes de la guerra, los ferrocarriles alemanes eran de propiedad de los Estados; pero después de la revolución de 1918, pasaron a ser propiedad del Reich obligándosele mediante el Plan Dawes a constituirlos en una sociedad anónima privada. Esta resolución fué tomada en razón de constituir los ferrocarriles una de las garantías más importantes de Alemania, ya que la

enorme deuda que habían acumulado antes de la guerra, quedó anulada por la depreciación del marco. La sociedad privada de los ferrocarriles debía emitir bonos por 11.000 millones de marcos oro y entregarlos al representante de los Aliados, es decir que la sociedad contraía una nueva deuda y se obligaba a efectuar un servicio del 5 % anual de interés más 1 % de amortización sobre la misma. El servicio importaba, pues, 660 millones de marcos oro anuales.

Durante el período de inflación, la industria alemana libre de deudas, gozó de la prosperidad ficticia propia de toda inflación monetaria; de aquí que los Aliados anhelaran ser pagados directamente por los industriales. Más de una vez fué discutida la posibilidad de la participación de los Aliados en los grandes trusts alemanes, tales como el del acero, anilinas, potasa, etc. . . .

En el plan Dawes se optó por una solución mixta. No se aceptó participar en la explotación para no correr riesgos; pero teniendo en cuenta que merced a la inflación había desaparecido la deuda de las industrias alemanas, se les impuso una nueva deuda en obligaciones por 5.000 millones de marcos oro. Esas obligaciones debían ser entregadas por los industriales alemanes a un "trustee" encargado de controlar el pago del servicio del 5 % de interés anual y 1 % de amortización, o sea 300 millones de marcos oro al año.

Como Vds. habrán notado, la anualidad a pagar por Alemania, según el Plan Dawes, sumaba 1.250 millones de marcos oro de recaudaciones prendadas, 290 millones de marcos oro correspondientes a la tasa de transporte, 660 millones de marcos oro de los bonos de los ferrocarriles y 300 millones de marcos oro de la deuda de la industria.

Los gobiernos aliados declararon no tener autoridad para fijar el total de la deuda alemana y establecieron solamente anualidades; Alemania pagaría tanto el primer año y el quinto año normal 2.500 millones de marcos oro, lo que indica que desde sus comienzos el plan Dawes revistió un carácter provisorio, de transición; pero la deuda total de Alemania, como se comprende, no fué alterada y quedaba en 132 mil millones de marcos oro como lo había establecido el "estado de pagos" del año 1921. Eran exactamente necesarios 2.500 millones

de marcos oro para la amortización e intereses del 5 % de los 50 mil millones de marcos oro de bonos "A" y "B", es decir que para los 82 mil millones de marcos oro restantes, nada se había previsto en el Plan Dawes. Nuevamente, sin tener la valentía de confesarlo, los gobiernos aliados al establecer las anualidades precitadas reducían en forma considerable el total de la deuda alemana, ante la imposibilidad de aumentarlo más adelante.

Admitiendo que Alemania pagara a perpetuidad, el valor actual de la deuda apenas excedía 45 mil millones de marcos oro, mientras que el valor actual del estado de pagos del año 1921, sin la anualidad móvil sería superior a 64 mil millones de marcos oro, y la deuda teórica se mantenía en 132 mil millones de marcos oro.

Es preciso agregar que para disfrazar esa reducción del total de la deuda, se había previsto en el Plan Dawes la posibilidad de aumentar la anualidad. Vds. recordarán aquí lo tratado en la primera clase: la idea de una anualidad que variara al unísono con la riqueza alemana. Durante el primer período solamente se consideró a las exportaciones como índice de la riqueza alemana, y las anualidades variables se fijaban en proporción al aumento de las exportaciones. En el plan Dawes el esfuerzo intelectual fué más completo: se estableció un índice llamado "índice de prosperidad". Después del 5º año Alemania tenía la obligación de aumentar sus pagos en relación con ese índice, para cuyo cálculo debía tenerse en cuenta el volumen económico del comercio exterior, el total de la recaudación y gastos del Reich y de los Estados, el tráfico ferroviario, el valor total del consumo de ciertos artículos de lujo, la población y el consumo total de carbón por cabeza.

No se hizo alusión al método a seguir para combinar índices tan diferentes: el "índice de prosperidad" prácticamente nunca fué aplicado y muchos profesores demostraron la imposibilidad de esta aplicación, pues jamás se llegó a comprender con precisión los motivos que inducían a considerar el aumento de población como un índice de riqueza. Ese índice tenía un valor psicológico más que financiero y constituía la postrera esperanza de los que esperaban pagos superiores a 2.500 millones de marcos oro al año.

Ahora, Señores, voy a tratar el último punto, la gran novedad del plan Dawes, considerado como el más original y que consiste en la distinción entre la obligación de pagar de Alemania y la de transferir al exterior.

Los expertos establecieron que la obligación de Alemania terminaba una vez depositadas esas sumas en la cuenta del Agente General de las Reparaciones, en el Reichsbank. La transferencia de dichas sumas a los Aliados no caía bajo la responsabilidad de Alemania y ésta tampoco era responsable directamente de la compra de divisas, del pago de las mercaderías, ni de ningún pago realizado por el Agente General.

Refiriéndose a este punto los peritos dijeron:

“Dos asuntos bien distintos, aunque conexos, han sido confundidos con frecuencia: 1º, el que se refiere al monto de las sumas que Alemania puede reunir para destinarlas a la cuenta reparaciones y 2º, el que se refiere al monto que puede ser transferido al extranjero. Las sumas percibidas y transferidas a los Aliados a título de reparaciones, no podrían a la larga ser superiores a las sumas que permitiría transferir el balance de cuentas sin comprometer la estabilidad de la moneda y del presupuesto. Es evidente, sin embargo, que el excedente de los impuestos cobrados sobre los gastos del presupuesto, no estaba condicionado, en manera alguna, a la posibilidad de su transferencia al extranjero. Nos proponemos establecer una distinción neta entre los dos problemas: trataremos primeramente el problema de máximo de excedente del presupuesto y en seguida el del pago a los Aliados. Las divergencias entre las conclusiones a que se ha llegado en el pasado, relativas a la capacidad de pago de Alemania, dependieron con frecuencia de la elección que se había hecho entre esos dos métodos que pueden seguirse para establecerla.

“Como método primordial de estudio, el que utiliza el criterio del presupuesto ofrece ventajas evidentes. En primer lugar, las reparaciones constituyen una carga para el presupuesto alemán. El presupuesto, en sí mismo, es un conjunto de decisiones tomadas por una autoridad única, el gobierno. El presupuesto puede ser apreciado por técnicos y les puede servir de base para sus cálculos y análisis, con un margen de

“ error más reducido que el que podría obtenerse mediante otro
“ criterio.

“Contrariamente, la balanza económica de un país no
“ puede ser exactamente calculada. Aun en determinado mo-
“ mento, sólo puede evaluarse aproximadamente, pues las ex-
“ portaciones e importaciones invisibles, que constituyen una
“ parte importante de la misma, no pueden ser conocidas con
“ exactitud. Un balance económico potencial es aun más incier-
“ to. No depende de las decisiones de una autoridad única, sino
“ de la iniciativa de diversos comerciantes e industriales. Las
“ exigencias de las reparaciones lo acrecentarán. La adaptación
“ de la vida económica a las obligaciones exteriores durante un
“ extenso período de años, da lugar a conjeturas; un balance
“ económico estimado antes que tales obligaciones hayan ac-
“ tuado el tiempo suficiente como para que su efecto repercuta
“ sobre la economía del país, proporciona un criterio muy in-
“ cierto. El balance económico no es, pues, al igual que el pre-
“ supuesto, susceptible de cálculo exacto; es imposible mane-
“ jarlo y demasiado elástico.

“Pero los límites que plantea el balance económico, aun-
“ que imposibles de determinar con precisión, son reales. Para
“ que la estabilidad monetaria de un país sea permanente, es
“ necesario no solo equilibrar el presupuesto sino que las
“ entradas del extranjero sean equivalentes a los pagos que
“ deba realizarle, estando incluídos no sólo los pagos por mer-
“ caderías importadas, sino también las sumas pagadas por las
“ reparaciones. El equilibrio del presupuesto en sí, no puede
“ asegurarse permanentemente a no ser que rijan esas mismas
“ condiciones. Si las reparaciones pueden y deben ser pagadas
“ mediante un rubro incluído en el presupuesto, es decir con el
“ excedente de los impuestos sobre los gastos internos, no pueden
“ ser pagadas al exterior sino con la ayuda de un excedente
“ económico provisto por el trabajo del país. Los empréstitos
“ pueden disfrazar la situación o aplazar sus consecuencias
“ prácticas, pero no podrían modificarla.

“Podrá comprobarse que nos hemos esforzado por poner
“ en acción esas dos series de consideraciones, con la ayuda de
“ un método que creemos a la vez lógico y práctico. Hemos
“ evaluado el importe que suponemos puede ser pagado en

“ marcos oro por Alemania teniendo en cuenta las posibilida-
“ des de su presupuesto; pero proponemos protección contra
“ su conversión íntegra en monedas extranjeras, que podría
“ destruir la estabilización y comprometer las reparaciones fu-
“ turas.”

¿Cuál debió ser la política del Comité de Transferencias para decidir la posibilidad de pagar o no de Alemania? . . . El Comité debía tener en cuenta la estabilidad del marco de la que era responsable y por lo tanto, no tenía el derecho de hacer transferencias susceptibles de hacer peligrar esta estabilidad cuyo restablecimiento era tan difícil en aquel tiempo. Según el plan Dawes “El gobierno alemán y el Reichsbank deberán comprometerse a facilitar, por todos los medios a su alcance, el trabajo del Comité desde el punto de vista de las transferencias de fondos y principalmente tomar las medidas necesarias para ayudar a sostener la estabilidad de los cambios. Cuando el Comité juzgue que la tasa del descuento no está en relación con la necesidad de transferencias importantes, deberá informarlo al Presidente del Banco”.

“En el caso de ser concertadas maniobras financieras, ya sea por parte del gobierno ya por parte de un grupo cualquiera, destinadas a trabar las transferencias, el Comité tomará todas las medidas necesarias para hacerlas fracasar. Podrá especialmente en esos casos, acumular los fondos o utilizarlos para la compra de bienes alemanes sin ninguna restricción”.

Y para el caso teórico, previsto por los peritos, de la imposibilidad de transferir las sumas recaudadas sin poner en peligro la estabilidad del marco, se había dispuesto en el informe de los peritos, que Alemania debía seguir pagando al Reichsbank y acumular los fondos no transferibles, que podían ascender a la suma de 5.000 millones de marcos oro; además, el Comité preveía la posibilidad de una reducción de la anualidad.

Esta distinción fué aplaudida unánimemente; pero, Señores, la experiencia permitió comprobar que, en realidad, la distinción entre la obligación de pagar y la obligación de transferir era absurda e inconcebible.

Prácticamente, durante la vigencia del plan Dawes, no se presentaron dificultades por las razones que veremos más adelante; pero actualmente, la presencia de tales fondos intrans-

feribles llamados "bloqueados", acarrea grandes dificultades en todos los países. Y así es como se denominan hoy en Alemania a los fondos que se hallan bajo el acuerdo internacional "standstill agreement", que no es más que la acumulación prevista en el plan Dawes.

En la distinción establecida por los peritos entre la obligación de pagar y la de transferir existe un falso análisis; falso, porque separa dos aspectos económicos que no se pueden separar cuando el sistema económico funciona normalmente.

Bajo un sistema económico normal o más bien dicho admitiendo que el régimen de patrón oro incondicional rija las relaciones entre dos países y admitiendo también que se haran los sacrificios para mantener en vigor ese régimen, el hecho de que uno de esos países perciba sumas de dinero destinadas a ser pagadas al otro, crea la posibilidad de su *transferencia inmediata*. No hay pues dos problemas, el de la percepción y el de las transferencias: la percepción enrarece y encarece el dinero en el estado deudor provocando en consecuencia la liquidación de productos industriales forzando a los precios a establecerse a un nivel tal que permita la salida de las mercaderías; en el país acreedor, bajo un sistema normal, no se pondrían trabas a la entrada de esas mercaderías y la producción interna tendría que reajustarse.

Admitiendo la separación del problema en 2 momentos, el de la percepción y el de la transferencia, hay que imaginar la posibilidad de la acumulación de los fondos percibidos y no transferidos o no transferibles. Ahora bien, esa misma acumulación de fondos hace que la solución del problema sea más difícil. En efecto, ¿cuál es el destino de esos fondos? . . . Deben ir al Banco central como lo preveía el plan, anulándose en la cuenta del Agente General de las Reparaciones provocando, al interrumpir la circulación normal del dinero, una deflación tan absurda y violenta que en un tiempo breve tendrá que ser suspendida. Si esos fondos fueran a los Bancos privados provocarían un abaratamiento inaudito del dinero a corto plazo que, al tender a depreciar la moneda, actuaría precisamente en contra de la política necesaria para asegurar las transferencias.

Si no se transfiere a todo costo a medida que se percibe y se mantiene intacto el principio del patrón oro, dejando acu-

mular los fondos percibidos, el problema no tiene solución: si la transferencia pone en peligro el régimen del patrón oro, significa que la suma transferida es demasiado elevada, pero en ningún caso puede ni debe admitirse la acumulación.

El problema en cuestión pertenece a ese tipo de problemas falsos, hipotéticos, sin posibilidad de presentarse en la práctica.

Los medios indicados en el plan Dawes, acerca del pago de las reparaciones, eran los mismos propuestos en el primer período, aunque con un desarrollo más perfeccionado. Para comprender la procedencia de estos medios de pago, es necesario recordar que el Agente General tenía el derecho de pagar, con los fondos a su disposición en el Reichsbank, en primer término los gastos originados por la ocupación de las tropas aliadas que permanecieron hasta 1928 en la orilla izquierda del Rin y luego los pagos a los exportadores a raíz de los "Reparation Recovery Acts" establecidos primero por Inglaterra y luego por Francia y las reparaciones en mercaderías.

Examinando inversamente el asunto, todas las mercaderías podían ser entregadas a cuenta de reparaciones, exceptuando algunos productos especiales: oro, plata, platino, por razones obvias, y las mercaderías extranjeras que no hubieran sido transformadas en Alemania, los productos alimenticios, etc.

Además, para ciertas mercaderías se estableció el sistema de contingentes, según el cual no podía entregarse más que una cantidad de terminada; y para otras, se dispuso que solamente una parte de ellas podría acreditarse directamente, por un comprador extranjero, en la cuenta del Agente General.

LISTA A

Mercaderías que no podían ser entregadas a cuenta de "reparaciones"

Grupo I:

Todas las mercaderías de proveniencia extranjera que no hayan sido transformadas en territorio alemán; productos alimenticios fabricados con materias primas importadas; artículos de oro, platino y plata;

Grupo II:

Productos industriales cuya exportación estuviera prohibida en el momento de la conclusión eventual del contrato.

Grupo III:

Productos industriales diversos: restos de acero y de fundición, pieles y residuos animales; desperdicios de papeles, trapos de hilo, de algodón y todos los desperdicios de tejidos y otros, útiles a la fabricación el papel;

Grupo IV:

Productos agrícolas diversos: lino, toda clase de cereales y leguminosas con vaina, salvo las legumbres; residuos de la fabricación del aceite; leche y manteca, huevos, miel; patatas; remolacha azucarera; harina de cereales aptos para la panificación; grasas animales; abonos de origen animal; maderas en rollizos excepto los postes para las mismas.

LISTA B

Mercaderías sometidas a contingente

Alquitrán de hulla y otros productos; benzol, parafina, tierras refractarias salvo el cuarzo; productos agrícolas; diversos; arvejas victoria; frutos oleaginosos; animales vivos; toda clase de semillas agrícolas; productos de almácigos; ciertos peces y huevos de pescado;

Además, las mercaderías cuya exportación esté prohibida, se incluirán en la presente lista desde el día en que la exportación fuera autorizada.

LISTA C

Mercaderías que sólo pueden pagarse parcialmente mediante fondos del Agente General de Pagos.

Productos brutos, semi-manufacturados, manufacturadas groseras y finas de todos los metales comunes, moldeados y laminados, excepto el hierro.

Fundición, acero bruto, aleaciones de hierro.

Hilos para electricidad, acumuladores, cables, electrodos.

Productos químicos, abonos artificiales, productos para curtir.

Productos de la industria del aceite y de las grasas, aceites minerales, bencina, ceras, aceite de pescado, cortezas y plantas medicinales.

Caucho, artículos de corcho, artículos de amianto.

Seda, lana, algodón, otras materias textiles vegetales.

Pieles finas trabajadas, peletería, animales disecados.

Pieles, cueros brutos, calzados, artículos de talabartería, guantes, correas de transmisión en cuero natural, art. diversos en cuero.

Escobas, cepillos, pinceles, plumeros, artículos trenzados.

Toneles y muebles, lápices, pizarras, esponjas, botones (excepto los recubiertos de tejidos), materias animales susceptibles de ser cortadas, plumas de adorno, tabaco, pasta de madera.

Francia también se esforzó por eludir los pagos en mercaderías, pues si bien interesaban a la industria alemana, no eran bien recibidos por la industria francesa. Los industriales alemanes consideraban que no pudiendo eximirse de pagar a los franceses, era bajo todo punto de vista más conveniente efectuarlo en la forma susceptible de dejarles beneficios. Para los Franceses, por lo contrario, era muy desfavorable la forma de pago que implicaba la concurrencia alemana a la industria francesa en su propio mercado. En el año 1925, la Cámara de Comercio de Lille, se declaró públicamente en contra de las reparaciones. Su presidente dirigió al Presidente del Consejo la carta que sigue:

“Ya en diferentes oportunidades y especialmente el 19 de
“ Octubre de 1921, 21 de Noviembre de 1923 y 26 de Enero
“ de 1923, la Cámara de Comercio de Lille se dirigió al go-
“ bierno indicándole el grave peligro que amenazaba a la in-
“ dustria nacional, principalmente a la industria de las regio-
“ nes víctimas de la invasión, con motivo de las entregas de
“ Alemania de productos fabricados a título de pagos en es-
“ pecie.”

“Es tan deseable que Alemania provea, a ese título, ma-

“terias primas que Francia no posee en cantidad suficiente y
“productos terminados que la industria francesa no puede
“producir, como es peligroso que entregue productos que
“Francia puede producir. Ya en 1924, la industria textil del
“Norte daba su voz de alarma; hoy es la industria metalúrgi-
“ca, honda e ilegítimamente conmovida por los pedidos de
“material naval y ferroviario fabricado en Alemania.”

“La Cámara de Comercio de Lille estima que esta índole de
“pagos favorece a la mano de obra alemana, permitiéndole
“trabajar y prosperar en detrimento de la industria francesa.
“Es indispensable evitar el paro de la producción nacional: es
“necesario, ante todo mantener y salvar nuestra industria.”

“Sin duda, si las prestaciones de productos terminados se
“acrecientan, el estado francés será indemnizado en parte, pe-
“ro soportará en consecuencia una reducción de impuestos
“que puede llegar a ser considerable, teniendo en cuenta, ade-
“más, que la merma de la actividad industrial provocará la
“desocupación, tan dispendiosa para el tesoro público como
“fecunda en repercusiones deplorables de toda índole.”

“También solicita la Cámara de Comercio de Lille, que
“los productos manufacturados a recibir de Alemania sean de-
“signados limitativamente y con toda prudencia y que en este
“último caso los pedidos sean efectuados después de un acuer-
“do con las agrupaciones económicas interesadas”.

Tomaré otro ejemplo que resumo de acuerdo con “Le
Temps” del 24 de Mayo de 1925.

“Una misión de industriales llamó la atención del Minis-
“tro de Trabajos Públicos sobre la repercusión perjudicial
“que podría tener sobre la industria, el desarrollo de pedidos
“de material rodante de Alemania. El pedido de 4.100 vago-
“nes de ferrocarril hecho en Alemania, es un ejemplo per-
“fecto de los medios por los cuales un país puede enriquecerse
“gracias al trabajo de otro y aumentar su capital productivo.”

“Este pedido motivó gran inquietud entre los construc-
tores franceses que, naturalmente, no admitían que aquello
constituyera, hablo con propiedad, un pago en especie.”

“El Ministro declaró que tal estado de cosas no se reno-
“varía mientras puedan tenerse en cuenta los activos france-
“ses y concluyó diciendo que para lesionar lo menos posible

“ los intereses de la industria francesa, sería necesario obtener
“ de Alemania, mediante el Plan Dawes, el máximo de produc-
“ tos y de materias primas que generalmente faltaban en Fran-
“ cia.”

El gobierno francés debía organizar la percepción de los pagos y no solamente implantó para ello un método completamente antiburocrático, sino que organizó un importante programa de trabajos, tales como el equipo de los puertos y de los ferrocarriles, distribución de aguas corrientes, establecimiento de varias usinas de electricidad, dragado de puertos, etc., que insumieron en conjunto miles de millones de marcos oro.

Al mismo tiempo, Francia negociaba un tratado con Alemania con el objeto de interesar a los franceses a comprar productos alemanes, reduciendo a tal efecto los derechos aduaneros y hasta suprimiéndolos, para favorecer la entrega de productos a título de reparaciones. Prácticamente, el método era muy sencillo: un francés compraba libremente al productor alemán; realizando el contrato se le sometía a la aprobación de los gobiernos francés y alemán; el comprador francés saldaba su deuda con un giro en marcos —que le entregaba el gobierno de su país—, sobre la cuenta del Agente de Pagos en el Reichsbank y el vendedor alemán era pagado con los fondos de dicha cuenta.

La teoría de las reparaciones en mercaderías en el plan Dawes y en los acuerdos anexos evolucionó mucho, pues el problema había cambiado de aspecto por completo. Durante el primer período, Francia necesitaba material y bienes para realizar la reconstrucción de las regiones devastadas; durante los años 1924 y 25, en cambio, la reconstrucción era un problema de orden financiero más que físico. El método de pagos en mercaderías permitió que Alemania pagará sumas mayores de las que se hubieran obtenido mediante cualquier otro método, mientras que en el antiguo sistema las reparaciones en mercaderías se exigían como una excepción, para ciertas mercaderías únicamente.

Pero, señores, el gobierno francés, para interesar a los habitantes de su país a comprar productos alemanes, debió hacer grandes sacrificios: acordó créditos a 5, 10 y 15 años, con un interés más bajo que el de plaza para permitirles comprar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

los marcos necesarios para pagar las mercaderías alemanas y, más aún, concedió descuentos del 8 al 15 % a fin de establecer un nivel de precios que permitiera el intercambio de mercaderías entre Francia y Alemania.

Es decir, que aquí también aparece la distinción artificial entre los pagos en mercaderías y los pagos en divisas. Sin embargo, las dos formas de pago eran exactamente iguales. Alemania exportaba para comprar las divisas y pagar y exportaba también cuando pagaba en mercadería a Francia, Bélgica o Italia. Ahora bien, con el fin de aumentar esas exportaciones, el gobierno francés efectuó con los marcos que vendía a sus nacionales, una especie de "dumping" al hacer bajar el marco para el comprador francés, que obtenía así los productos alemanes a un costo inferior.

En definitiva, la construcción ideológica del Plan Dawes era muy sencilla: para pagar las reparaciones, Alemania debía vender mercaderías; de no ser así, ¿cómo hubieran recibido esos pagos los Aliados?

El plan funcionó perfectamente y sin dificultad durante todo el tiempo. En 5 años, Alemania pagó casi 8 mil millones de marcos. Francia obtuvo la mitad, o sea 4 mil millones de marcos. La proporción en el primer año fué de 35 % en divisas y 65 % en reichs marks; mientras que en el último año, la proporción fué inversa: 60 % en divisas y el resto en reichs marks: lo que demuestra que el comercio exterior normal, permite obtener divisas con mayor facilidad que la forma extraordinaria del comercio llamada "reparaciones en mercaderías".

¿Cómo es posible señores, explicar el funcionamiento admirable del plan? En los años 1929 y 1930, no se presentó ningún problema de recaudación ni de transferencias que indicara la necesidad de un arreglo definitivo de la situación de Alemania. Si observamos la balanza de pagos, de este país durante esos años, comprobaremos que las reparaciones se han efectuado en forma tal, que fácilmente se explica la ausencia de esos problemas.

Desde 1924 a 1930, es decir, algo más allá del plan Dawes (durante parte del año 1930 estuvo en vigor el plan Young), Alemania pagó 10 mil millones de marcos oro y aumentó el encaje en oro y en divisas del Reichsbank en 2 mil

millones de marcos oro. El déficit del comercio de mercaderías había llegado a 6 mil millones de marcos oro, es decir que el déficit total de su balance de pagos ascendía a 18 mil millones de marcos oro.

Hemos visto que, normalmente, para pagar es necesario exportar; esa es la teoría, pero en la práctica puede postergarse el momento de efectuar esas exportaciones si se obtienen créditos; ésto es lo que ha ocurrido en dicho período. En efecto, la aparición del plan Dawes fué favorecida por la ola de inflacionismo desarrollada en Estados Unidos, que llegó a su apogeo en 1929. El empréstito Dawes, muy hábilmente lanzado, inspiró confianza a los estadounidenses sobre la situación de Alemania y a partir de 1924 iniciaron la financiación de empréstitos alemanes, a largo y corto plazo.

Se ha dicho, señores, que estos empréstitos fueron conseguidos gracias al ingenio de los alemanes, que persistían en su afán de demostrar su incapacidad para cumplir con las reparaciones. Me parece algo aventurada esa objeción, ya que los empréstitos no se financian por sí mismos, sino que es necesario encontrar quien ofrezca el dinero. Cabe recordar que el período 1924-29 fué de abundancia y que en su transcurso los prestamistas se disputaban la colocación de capitales. Los banqueros americanos, grandes y pequeños, ambicionaban colocar algún dinero en Alemania; las grandes instituciones de crédito, para asegurarse la clientela de las Municipalidades o Estados, hacían un verdadero remate, ofreciendo sumas que excedían a las solicitadas. Hasta la Iglesia obtuvo dinero en préstamo. Estando en Berlín, en el año 1925, tuve ocasión de ver al obispo de un partido de Alemania del Sud, estipular en el bar del Hotel Arlon, con el representante de un Banco Americano, un empréstito de 5 millones de dólares. Las colectividades religiosas han obtenido un crédito total de 150 millones de marcos.

El total de empréstitos a largo y corto plazo alcanzó, a fines de 1930, la suma de 18 mil millones de marcos oro. Fué con el aumento de la deuda alemana, pues, que se financiaron no sólo las reparaciones, sino también un saldo en contra del comercio exterior que como vimos ascendía a 6 mil millones de marcos oro.

Esa es la razón por la cual, señores, el plan Dawes no tropezó con ninguna dificultad. En la práctica, Alemania pagó con el mecanismo del crédito; la inflación del crédito de Estados Unidos hizo de contraparte, permitiendo la realización de los pagos alemanes y durante 1929, mientras los Aliados se proponían establecer un plan definitivo para la liquidación de la guerra, aun no se había comprendido el peligro inmenso que representaba para el equilibrio mundial esa deuda alemana de 20 mil millones de marcos oro, de la cual, por lo menos la mitad era a corto plazo y en forma de depósitos a la vista y hasta 3 meses, que podían exigirse con aviso de solo algunos días o semanas.

Hemos visto que hasta 1929-1930, es decir, doce años después de la guerra, la historia de las reparaciones puede dividirse en dos períodos: el primero, terminado con la caída del marco y el segundo en el cual Alemania pagó sus compromisos mediante enormes empréstitos, que significaban para el porvenir una seria amenaza, quizá tan grande como lo fué antes la deuda política.

Las luchas de clase y la educación

Por ANIBAL PONCE

IV

LA EDUCACION DEL HOMBRE FEUDAL

La economía fundada sobre el trabajo del esclavo, después de asegurar la grandeza del mundo antiguo, lo condujo insensiblemente a su desmoronamiento (1).

El sistema de trabajo por medio del esclavo devoraba tantos hombres "como carbón nuestros altos hornos (2)". Dependía por lo tanto del acarreo regular de hombres al mercado de esclavos, y debía cesar en cuanto el "carbón" se extinguió o resultó inutilizable.

Demás está decir que a medida que los pueblos conquistados dejaban de suministrar esclavos y riquezas, más redoblaban los impuestos, las gabelas y las requisas. La miseria fué creciendo en modo tal que la explotación de los dominios enormes —*latifundia*— por verdaderos ejércitos de esclavos, ya no producía beneficios. El cultivo en pequeño volvía a ser el único remunerador; lo que es como decir que *la esclavitud se había vuelto innecesaria*. El esclavo dejaba de producir más de lo que costaba mantenerlo. Desde ese momento desapareció como *explotación en gran escala*.

(1) Ver especialmente el ya citado libro de E. CICOTTI, *El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo*.

(2) MAX WEBER, *La decadencia de la cultura antigua*, en "Revista de Occidente", pág. 40. Julio de 1926.

Creo que sería ofenderlos a ustedes si me detuviera a demostrar que el cristianismo nada tuvo que hacer en ese declinar del mundo antiguo (3), ni en esa extinción de la esclavitud que, con tanto desenfado, suele atribuirse la Iglesia Católica. Aparte de que una religión, —es decir, una superestructura— no puede alterar los fundamentos económicos de un régimen de los cuales ella es un reflejo, el cristianismo no sólo toleró la esclavitud sino que la sancionó en abundantísimos concilios. Para no recordar más que un ejemplo, el concilio de Gangra, en el año 324, resolvió en uno de sus cánones que “si alguno, bajo pretexto de piedad religiosa enseñase al esclavo a no estimar a su señor, o a sustraerse del servicio, o a no servir de buena gana y con toda voluntad, caiga sobre él el anatema” (4).

* * *

Al final del mundo antiguo, pues, las grandes extensiones de terreno estaban subdivididas en parcelas, y confiadas a colonos libres que pagaban, en retribución, un interés anual fijo. Esos colonos, sin ser propiamente esclavos, tampoco eran hombres totalmente libres.

Entre las ruinas del mundo antiguo ellos fueron los primeros indicios del nuevo régimen económico que empezó a desarrollarse, fundado no ya sobre el trabajo del esclavo y del colono, sino del *siervo* y del *villano*. Aunque desde el punto de vista de los explotados no había variado en mucho la miseria, algunas diferencias se insinuaban. El esclavo era un objeto, no una persona. Al comprarlo, el amo le aseguraba una existencia miserable pero segura; no tenía para que pensar en su sustento ni temer la competencia del trabajo ajeno. Los *villanos*, descendientes de los colonos romanos, eran en cambio libres o “francos”. No se vendían, se ofrecían. Cuando querían vivir del fruto de su trabajo, buscaban un propietario que tuviera tierras para explotar, y le proponían cultivar un lote a cambio de una compensación. El pedido del trabajador constituía un acto jurídico llamado *súplica precaria*; la *aquiescencia*

(3) “El imperio estaba condenado. Con cristianismo o sin cristianismo debía sucumbir”. BLOCH, *L'empire romain*, pág. 310, editor Flammarion, Paris, 1922.

(4) CICOTTI, obr. cit. tomo I, pág. 35. Abundantes pruebas en WALON, *Histoire de l'esclavage*, tomo III, pág. 334 y 335.

cia del propietario constituía otro acto llamado concesión, *prestaria*. Con tal que le dejasen trabajar un pedazo de tierra, el villano se comprometía a entregar al señor una parte del fruto de su trabajo y, además, determinados servicios personales. El villano era, pues, más libre que el esclavo en cuanto sólo *reconocía una autoridad que él mismo se había impuesto*. Teóricamente, ese acto de derecho privado constituye ya todo el *régimen feudal*; régimen que supone, como acabamos de verlo, un lazo contractual de vasallaje entre hombres con poderes y necesidades diferentes. Teóricamente también, si el villano pactaba con su señor como hombre libre, el *siervo* ni pactaba ni era libre. Descendiente de los antiguos esclavos, estaba como ellos al servicio total de su señor y no podía, en ningún momento, abandonarlo (5).

En la práctica, sin embargo, el villano (libre) se aproximaba al siervo (no libre) mucho más de lo que permite creer ese distinguo, y muchos por eso se resisten a trazar tales diferencias dentro de lo que llaman, simplemente, "los paisanos" (6).

Dueño de la tierra, forma fundamental de la riqueza, el señor era dueño además de los instrumentos más esenciales de la producción, especialmente, los molinos. El trigo, por ejemplo, que los paisanos cosechaban, debía de ser molido en el molino del señor (7).

Desde el punto de vista de los dueños de la tierra, la servidumbre representaba una marcada ventaja sobre la esclavitud. Para adquirir esclavos y mantenerlos, se necesitaba un gran capital. La servidumbre, en cambio, no requería ningún gasto: el siervo se costeaba su propia vida y todas las contingencias del trabajo corrían por su cuenta. La servidumbre pues, representaba la única manera que el patrón tenía de sacar provecho de su propio fundo; y para los cultivadores constituía la única manera de proveer a su propio sostenimiento.

Sobre la tierra prestada, el vasallo trabajaba o hacía trabajar, pues como él a su vez podía a cambio de ciertos servi-

(5) CALMETTE, *La société féodale*, 109, editor: Colin Paris, 1927.

(6) ENGELS, por ejemplo.

(7) Poseer molinos fué durante la Edad Media un monopolio de privilegio señorial. El verso 3378 del *Poema de Mio Cid* alude a los molinos del Cid y a las "maquilas" que cobraba.

cios de que se beneficiaba traspasar a otras manos la misma tierra que había recibido, resultaba que un vasallo con respecto a un determinado señor, podía ser a su vez señor con respecto a sus vasallos. Los auténticos trabajadores de la tierra eran, naturalmente, los siervos; y en esa larga jerarquía de señores y vasallos, todo el mundo feudal reposaba sobre los hombros de los siervos (8) como el mundo antiguo sobre los hombros del esclavo. Lo que el siervo producía en un trabajo sin descanso, iba pasando como tributo de mano en mano, desde el villano al castellano, desde el castellano al barón, desde el barón al vizconde, desde el vizconde al conde, desde el conde al marqués, desde el marqués al duque, desde el duque al rey. En esa larga lista, que sufre algunas variantes según las épocas y las regiones, cada grado implica vasallaje con respecto al superior y señorío con respecto al inferior.

Pero si en el sentido vertical —para hablar gráficamente— hay relaciones más o menos claras de jerarquía; en el sentido horizontal —entre condes o entre barones, pongamos por caso, *inter pares*— las relaciones no estaban de ninguna manera reguladas. Los conflictos brotaban, por eso, de manera espontánea e inextinguible.

* * *

En el lenguaje de los teóricos de la edad media, el feudalismo conocía tres "variedades" sociales: los *bellatores*, o guerreros; los *oratores* o religiosos; los *laboratores* o trabajadores. Si comparamos esas "variedades" a lo que sabemos del mundo antiguo no encontraremos superficialmente ninguna dife-

(8) "Sobre los paisanos se reposaban todas las otras capas sociales: príncipes, funcionarios, nobleza, clero, patriciado y burguesía. Que perteneciera a un príncipe, a un barón, a un obispo, a un monasterio o a una ciudad, el paisano era tratado en todas partes como una cosa, como una bestia de carga o aun peor. Si era siervo, su dueño disponía a su antojo; si era arrendatario, los préstamos lo aplastaban. La mayor parte de su tiempo debía emplearlo en trabajar las tierras del señor. Sobre lo que ganaba en sus raras horas disponibles, debía pagar los diezmos, tributos, tasas, viaticum (impuesto militar), impuestos del Estado y tasas del Imperio. No podía casarse ni morir sin pagar una tasa a su Señor. Además de las prestaciones ordinarias, debía juntar para el Señor, las legumbres y las frutas, la caza y la leña., etc. El derecho de pescar y cazar pertenecía al Señor, y el paisano debía asistir tranquilamente a la destrucción de su cosecha. Las praderas y bosques que en otro tiempo pertenecieron a las aldeas, les habían sido arrebatados por los Señores. Y en igual forma como disponía de la propiedad, el Señor manejaba a su antojo la persona del paisano, de la mujer y de las hijas. Tenía el derecho de pernada, y podía cuando quería encarcelar y torturar a los paisanos". ENGELS. *La guerre des paysans en Allemagne*, p. 48-49. "Bibliothèque marxiste", Paris, 1929.

rencia. Pero tan pronto se escarba un poco aparece un matiz bastante original: con excepción de Egipto, que tenía una casta sacerdotal poderosa, ni Grecia ni Roma tuvieron una Iglesia francamente independiente. En Grecia los sacerdotes eran elegibles, y muchas veces figuraron mujeres entre ellos. El estado y la religión, íntimamente impregnados, no se habían diferenciado aún en órganos distintos. El monopolio del culto de que disponían los patricios hizo de los sacerdotes, "funcionarios" de una clase que consideraba a la religión como a uno de los tantos sistemas de dominio. Íntimamente unidos a las clases directoras, los sacerdotes antiguos defendían con sus intereses los intereses de aquéllas y para no recurrir nada más que al testimonio de Montesquieu vale la pena recordar que cada vez que en Roma una ley popular tenía probabilidades de ser votada, siempre se encontraba algún augur que descubría en el cielo signos desfavorables, y la asamblea quedaba disuelta de inmediato... (9).

Las transformaciones de la sociedad durante el feudalismo impusieron en el dominio religioso, con respecto a la antigüedad, algunas diferencias de importancia, aunque sin alterar su contenido de clase. La religión cristiana, que empezó encarnando en sus comienzos los ideales confusos, pero rebeldes, de los explotados de Israel (10), encontró entre los desposeídos de Roma una atmósfera propicia para propagarse (11). Perseguida al principio como una amenaza, fué atenuando poco a poco el ímpetu de los comienzos, y cuando en el curso de pocos siglos se convirtió en religión del Imperio, *había perdido totalmente su primitiva significación*. Los gritos contra la propiedad privada y la expoliación de los poderosos, que resonaron todavía durante algún tiempo entre los primeros padres de la Iglesia, se fueron extinguiendo (12) no sin protestas de las masas. En vez de enardecer su rebeldía con la voz varonil de los primeros profetas — el iracundo Miqueas, el vigoroso Isaías, el tremendo Ezequiel —, el cristianismo canali-

(9) MONTESQUIEU. *Grandeza y decadencia de los romanos*, pág. 73. traducción de Matilde Huici, editor Espasa, Madrid, 1930.

(10) BEER. *Obr. Cit.*, pág. 186.

(11) RENAN. *Les apôtres*, p. 116 y 117, editor Calman Lévy, París, sin fecha.

(12) BLOCH. *Obr. Cit.*: "Si el cristianismo se hubiera encerrado obstinadamente en sus principios, no se ve de qué manera el Imperio se hubiera transformado en Imperio cristiano" (pág. 302). "La paz se hizo (entre el Imperio y la Iglesia) pero fué el cristianismo, no la Iglesia, el que pagó los gastos" (pág. 306).

zaba hacia un más allá extraterreno sus inquietudes y sus esperanzas. Mientras el esclavo sufría al amo, y el siervo al señor, el cristianismo proclamaba que unos y otros eran iguales ante Dios. Hallazgo maravilloso que dejaba en la tierra las cosas tal como estaban, mientras llegaba el momento de resolverlas en el cielo.

Después de la intransigencia de Tertuliano vinieron los acomodados de Minucio, y mientras el puro cristianismo (13) se refugiaba en la soledad para mortificar la carne pecadora, los obispos derivaban hacia las fundaciones piadosas la riqueza de los laicos. En manos de un clero disciplinado, los dominios de la Iglesia se fueron ensanchando, y entre los tantos señoríos en que el mundo antiguo se disgregaba, la Iglesia se presentó como otro señorío: terrateniente y guerrera igual que todos (14). La abadía del Monte Saint Michel, por ejemplo, fué una de las plazas fuertes más poderosas de la Edad Media (15).

Historiando los orígenes de la moneda, Ernesto Curtius ha dicho que "los templos han sido la cuna de la civilización monetaria, como que la superficie de las piezas que servían de moneda, llevaron durante mucho tiempo el emblema sagrado" (16). El templo de Delos, para no citar más que un ejemplo, no sólo acumulaba grandes riquezas sino que las prestaba a los particulares o al estado. El deudor, naturalmente, proporcionaba hipotecas y presentaba fiadores. En caso de insolvencia, el dios embargaba sus bienes y los de los fiadores. La Iglesia católica continuaba, pues, en este particular, las tradiciones más venerables, y lo hizo con un celo tan cumplido que *en pocos siglos tuvo entre sus manos casi todo el control de la*

(13) RENAN hace notar que "cuando países enteros se convirtieron al cristianismo, la regla de las primeras iglesias se convirtió en utopía y se refugió en los monasterios. La vida monástica no es, en este sentido, más que la continuación de las Iglesias primitivas. El convento es la consecuencia necesaria del espíritu cristiano; no hay cristianismo más que ahí" — ver *Les Apôtres*, p. 128.

(14) El carácter francamente feudal de la Iglesia se vuelve patente al estudiar la *Eigenkirche* o iglesia de propiedad privada. "Una iglesia podía ser propiedad particular de uno o varios seculares que mantenían en ella a un clérigo para el servicio del altar y cobraban los diezmos o derechos que la iglesia devengaba. Cuando el negocio no prosperaba, o dejaba de interesarles, vendían su dominio sobre la iglesia o sobre una parte de ella lo mismo que si se tratara de un molino o de una heredad". Ver TORRES LOPEZ, *La doctrina de las iglesias propias en los autores españoles*, en "Anuario de Historia del Derecho español", tomo II, pág. 402, 1925.

(15) WALLON. *Saint Louis*, tomo II, p. 350.

(16) CURTIUS. *Historia de Grecia*, tomo I, pág. 343.

economía feudal. Establecimientos de economía cerrada, los monasterios eran ya a comienzos del siglo VIII las avanzadas más firmes del comercio y de la industria: en el año 794, en el monasterio de Tours, 20.000 hombres trabajaban a las órdenes de Alcuino. Justo es decir que San Bernardo, el monje más ilustre de la edad media, se opuso como nadie a esa irrupción del oro en los retiros santos; pero apenas había dejado de vivir cuando ya la orden cisterciense que él había animado con su soplo, no sólo volvió a comerciar con el trigo y los viñedos, sino que adquirió además una marina mercante poderosa para no depender de nadie en el tráfico por ríos y por mares. . . (17).

* * *

¿En virtud de cuales circunstancias adquirieron los monasterios la supremacía económica que explica su hegemonía social y, por lo mismo, pedagógica? El problema es complicado y se refiere nada menos que a los orígenes del poder económico de la Iglesia. Pero aun a riesgo de incurrir aparentemente en un excesivo esquematismo, podríamos resumir en una línea la respuesta: porque *los monasterios fueron a lo largo de la edad media poderosas instituciones bancarias de crédito rural*. En un régimen como el feudal, basado exclusivamente en el trabajo de la tierra, resulta redundante subrayar la importancia de una institución que no sólo tomó entre sus manos la dirección de la agricultura, sino que organizó laboriosamente la primera economía estable (18) que se conozca: *economía exenta, en gran parte, de los medios de adquisición violenta que caracterizaron al mundo feudal* (19).

La economía del señor feudal descansaba, en primer término, sobre un conglomerado de productores serviles que trabajaban para él sin ajustarse a un plan común; y en segundo término, sobre las riquezas aleatorias que las guerras y el saqueo procuraban. *La economía monástica* se apoyaba, en cambio,

(17) EVANS. *La civilisation en France au moyen age*, pág. 122. traducción de Droy, editor Payot, Paris, 1930.

(18) "En la edad media, la contabilidad agrícola no se encuentra más que en los conventos". MARX. *Le Capital*, tomo V, pág. 228, nota, traductor Molitor.

(19) Ver el desarrollo de este punto de vista en INCHAUSTI *Orígenes del poder económico de la Iglesia*, *passim*, editor Aguilar, Madrid, 1932.

sobre una organización de trabajo con reglas precisas de disciplina. El castillo feudal era casi en exclusivo la tienda de campaña en que el señor se reposaba del saqueo o se preparaba para el saqueo. El monasterio, por el contrario, constituía una lección viviente de trabajo organizado y "racionalizado", a punto tal que debió influir no poco sobre las posteriores burguesías. Cuanta fortuna llegaba a manos del noble era para ser gastada: el fausto y la prodigalidad son rasgos del señorío. Cuanta fortuna llegaba, en cambio a manos del monasterio, era de inmediato acumulada y acrecentada. Es bien sabido, por otra parte, que la causa esencial del celibato impuesto a los religiosos fué impedir que las riquezas pasaran a herederos particulares en vez de concentrarse en la comunidad.

Sería bien ingenuo, por eso, atribuir solamente a la superstición y a la ignorancia de los tiempos, la influencia efectiva de los monasterios. En una época en que la agricultura era rudimentaria y la técnica atrasada, y en que la seguridad de la vida se había vuelto poco menos que imposible, la riqueza de los monasterios los convirtió, como dijimos, en instituciones de préstamo y en centros poderosos de crédito rural. A cada rato, pésimas cosechas exponían al campesino a morir de hambre. Para capear los malos tiempos debía recurrir a alguien. ¿Quién mejor que el monasterio para asegurarle esa ayuda, aunque la ayuda implicase naturalmente una hipoteca? (21). Operación excelente que alguna vez —¿por qué no?— salvó al campesino, pero que las más de las veces "obligó" al monasterio a quedarse con sus tierras. Si eso ocurría con respecto a los paisanos, no otro origen tenía también la situación de relativo privilegio conquistado por los monjes respecto a los señores. *Prestamistas de reyes y de príncipes*, los monasterios se aseguraban mediante convenios pecuniarios la relativa tranquilidad en que vivían, y mientras por un lado de-

(20) "Los menores accidentes atmosféricos traían miserias generales. De 987 a 1059, es decir, en 73 años, se cuentan 48 períodos de penuria extremada". MORIN, *La France au moyen age*, p. 33, editor Pagnerre, París, 1868.

(21) "La Iglesia prohibió los préstamos con interés, pero no prohibió vender las propiedades para saldar las deudas ni cederlas en garantía. . . La Iglesia y las corporaciones religiosas obtuvieron de esta manera grandes beneficios, sobre todo en tiempos de las cruzadas. Sin la prohibición del interés, ni las Iglesias ni los monasterios hubieran podido nunca llegar a ser tan ricos". MARX, *Le Capital*, tomo XIII, pág. 249, traductor Molitor.

tenían el poder arbitrario de los señores, absorbían por el otro las parcelas de los labriegos (22).

Si comprendemos así el poder del monasterio, un factor importante nos queda aún por aclarar. Se repite con muchísima frecuencia que el monasterio ennobleció el trabajo manual que la antigüedad había despreciado. La leyenda es tan falsa como la relativa a la participación del cristianismo en la liberación de los esclavos. Que en los monasterios se trabajaba y de acuerdo a un plan preciso, lo hemos dicho ya. Pero no implica afirmar que *todos* los miembros del monasterio trabajasen como si fuera aquello una primitiva comunidad sin clases, o una iglesia cristiana de los primeros tiempos (23). No sólo *el abad del monasterio pertenecía siempre a la nobleza*, —San Bernardo, por ejemplo, era de la casa de Borgoña (24)— sino que “los trabajos más penosos —es el historiador benedictino Besse quien lo dice— estaban a cargo de siervos y de esclavos”. *Dentro de los monasterios*, tenidos por algunos como modelo de la “vida perfecta”, *la división en clases sociales continuaba idéntica*: de un lado, los monjes destinados al culto y al estudio, del otro, los esclavos, los siervos y los conversos, destinados al trabajo. . (25).

* * *

Con semejante poderío nada tiene de asombroso que fueran también los monasterios, las primeras “escuelas” medioe-

(22) “Con anterioridad al modo de producción capitalista, el capital usurario revestía dos formas características: la usura por préstamo de dinero a favor de señores pródigos, principalmente propietarios territoriales; y la usura por préstamo de dinero a favor de pequeños productores, dueños de sus propias condiciones de trabajo, incluyendo el artesano y sobre todo al paisano, pues este último constituía antes del modo de producción capitalista, la gran mayoría de los pequeños productores independientes”. MARX. *Le Capital*, tomo XII, p. 220, traducción, Molitor.

(23) Sobre las primeras iglesias, ver RENAN, obr. cit., p. 75-76. Aunque Renan habla de que los primeros ensayos del cristianismo fueron “esencialmente comunistas” (pág. 147), reconoce en la p. 79 que ese comunismo no ha sido “ni tan riguroso ni tan universal”. Lo importante es destacar que el cristianismo se presentó bajo la forma de una “asociación de socorro mutuo” (p. 117) y que por eso fué acogido con alborozo entre los miserables.

(24) San Bernardo era hijo de Tescelin le Saun, señor de Fontaines, cerca de Dijon, y de Aleth, hija de los condes de Montbard, emparentada con los antiguos duques de Borgoña. Ver GEORGES GOYAU. *Saint Bernard*, pág. 7-8, editor Flammarion, París, 1927.

(25) En la orden de los Templarios se repitió después análogo fenómeno: de un lado los *freres du couvent*, del otro los *freres du metier*: nobles aquellos, de una clase inferior estos.

vales. Desde el siglo VII los monasterios cubrían la totalidad de los países que habían compuesto el viejo imperio romano. Desaparecidas las escuelas "paganas", la Iglesia se apresuró a tomar entre sus manos la instrucción. Mas como la influencia de esos monasterios desde el punto de vista cultural ha sido interesadamente exagerada, digamos que las *escuelas monásticas* eran de dos categorías: unas, destinadas a la instrucción de los futuros monjes, "escuelas para oblatos", en que se daba la educación religiosa que entonces se tenía por necesaria, y que a nosotros en este momento no nos interesa; y otras, destinadas a la "instrucción" del bajo pueblo, —las verdaderas "escuelas monásticas—". Apresurémonos a decir que en esas escuelas —las únicas a las cuales las masas podían concurrir— no se enseñaba a *leer ni a escribir*, como que tenían por objeto, *no instruir sino familiarizar a las masas campesinas con las doctrinas cristianas y mantenerlas por lo tanto en la docilidad y el conformismo*. Herederas de las escuelas catequistas de los primeros tiempos del cristianismo, estas otras escuelas no se preocupaban de "instruir" sino de *predicar*, y si se recuerda que para la Iglesia todo lo que no aleja al hombre del pecado es positivamente dañoso, nada tiene de asombroso que lejos de preocuparse por el nivel cultural de las masas les cerrara cuidadosamente los caminos que pudieran elevarlas.

¿Para qué malgastarse en la educación contraproducente de las masas cuando ese mismo benedictino historiador ya mencionado ha escrito no hace mucho, con hiriente franqueza, que los jornaleros de los monasterios —*hommes de peine*—, *por el hecho de ser analfabetos "presentaban más resistencia a la fatiga y eran capaces de soportar una tarea más larga y más penosa"*? (26). Si los monjes hubieran sido tan ignorantes como los campesinos —y en algunos monasterios muy pobres, casi era lo que ocurría—, el reproche de opresores hubiera sido injusto, pero ya hemos visto que en el interior del convento las exigencias de la economía rural los había forzado a una instrucción verdaderamente superior. El "saber del vulgo" y el "saber de iniciación", de que alguna vez hablamos, resurge aquí con su crudeza. Durante la edad media el que tenía interés por el estudio y no era hijo de siervo sólo podía satisfacer su cu-

(26) BESSE, *Les moines de l'ancienne France*, pág. 249-50.

riosidad ingresando a un monasterio, es decir, aislándose del resto y levantando una muralla entre su cultura y la ignorancia de las masas. Cuando se dice que los monasterios fueron durante la edad media las únicas universidades y las únicas casas editoras hay que entenderlo en el sentido de "universidades aristocráticas" y de "ediciones para bibliófilos". Dado el tiempo enorme de que disponían y la dicha de disfrutar de sosiego en un tiempo de tumultos perennes, lo que asombra no es pues que algo supieran de los clásicos, sino lo poco que llegaron a saber. Isidoro de Sevilla (570-636), uno de los representantes más perfectos de esos tiempos, reunió en un sólo volumen llamado *Orígenes* o *Etimologías* todos los conocimientos que a su juicio merecían interés. Aunque tiene un índice impresionante —desde la medicina a la astronomía y desde la metalurgia a la geografía— no pasa de un volumen y se reduce por lo general a un cargoso catálogo de nombres.

Verdad es que dos siglos después de la muerte de Isidoro, y a medida que el Imperio se reconstruía, los monasterios debieron crear al lado de las escuelas para oblatos —es decir para los niños destinados a la vida monástica— otras escuelas llamadas "externas", con destino a los clérigos seculares y a algunos nobles que querían estudiar sin la intención de tomar los hábitos. La designación de "externas" se presta a errores: eran externas en el sentido de que estaban situadas fuera del recinto del convento, pero no en el sentido de que los alumnos concurrieran a ellas ciertas horas y se retiraran después a sus hogares. Verdaderos "internados" en la acepción moderna del vocablo, esas escuelas sometían a los alumnos a una disciplina rigurosa que duraba muchos años. El *Diario* de Walafrido Strabo — un alumno de la escuela externa del monasterio de Reickenau, durante los años 815-823—, nos ha revelado por lo menudo la vida en esas escuelas y el carácter de sus métodos. De lo que eran estos últimos nos podemos formar una idea por el siguiente detalle: no sabiendo una palabra de latín, le enseñaron a leer en latín, es decir, sin comprender una línea de lo que leía. A punto tal que el día en que le cayó entre las manos un libro escrito en su idioma materno, el desdichado muchacho confiesa que le extrañó no poco descubrir que "se pudiera leer

y comprender al mismo tiempo lo leído" (27). Gramática, retórica, y dialéctica eran las columnas fuertes de la enseñanza (28). Pero es bueno destacar que en los ejercicios de las dos últimas se recurría frecuentemente a las *colecciones jurídicas* en busca de los temas que los alumnos habían de tratar en discursos y réplicas, y que algunos otros ejercicios llamados, un poco despectivamente, *dictamen prosaicum*, orientaban a los alumnos para la redacción de cartas, documentos y escritos de carácter *mercantil*.

Los profesores de Walafrido —desde el abad al magister de gramática— habían desempeñado en más de una ocasión misiones importantes a pedido del emperador, y hasta habían sido alguna vez sus embajadores. Muchas observaciones de la propia experiencia pasaban a veces a sus lecciones, y les daban entonces, según dice Walafrido, un relieve "plástico".

Los compañeros le hablaban, en cambio, de castillos y palacios, de residencias de duques y de espléndidas fiestas. Apenas rendido el examen de gramática, los veía por eso abandonar la escuela a casi todos, para continuar lejos de ella la instrucción caballeresca que la escuela del monasterio no impartía.

Juristas doctos, secretarios prácticos y dialécticos hábiles, capaces de aconsejar a emperadores y de hacerse pagar largamente los servicios, eso era lo que producían las escuelas "externas" del monasterio.

* * *

¿Dónde se formaban los guerreros —los *bellatores*, — esos mismos guerreros que sacaban a sus hijos de la escuela del monasterio tan pronto aprendían la gramática?

Los señores, preocupados con ensanchar sus riquezas por la violencia y el pillaje, despreciaban la instrucción y la cultura. Aunque el noble a veces sabía leer, consideraba el escribir como cosa de mujeres. El mismo Carlomagno, que tuvo por profesores a Pedro de Pisa y Alcuino, y que tanto hizo por preparar en su reino juristas hábiles, intentó aprender a

(27) El diario de Walafrido Strabo ha sido transcripto íntegramente en la *Historia de la Pedagogía*, de MESSER, págs. 109 a 124.

(28) Gramática, dialéctica y retórica, formaban el *Trivium*; aritmética, geometría, astronomía y música, el *quadrivium*; el total constituía las siete artes liberales o cleresía.

escribir pero sin éxito. En igual forma también, Díaz de Vivar, el Cid Campeador, que se ilustró bastante en derecho, cometía sin embargo, al escribir, errores "imperdonables" (29).

El ajedrez y el verso llegaron a ser, a lo sumo, todos sus adornos, como la equitación, el arco y la caza todas sus faenas. En el sentido estricto, la nobleza careció de escuelas, aunque no de educación. Con un sistema parecido al de los efebos de la nobleza griega, la nobleza medioeval formó sus caballeros mediante sucesivas "iniciaciones". El joven noble, en poder de la madre hasta los siete años, pasaba luego como *paje* al servicio de un señor amigo. *Escudero* a los catorce, acompañaba al caballero a la guerra, a los torneos y a la caza, y cuando se acercaba a los veintiuno, solemnemente era armado *caballero*.

De acuerdo a las exigencias de la clase social que interpretaba, la caballería fué una *idealización de las virtudes guerreras*. La fidelidad al señor pasó a ser el rasgo principal del caballero, como el torneo la principal preparación para la guerra. Verdad es que el noble, además de guerrero era poseedor de un gran dominio poblado de siervos, y que la administración de ese dominio hubiera debido forzarlo a ciertas preocupaciones como gobernador y como juez. Pero sería ignorar la esencia misma del feudalismo si pudiéramos suponer por un momento que el caballero se preocupaba de esas nimiedades. Ningún noble pensó jamás en sus dominios sino como fuentes de rentas, ni en sus feudatarios sino como materia dispuesta para corveas, gabelas y multas. En su dominio abandonaba todas las funciones, aún la de distribuir justicia, en mano de administradores y de intendentes (30). *El noble no pensaba nada más que en la guerra, porque la guerra era su negocio* (31). El caballero investido por la iglesia como "bravo y leal", como "defensor de peregrinos, de viudas y de huérfanos"; el caballero que hubiera considerado como la mayor de las humillaciones labrar con sus manos un pedazo de tierra,

(29) "El Cid sobresalió en los ejércitos caballerescos: se ilustró bastante en derecho, y no mucho en gramática, a juzgar porque en sus escritos se lo ve escribir "afirmo" con una sola f, y hasta ponía "oc" sin h, falta imperdonable". MENENDEZ PIDAL, *La España del Cid*, tomo I, pág. 140, editorial Plutarco, Madrid, 1929.

(30) SEIGNOBOS, *Histoire sincere de la nation francaise*, pág. 147 edición Rieder, París, 1933.

(31) ANATOLE FRANCE, *Vie de Jeanne D'Arc*, tomo I, pág. XLVII, editor Calman Levy, sin fecha.

no encontraba reprochable asaltar los dominios del adversario para saquear sus paisanos, robarle sus ganados y hacerle algunos prisioneros de importancia para después pedir por ellos un rescate (32).

Las guerras de señor a señor eran guerras de codicia (33), y un noble tenía el honor tanto más susceptible cuanto más grande era su sed de tesoros. El noble que se echaba a conquistar reinos no iniciaba una guerra como las que nos son familiares a nosotros: es decir, para apoderarse de regiones industriales, de colonias con materias primas, de nuevos mercados de consumidores. Movía al noble no el deseo de procurarse fuentes de riqueza, sino la riqueza producida y acopiada: tal como la llevan los ejércitos para su sostenimiento, tal como se encuentran abarrotando los castillos, tal como la pueden pagar las ciudades sometidas a tributo (34).

El Cid, aplicando tormento a Ben Iehhaf para hacerle confesar donde había escondido el ceñidor de la sultana, es el "héroe" verdadero de la Edad Media, el "caballero sin mancha y sin reproche".

La literatura y la leyenda han rodeado la vida caballeresca de un halo tan engañoso que cuesta no poco acomodar la vista a la verdadera realidad. Los torneos, como fiestas de nobles ociosos, sólo aparecieron en los tiempos de la decadencia. Durante el esplendor de la nobleza, los torneos eran operaciones lucrativas en las cuales cada caballero arriesgaba muy rara vez su vida (35). El peligro de muerte no era grande para un hombre protegido con toda la armadura. Lo peor que le podía ocurrir era ser volteado del caballo, y en ese caso, naturalmente, entregarse prisionero. El que vencía en el torneo se

(32) "Entre los puntos más importantes de los relativos a la guerra contábase en aquellos tiempos todo lo que se refería a la captura de prisioneros. El rescate esperado por un prisionero distinguido era, tanto para el caballero como para el soldado mercenario, una de las promesas más seductoras de la lucha". HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, tomo II, pág. 138, traducción de José Gaos, "Revista de Occidente". Madrid, 1930.

(33) "En la época puramente feudal véñse por todas partes pequeñas guerras locales, en que no cabe descubrir otro motivo económico que la envidia del uno por los bienes del otro". HUIZINGA, tomo I, pág. 31.

(34) Nada más que en Levante, y en 1090, el Cid recibía como tributo 50.000 dinares anuales de los Beni Betir, 10.000 de Ben Razim; 10.000 de Ben Cacim; 8.000 de Ben Lupon; 6.000 de castillo de Segorbe; 3.000 del de Almenar; 2.000 del de Liria; 52.000 del rey de Valencia. Ver MENÉNDEZ PIDAL, ídem, tomo I, pág. 416.

(35) ANATOLE FRANCE, obr. cit., tomo I, pág. XLVIII.

apoderaba del caballo y de las armas del vencido, lo cual significaba una fortuna.

Porque los arreos del caballero eran carísimos: desde la loriga de cuero y el yelmo de hierro hasta el repuesto de espadas y la silla morzerzel. El caballo además, tenía en esa época un precio exorbitante a causa de la desorganización de la cría y la penuria de la agricultura. En la España de la Edad Media un caballo equivalía a un rebaño de 25 bueyes, y la montura otro tanto (36).

Con semejantes riesgos pecuniarios, los torneos no tenían nada de cortesías y de reverencias, y en cuanto al vencedor, que no llegaba a tal sino después de haber recibido buenos golpes, rara vez quedaba para un desfile de espectáculo. En Lagny, por ejemplo, más de tres mil caballeros combatieron a la vez, y cuando concluido el torneo se buscó a Guillermo el Mariscal para proclamarlo triunfador se lo encontró en una herrería con la cabeza sobre un yunque, mientras el herrero, con martillos y tenazas forcejeaba por librarlo de su casco (37).

La prisión, además, que en cada castillo existía, no era cárcel para hacer purgar los delitos de los vasallos, sino lugar seguro para guardar "secuestrados" de importancia. Y cuando las cosas apuraban, el señor del castillo no tenía ningún pudor en bajar él mismo en persona a desvalijar en el camino hasta a los mismos juglares que pasaban. Y estos señores eran, unas veces un caballero catalán; otras veces, un rey de Navarra (38).

Reyes de tal linaje tenían los vasallos que se merecían. Como el rey no estaba unido a los nobles sino por el juramento de fidelidad que estos le prestaban, semejantes relaciones cesaban en cualquier momento por voluntad de cualquiera de las partes. Si un rey podía echar de sus tierras a un vasallo sin razón ninguna, un vasallo podía retirarle también su juramento de fidelidad y hasta guerrearle si le placía. Cuando el Cid en desgracia se puso al servicio de los moros, no tuvo inconveniente en atacar las tierras del rey de Aragón, donde robó y cautivó durante cinco días. El conde de Carrión sirvió también, con sus armas, al hijo de Almanzor; y hasta Tancredo,

(36) MENENDEZ PIDAL, *La España del Cid*, tomo I, pág. 143.

(37) EVANS, obr. cit. pág. 45.

(38) MENENDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca y juglares*, pág. 98, edición de la "Revista de Filología Española", Madrid, 1924.

el Cruzado, no tuvo empacho en guerrear a Balduino, ¡con el apoyo del emir de Alepo!

La gran propiedad de entonces no consistía, como se puede creer, en latifundios. Lo mismo la señorial que la monástica se hallaba *muy diseminada*, lo cual obligaba a los señores a andar con su mesnada de heredad en heredad a fin de consumir los frutos de cada una. Continuos gastos y peligros surgían de esas andanzas, y más de una vez los rencores de un vecino las transformaban en catástrofe.

Semejante género de vida tenía necesariamente que arruinarlos. Para hacer la guerra tal como ellos la practicaban — unas veces por su partido, otras veces contra su partido, pero siempre en su provecho— les era necesario mantener una mesnada (39) que exigía muchos gastos en armas, tiendas, escuderos y caballos. La prodigalidad además, que distinguía al señor frente a la estrechez del villano, le forzaba a gastos desmesurados, *y como él no era un productor sino un parásito que explotaba a sus vasallos, nunca sabía ni lo que entraba ni lo que salía.*

Por urgencias de dinero se fué desprendiendo poco a poco de muchos de sus privilegios, y cuando en sus propios dominios se empezó a formar una nueva clase que pedía un puesto al sol, no tuvo inconvenientes en poner precio a esa libertad. Y tal es el origen de la leyenda del señor generoso que liberaba siervos, como en otros tiempos del "austero" romano que liberaba esclavos.

* * *

El origen de la nueva clase social que empezó a formarse en la Edad Media es un poco obscuro. Pero irrumpe en la historia en el momento en que una transformación económica importante conmueve las bases del feudalismo. Hasta el siglo X las ciudades no podían ser más miserables. Los habitantes eran en su mayoría artesanos y domésticos al servicio de un señor, en condiciones de sumisión idénticas a las de los siervos en la campaña. Pero a partir del siglo XI la economía moneta-

(39) La mesnada del señor estaba formada de los parientes, de los nobles criados en la casa, y de los amigos y caballeros extraños que a cambio de fidelidad buscaban su amparo y la parte que les correspondía en el botín.

ria reaparece y el comercio renace. Hasta ese momento el señor que era dueño de la ciudad o burgo (40), no tenía que comprar sino algunos objetos de lujo venidos del oriente. Los paisanos de sus dominios le traían alimentos y materias primas que los artesanos de su ciudad le trabajaban. Mas tan pronto el dinero entró en circulación, el señor encontró ventajoso permitir a sus artesanos —mediante retribuciones económicas— que en vez de trabajar únicamente para él se dieran a producir para los otros, y autorizó al mismo tiempo que al castillo entraran y salieran mercaderes (41). *La ciudad se hizo así un centro de comercio donde los productores cambiaban sus productos. Una profunda transformación arrancó desde allí. Fortaleza hasta ayer, empezaba desde hoy a ser mercado. Sus habitantes, los burgueses, acabaron por fundirse en una clase predispuesta a la vida pacífica y urbana, bien distinta de la guerrera y rural de la nobleza.*

La transformación económica no repercutió únicamente sobre las ciudades. En cuanto el siervo y el colono encontraron en ella un mercado para sus productos, empezaron a pagar en dinero las rentas que debían al señor, y a vislumbrar, al mismo tiempo, la posibilidad de limitar de alguna manera su poder. Sublevaciones en las ciudades y en las campañas, informaron a los nobles de que los tiempos empezaban a cambiar. Los burgueses, reunidos en agrupaciones juramentadas de ayuda mutua, masacraron a algunos señores, religiosos y laicos. Saludable medida que, aunque inspiró naturalmente respuestas feroces, sugirió a la larga la necesidad de reformar un poco el estado de las cosas. El señor otorgó entonces una *carta* a la ciudad mediante la cual limitaba su propio poder. Lo que esa carta tenía de esencial podía reducirse a lo siguiente: el señor dejaba de imponer tributos o multas a capricho; y desde ese momento, se ajustaba a una tarifa. Análogas *cartas de franquicia* consiguieron por su parte los colonos, y no quedaron excluidos ni los siervos. *Los paisanos y los burgueses compraron al señor el poder arbitrario que mantenía aquel sobre sus bienes.*

(40) La palabra deriva del alemán *bourg* que significa ciudad fortificada. Oficialmente, por lo menos, apareció en 1134.

(41) "En la Edad Media, ¿qué es una ciudad? Es un castillo que ha prosperado". FUNCK - BRENTANO, *Le Moyen Age*, editor Hachette, Paris, 1922.

Semejante vuelco en la economía y en las relaciones entre las clases tenía necesariamente que repercutir en la educación. La aparición de las burguesías de las ciudades obligó a la Iglesia a desplazar el centro de gravedad de su enseñanza. Si hasta el siglo XI pudieron bastar las escuelas de los monasterios, se hacían necesarias ahora las escuelas de las catedrales. *De manos de los monjes, la enseñanza pasó a manos del clero secular.* Perdido en las soledades rurales, el monasterio no podía ya sostener la hegemonía de la Iglesia en un tiempo en que el comercio nacía en las ciudades, y empezaba a exigir otra instrucción. *La burguesía, es necesario destacarlo, no tenía entonces la más mínima intención revolucionaria.* Recién nacida como clase, se hallaba entonada, a lo sumo, por las cartas de franquicia que había arrancado a la nobleza. Por numerosos que fueran sus conflictos con los señores, la burguesía de la época no era de ninguna manera antifeudal; aspiraba simplemente a tener un lugar, *dentro del régimen feudal,* de acuerdo a sus intereses económicos y políticos. Con el lenguaje de Marx podríamos decir que la burguesía aunque clase en sí, no era todavía clase para sí; es decir, carecía de la conciencia de sus intereses como distintos y opuestos a los intereses del feudalismo. No perdamos de vista estos caracteres para comprender todas las transacciones, componendas y tanteos que desde el siglo XI hasta el siglo XVIII señalan el movimiento lento pero ascendente de la burguesía.

* * *

Las *escuelas catedralicias,* a decir verdad, habían existido desde siglos atrás con una organización semejante a las monásticas y con la división también en externas para los laicos, e internas, para el clero. La teología, por supuesto, estaba en el centro de sus preocupaciones pedagógicas. "Amar y venerar a Dios" era para Alcuino, la suprema aspiración del sabio. Con semejante ideal, inútil añadir que en las escuelas de las catedrales, como en las escuelas de los conventos, lo que menos importaba era la instrucción. El rezo coral, por ejemplo, tenía más importancia a sus ojos que "las siete artes liberales juntas", y gracias a su especialización en tal sentido no puede sor-

prendernos el renombre de la escuela de Metz, famosa en todo el imperio por la enseñanza que daba a los cantores. . . .

Pero bajo la influencia de la nueva burguesía que exigía su parte en la instrucción, la escuela catedralicia fué en el siglo XI el germen de la Universidad (42). La fundación de las universidades equivalió en el dominio intelectual a una nueva "carta de franquicia" de la burguesía. (45). Si hacemos memoria de lo que dijimos hace un rato, recordaremos que la burguesía consiguió triunfar en sus primeras escaramuzas contra los señores mediante asociaciones juramentadas. Las gildas y corporaciones habían favorecido no poco a los comerciantes de la antigüedad, y pesaron bastante en la Roma del siglo III. Resurgían ahora con renovado vigor, y no sólo aseguraban a la burguesía sus triunfos económicos sino que le iban a permitir además, su primer victoria intelectual. La palabra universidad —*universitas*— se empleaba en la edad media para designar una asamblea corporativa cualquiera, lo mismo de zapateros que de carpinteros. Nunca se la usaba por eso en un sentido absoluto, y decir por ejemplo, "Universidad de Bolonia" no era nada más que una abreviatura cómoda para designar la "Universidad de los maestros y estudiantes de Bolonia". En sus comienzos, las universidades fueron reuniones libres de hombres que se propusieron el cultivo de las ciencias. La expansión del comercio que está en la base de este renacimiento —y que llevó a los cruzados a conquistar los Dardanelos— había ensanchado de tal modo el horizonte de la época que corrientes de todo orden empezaron a remover la atmósfera de Europa. Mientras en el mundo cristiano se aseguraba por ejemplo, que el mundo era plano, algunos ecos llegaban de que los califas de Córdoba enseñaban la geografía con esferas. La burguesía, que sentía más que nadie el contenido vital de esos problemas, comprendió la necesidad de crearse una atmósfera intelectual más adecuada.

La universidad le dió ese ambiente. Como todas las cor-

(42) En la fachada de la catedral de París pueden verse todavía las figuras simbólicas que nos transportan a ese momento de la historia de la educación: la Diáléctica y la Serpiente de la sabiduría, la Gramática y el látigo de los castigos, la Aritmética contando con los dedos, la Geometría y sus compases, la Astronomía y su astrolabio, la Música y sus campanas.

(43) La universidad fué "una especie de comuna intelectual". MORIN. *La France au Moyen Age*, p. 97. editor Pagnerre, Paris, 1868, tercera edición.

poraciones, sometía a sus miembros a una sucesión de pruebas y de grados. Es sabido que el artesano (44) que deseaba trabajar en un oficio cualquiera debía inscribirse en el gremio respectivo, trabajar un primer tiempo como *aprendiz*, y un segundo como *oficial*, antes de llegar a ser *maestro*.

En la universidad, igualmente, el muchacho que deseaba estudiar las artes liberales, adquiriría paso a paso, en un proceso parecido, el grado de *bachiller*, *licenciado* y *doctor*. Un rasgo sumamente original que no existía en otras corporaciones hizo además de las universidades *la primera organización francamente liberal*. No solamente los estudiantes determinaban cuando debían comenzar las clases, qué tiempo debían durar, etc., sino que el mismo cuerpo gobernante sólo tenía poderes delegados (45). Los estudiantes fiscalizaban a los profesores de una manera que asombraría no poco a los antirreformistas de hoy que quieren volver al reinado de la toga y del birrete: si el doctor salteaba un párrafo del libro que comentaba, los alumnos le imponían una multa; si se eximía de aclarar una dificultad diciendo que eso lo verían más tarde, multa; si insistía demasiado sobre ciertos desarrollos, multa... (46).

La fundación de las universidades abrió para la burguesía la participación en muchos de los beneficios de la nobleza y del clero que hasta entonces le habían sido negados. Uno de los privilegios municipales otorgado por Alfonso de Poitiers en el siglo XIII, por ejemplo, fué el de permitir a los hijos de burgueses el ingreso a las órdenes religiosas. Y si esto es ilustrativo con respecto a la Iglesia, la lenta formación de la nobleza llamada "de toga", por oposición a la auténtica "de espada", señala también cómo por intermedio de las universidades la burguesía se apoderaba de la justicia y de la burocracia. La conquista de un título universitario ponía al buen burgués casi al rás con la nobleza, y desde el momento en que investía orgulloso los signos de la dignidad doctoral —el birrete y la toga, el anillo y el libro— ya empezaban a mirarlo como a

(44) "No era artesano el que quería: para ejercer un oficio era necesario pasar por una larga serie de iniciaciones costosas, ser aceptado por la corporación y pagar un derecho de entrada bastante considerable". MORIN, *idem*, p. 93.

(45) RASHDALL, *Universities of Europe in the Middle Ages*, pág. 518-525. Clarendon Press, Oxford, 1895.

(46) LANGLOIS, *Les universités du moyen Age*, p. 801. en "La revue de Paris", 15 febrero de 1896.

un noble (47). Para él, el privilegio en los procesos; para él la precedencia en el paso . . .

Entre los más ilustres doctores en leyes las ciudades elegían ahora sus embajadores y oficiales, *los mismos que hasta ayer habían sido elegidos en el clero*. Escribían los doctores los documentos de más responsabilidad, y es bien sabido que fué Rolandino Passeggeri el que redactó la enérgica respuesta de la comuna de Bolonia a una carta amenazante de Federico II (48).

La Iglesia y los reyes trataron por eso, de tener las universidades bajo su influencia, y aunque muchos fueron los reyes que tomaron por su cuenta la iniciativa de fundarías y otorgarles privilegios — como hizo por ejemplo, Federico I con la universidad de Bolonia en 1158, concediendo a los estudiantes hasta un tribunal de justicia nada más que para ellos — la Iglesia todavía poderosa no se dejó de ningún modo desplazar: la facultad de Teología se colocó de inmediato a la cabeza. Los estatutos de 1317 prescribían que el rector de Bolonia debía de ser escolar clérigo, soltero y llevar hábitos.

Pero aunque nominalmente eclesiástica, la universidad era, por su espíritu, seqlar. Bajo el pontificado de Inocencio II, la Universidad de París tuvo un conflicto con el canciller de la catedral. Pretendía éste que los candidatos a la licencia le jurasen fidelidad. Sospechaba que el control se le escapaba de las manos y hablaba por eso de las asambleas de profesores —él las llamaba “conjuraciones” —con la misma indignación que los obispos del siglo XI se referían a esos “conventiculos” de villanos que consiguieron, a la postre, las cartas de franquicia para las ciudades. El Papa hizo de árbitro. Fiel a su política previó la grandeza futura de la Universidad y falló a su favor esperando su reconocimiento. La exigencia de que el rector fuese clérigo cayó en desuso (49). Los intereses intelectuales, exclusivamente religiosos al principio, llegaron a ser después filosóficos y lógicos. La áspera disputa entre nominalistas y realistas, que llena el final de la edad media, no era absur-

(47) “En París, como en Bolonia, eran muchos los jóvenes que sin estudiar solicitaban que les dieran el título de licenciado, no con la intención de enseñar, pero sí con el deseo de decorarse con un título”. LANGLOIS, *idem*, p. 806.

(48) ZACCAGNINI, *La vita dei maestri e degli scolari nello studio di Bologna nei secoli XIII e XIV*, p. 22, editor Olschki, Geneve, 1926.

(49) ZACCAGNINI, *obr. cit.* págs. 9-10.

da ni grotesca. Bajo la aparente puerilidad de sus posiciones filosóficas latía el conflicto profundo del feudalismo con la burguesía. Casi todas las herejías encontraron, en efecto, su justificación en los nominalistas, como toda la ortodoxia hablaba por boca de los realistas. En los tiempos en que afianzaba orgullosamente su poderío, la Iglesia había lanzado por boca de San Agustín su afirmación orgullosa: "creo para comprender" —*credo ut intelligam*—; en estos otros en que empezaba a sentirse amenazada, Abelardo invertía la divisa de Agustín: "comprendo para creer". Un asomo tímido pero innegable del racionalismo burgués asomaba en esa frase, sin que el teólogo que la pronunciaba tuviera por supuesto la más mínima conciencia. Por eso si la burguesía volteriana de fines del siglo XVIII hubiera tenido un más fino sentido de la historia, lejos de condenar precipitadamente a toda la edad media, hubiera reconocido en Roscellino, Abelardo y Guillermo de Occam a sus primeras avanzadas (50). Pero aunque heterodoxos, no eran todavía incrédulos. Atrevidos en la interpretación de los dogmas, aceptaban, sin embargo, la revelación. La incredulidad no puede aparecer sino cuando se descubre que al lado de la religión que se profesa hay otras religiones que no están desprovistas de razón (51). Eso ocurriría recién un siglo más tarde, cuando el comercio y las cruzadas trajeran un conocimiento más exacto del islamismo y el judaísmo.

La riqueza de los comerciantes y de los industriales, que en el siglo V de Atenas hizo surgir a los *sofistas*, y en el II de Roma a los *retores*, venía creando, sin embargo, en las Universidades medioevales la atmósfera adecuada para que surgieran los doctores. Riquezas de comerciantes y de artesanos animaban en efecto a las universidades. Desde el rector hasta los estudiantes eran todos, hombres de fortuna. No sólo el modo de vestir y el séquito de los rectores imponía gran dispendio, sino también el de los mismos profesores. Pero hay un rasgo que señala además en ellos su perfil particular: *todos, casi sin excepción, eran usureros* (52). Sus retribuciones les

(50) SARTIAUX, *Foi et Science au moyen âge*, pág. 240, ediciones Rieder. Paris, 1926.

(51) RENAN, *Averroés et l'averroïsme*, pág. 281-282, editor Calman Levy. Paris, sin fecha.

(52) "De esta culpa (la usura) están manchados más o menos todos los grandes maestros de la Universidad de Bolonia". ZACCAGNINI, obr. cit., pág. 38. En igual sentido, págs. 35 y 37.

venían en parte de los propios alumnos, en parte de las rentas de la ciudad. Pero ya hemos visto que recibían encargos oficiales y particulares, a los que se añadía el comercio en libros, y los préstamos a los alumnos. El sólo hecho de que la enseñanza era paga, ilustra bastante sobre el carácter de los alumnos que la recibían. Eran estos de condición desahogada, lo suficiente no sólo para remunerar a los maestros sino para vivir en las pensiones, costear los viajes y pagar las larguísimas retribuciones que equivalían en cierto modo a los aranceles de nuestras universidades. La ceremonia final de la aprobación o *conventatio*, por ejemplo, exigía muchos gastos. El laureado debía hacer varios regalos al *promotor* — nuestro padrino de tesis — a los doctores que lo habían examinado, al doctor que había tenido a su cargo el sermón de clausura (53). Y si esto era al final, la entrada no le imponía gastos menores. Los mismos estudiantes exigían del “nuevo” que no sólo soportara pacientemente las burlas y castigos con que lo iniciaban, sino que costeara además un abundante festín con su peculio.

Estas exigencias parecen contradecir un poco el carácter tradicional del estudiante de la Edad Media que anda siempre en apuros de dinero y que hasta roba o pide limosna para conseguirlo. La mayoría, cierto es, no tenía mucha blanca en los bolsillos. Pero reconocer esto último no tiene nada de contradictorio con lo que hemos dicho un poco antes: la vida disipada que llevaban — juego, bebida y mujeres — explica de sobra por qué se quedaban sin dinero casi el mismo día en que habían recibido del padre la pensión (54). De esos desórdenes (55), y del deseo de la vida aventurera propia de la juventud nació el tipo de estudiante vagabundo o *goliardo* que fué, con los soldados, terror de tabernas y de huertas. Pero estos estudiantes — burgueses desclasados y hasta nobles — conservaban bien claras sus diferencias con los pobres diablos. Un himno de la época, de carácter blas-

(53) ZACCAGNINI, *La vita dei maestri e degli scolari nello studio di Bologna nei secoli XIII e XIV*, p. 84.

(54) ZACCAGNINI, obr. cit. pág. 48.

(55) Con respecto a los estudiantes de París, Robert de Sorbon decía que “conocen mejor las reglas del juego de los dados que las de la lógica”. FUNCK-BRENTANO, obr. cit., p. 195. En la pág. 196 de la misma obra se pueden leer varias cartas de estudiantes pidiendo dinero a los padres.

fematorio, muy común entre los estudiantes ingleses, subraya netamente el carácter de la clase a que pertenecía el estudiante medioeval: "Dios, tú que has creado a los labriegos para servir a caballeros y escolares, y has puesto en nosotros odio hacia ellos, déjanos vivir de su trabajo, gozar de sus mujeres y darles muerte, en fin: por nuestro señor Baco, que bebe y alza su vaso, por los siglos de los siglos, amen" (56).

Mientras la burguesía más rica triunfaba en la Universidad, la pequeña burguesía invadía las escuelas primarias. A mediados del siglo XIII, los magistrados de las ciudades comenzaron a exigir escuelas primarias que la ciudad costearía y administraría. Se trataba a todas luces de una iniciativa que iba directamente contra el control que la iglesia mantenía. Los avances de la gran burguesía en la Universidad no comprometían mucho ese control. Pero aspirar a dirigir escuelas municipales, significaba casi un cartel de desafío. La lucha aquí no fué tan fácil, y antes de conseguir este otro triunfo dos siglos todavía debían transcurrir. Mientras tanto, las ciudades debieron resignarse a admitir en sus escuelas la inspección de la Iglesia, y hasta ocurrió no pocas veces que el maestro que enseñaba en la escuela de la catedral fuera el mismo que enseñaba en la escuela del municipio.

La enseñanza que en ellas se dictaba tenía ya más contacto con las necesidades prácticas de la vida. *En vez del latín, la lengua materna* (57); en vez del predominio total del *trivium y cuadrivium, nociones de geografía, de historia y de ciencias naturales*. No se crea, sin embargo que las escuelas municipales eran gratuitas. Aunque el municipio pasaba un cierto sueldo a los maestros — sueldos de hambre, naturalmente — los alumnos retribuían los servicios del maestro según las dificultades de las materias (58). *Se trataba siempre como se ve, de escuelas para privilegiados* y no podía ser de otra manera. La burguesía, lo repito, no tenía en esa época nada de revolucionaria. Reformadora, a lo sumo, crecía y prosperaba dentro del molde feudal. Su primer triunfo, el de las cartas de franquicia, consistió en conseguir para toda la ciudad los derechos reconocidos únicamente a los señores. En ese sentido se

(56) MESSER, *Historia de la pedagogía*, pág. 165.

(57) MONROE, *Historia de la pedagogía*, tomo II, pág. 162.

(58) WICKERT, *Historia de la pedagogía*, pág. 44.

ha podido designar a la comuna como un "señorío burgués", y es bajo el disfraz de ese señorío que la burguesía avanzaba cautelosamente. Pero antes de continuar, destaquemos una vez más un rasgo de importancia: Si para la iglesia y el señor feudal la escuela no significó nunca ilustración "popular", para la burguesía en ese instante no tenía tampoco otro sentido. Impregnadas del espíritu de las corporaciones, las primeras escuelas de la burguesía presentaban el carácter cerrado de los gremios. Para las corporaciones de los maestros, todo lo que se refería a la enseñanza de su oficio estaba revestido del máximo secreto. Famosas son, por ejemplo, las reservas con que los arquitectos medioevales defendían las reglas del arte de construir, y una contraprueba curiosa de semejante hermetismo de los gremios la tenemos en las extrañas suposiciones que hacía el pueblo de entonces sobre la manera de obtener las mejores tinturas para los tejidos. Dado el carácter de la organización gremial, ni el aprendiz ni el oficial — aunque explotados — se sentían como miembros de una clase aparte que enfrentaba a la clase de los explotadores constituida por los "maestros" de los gremios. El artesano se sabía a lo sumo, un explotado de paso. La estructura del gremio, lejos de cerrarle el paso hacia el puesto de "maestro", estaba dispuesta de tal modo que los "maestros" surgían de los oficiales y estos a su vez de los aprendices. Cada artesano trabajaba pues con la esperanza de convertirse algún día en explotador de otros artesanos (59). Si se añade a esto la falta de grandes masas obreras en aquellos talleres reducidos, el raquitismo de la industria artesana que no exigiendo medios muy costosos permitía a los oficiales la propiedad de las herramientas, y la cuota inicial que cada aprendiz debía abonar al ingresar al gremio, con lo cual se cerraba el acceso a los que no poseían ya algún recurso, se comprenderá de sobra que las "escuelas municipales" del siglo XIII, con significar un adelanto enorme sobre las monásticas, no tenían tampoco nada de "populares". Pero habían conseguido abrir una fuerte brecha en la enseñanza dictada por la iglesia: la sustitución del latín por los idiomas nacionales, y una tendencia mayor a subrayar la importancia del cálculo y la geografía.

(59) W. ROCES. *Introducción a la edición Cenit del Manifiesto Comunista*. pág. 28, Madrid, 1932.

Estas dos últimas materias tenían para los comerciantes un interés tan destacado, que las desarrollaron de manera intensiva en ciertas escuelas especiales que podríamos llamar de contabilidad. En Florencia, Génova, Bolonia, ciudades todas de activo comercio, se necesitaban escuelas especiales para comerciantes y banqueros. En las escuelas propiamente religiosas —destinadas a la enseñanza de los monjes — la contabilidad tenía una importancia que se explica en cuanto se recuerda los enormes intereses comerciales y bancarios de que disponía el monasterio.

Fué un monje, precisamente, el italiano Luca Paciolo, el que desarrolló con mayor perfección el sistema de la contabilidad por partida doble (60). Esa misma ciencia comercial, que el monasterio conocía a la perfección, era la que los maestros de los gremios querían ahora para ellos. A medida que el "maestro" artesano empezaba a producir para un mercado cada vez más vasto, comenzaba también a transformarse en comerciante. De donde surgió pues una nueva lucha con la Iglesia sobre el mismo terreno que la enseñanza del monasterio designaba con el nombre de *dictamen prosaicum*. Rivales de la Iglesia en la Universidad y en la escuela, los laicos cultos le disputaban ya los puestos de confianza cerca de los grandes, y los puestos de confianza en las comunas.

* * *

La catedral gótica, la escolástica y la universidad no corresponden pues al período de la Iglesia en el momento en que llega a su máximo esplendor sino al período de su historia en que comienza a pactar con las potencias rivales. El fin del siglo XI y el comienzo del XII son el apogeo de la herejía; son también el tiempo de las catedrales, de los doctores y de las comunas. El dogma es atacado desde frentes distintos, y es la ciudad con su comercio y sus artesanos la que dispara los primeros hon-dazos.

"Cuando se cree no se necesita otra cosa que la fe", había dicho Tertuliano en los orígenes de la Iglesia. Esa era la voz auténtica de un movimiento poderoso que rebosaba confianza en sus propias fuerzas. Esa era la voz que animaba al monaste-

(60) MESSER, *Historia de la Pedagogía*, pág. 140.

rio de los primeros tiempos, y a las iglesias románicas con su desnudez primitiva, su aspecto macizo, sus naves oscuras. La catedral, en cambio, enorme, sonora y clara, llevaba consigo un ímpetu jubiloso que espantaba a los monjes más auténticos (61). La catedral, en efecto, no servía únicamente para el culto: "era el mercado, la bolsa de comercio, el granero de abundancia. En ella se levantaban tablados para el teatro y para el baile. En ella, los profesores y los estudiantes celebraban sus asambleas; y en ciertos días, la ciudad entera discutía sus negocios" (62).

Ese despertar de la vida comercial, ruidosa y movediza; esa afirmación de los negocios y del cálculo, que oponía la catedral al monasterio, y el burgués de toga a los señores de la espada o de la cruz, cuajó en el plano intelectual en esa otra catedral impresionante que ha dado en llamarse la escolástica. Del siglo XI al siglo XV la escolástica marcó sobre el frente cultural un verdadero compromiso entre la mentalidad del feudalismo en decadencia y la mentalidad de la burguesía en ascensión; entre la fé, el realismo y el desprecio de los sentidos por un lado, y la razón, el nominalismo y la experiencia por el otro.

* * *

Amenazada en el control de ese poderoso instrumento de dominio que fué en todo tiempo la cultura, la Iglesia lanzó entonces, como una jauría, las órdenes de los predicadores y los mendicantes: feroces, los dominicanos; untuosos, los franciscanos.

Nos es un poco difícil a nosotros, lectores de periódicos, imaginar el efecto de una predicación organizada. La Iglesia recurrió en esto a los efectos más teatrales y sugestivos. Todo

(61) Ver en EVANS, obr. cit. pág. 115. las protestas de San Bernardo contra el embellecimiento de las catedrales.

(62) Elie FAURE ha visto bien la relación entre las catedrales y el triunfo de las comunas: "La majestad, la grandeza, la lógica, la belleza de la catedral están en razón directa de la potencia del organismo comunal". Consultar su ensayo *La cathedrale et la commune*, en "La Grande Revue", 10 Janvier 1912, págs. 116 a 126. En igual sentido, el ya citado libro de WALLON, *Saint Louis*, tomo II, 345. Qué es lo que pasaría a menudo en las catedrales puede sospecharse por detalles como este: el consejo de Estrasburgo hacía repartir todos los años 1100 litros de vino entre los que pasaban la noche de San Adolfo en la catedral. "velando y orando". HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, tomo II, p. 21.

lo que dijimos alguna vez con respecto al "orador" romano y a sus calculados gestos para impresionar a la multitud, reaparece ahora en los "predicadores" (63), con un vigor multiplicado por la calidad misma de los recursos que empleaban: el terror, sobre todo, de la muerte; de esa muerte macabra, con mandíbulas descarnadas y órbitas huecas, que la Iglesia católica estilizó con un rebuscamiento intencionado. En el año 1429, y en la ciudad de Paris, el hermano Ricardo predicó diez días sucesivos. Hablaba desde las cinco hasta las once de la mañana en el cementerio de los Inocentes, bajo una galería en la que estaba pintada la danza de la muerte y a escasa distancia de las fosas rebosantes de cráneos y de tibias. Cuando después de su décimo sermón anunció que era el último, las mujeres y los hombres sollozaban (64).

Con la amenaza del terror religioso, las herejías se acallaron por un tiempo, las innovaciones más o menos peligrosas sufrieron un compás de espera; pero el empuje dado por la economía en el siglo XI ya no se podía detener. La era llamada de las "invenciones" se avecinaba. La erudición que había sido hasta entonces prerrogativa eclesiástica, cada día acentuaba su carácter laico. En vano en las universidades se castigaba con penas severas a los estudiantes que no hablaban en latín. A una generación que hablaba en la universidad los idiomas "nacionales" (65), había sucedido otra que los hablaba también en las escuelas, y apuntaba otra, todavía más dichosa, que empezaría a leer libros impresos (1455).

* * *

Correspondió a Florencia — la formidable Nueva York del cuatrocientos — la gloria de acentuar, más vigorosamente que ninguna otra ciudad, ese empuje poderoso de las nacientes burguesías. El primer griego que llevó a Occidente los tesoros culturales de su patria estuvo a sueldo, desde 1396, de la burguesía florentina.

(63) "No había para ellos efecto demasiado grosero, ni tránsito de la risa al llanto, ni elevación de la voz demasiado fuerte por desmesurada que fuese". HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, tomo I, pág 69.

(64) HUIZINGA, obr. cit. tomo I, págs. 15-16.

(65) Por "naciones" se agrupaban los estudiantes en las Universidades.

En el prólogo del *Decamerón*, Boccaccio (1313-1370) se despedía del feudalismo siniestro con sus caballeros brutales y su religión sin alegría (66). "La vida, la verdadera vida — decía — es esta vida humana amasada de ingenio y de instinto". De la pesadilla del *Infierno* dantesco, Florencia despertaba con una esperanza fresca, y para subrayar de manera inequívoca el sentido original de la nueva clase social cada vez menos tímida, hizo de los Médicis — su más poderosa familia de banqueros — los príncipes que dirigieron sus destinos.

Pero el brillo extraordinario del Renacimiento, con el esplendor de sus artes y la pompa de sus fiestas, no modificó en un ápice la situación de los explotados. A pesar del intenso movimiento educativo que caracterizó al Renacimiento, no apareció en ninguna oportunidad el más tímido intento de educación "popular". Verdad es que sobre la anterior escuela de las corporaciones, significaban las nuevas un adelanto no pequeño: verdad es que por boca de León Battista Alberti, (1404-1472) representante sumo de la burguesía, el humanismo afirmaba que la "ciencia debe ser sacada del encierro y esparcida a manos llenas" (67), pero a condición, sin embargo, de que *el individuo se eleve sobre su propia clase para alcanzar una educación adecuada al rango superior*. Todos los pedagogos del Renacimiento desde Agrícola (1444-1485), hasta Melantchon (1497-1560) fueron hijos de burgueses ricos y vivieron como preceptores de los nobles y de los hijos de burgueses ricos. Gianfranco Gonzaga, Marques de Mantua, de cuyo hijo fué maestro Vittorino da Feltre (1378-1446) — el primer pedagogo que apareció por entonces — era un "uomo nuovo", es decir, un *parvenu*. Mirado con recelo por las familias de más lustre, buscó por eso un hombre docto que diera brillo a su corte.

La cultura renacentista descansaba, en efecto, sobre finanzas de banqueros (67). Y para no citar más que un ejemplo, es sabido que la famosa Academia Platónica, centro de estudios humanistas, fué creada por los Médicis, celosos del brillo cultural de sus banqueros rivales, los Sforza.

(66) GEBHART, *Conteurs florentins du moyen age*, pág. 78, editor Hachette, Paris, 1909.

(67) WOODWARD, *La pedagogía del rinascimento*, pág. 49, traducción de Coddignola y Lazazri, editor Vallecchi, Firenze 1923.

(68) Ver MEUNIER, *Le quattrocento*, *passim*.

Por reacción contra el feudalismo teocrático, el burgués del renacimiento volvió los ojos hacia la antigüedad para retomar la cadena de la unidad histórica en el mismo anillo en que el feudalismo, en apariencia, la quebrara. Actitud de polémica, mucho más de lo que a nosotros puede parecernos, helenizar era por entonces una manera de oponerse a la Iglesia y la nobleza. Si para el feudalismo, la virtud dominante era la sumisión, para la burguesía mercantil del renacimiento empezó a ser la individualidad triunfante, la afirmación gozosa de la propia personalidad. *Volver a los antiguos era una manera indirecta de renegar de la Iglesia y de la escolástica*: una manera de romper con el pasado inmediato y de retomar como bandera del cuatrocientos los ideales grecorromanos de una cultura laica, alejada por igual del dogmatismo eclesiástico, del ascetismo monacal y del pesimismo imborrable del pecado original. *Pero poner los ojos en la Roma antigua de la paz y del derecho era repudiar además el poder arbitrario del feudalismo, en que el capricho del señor debía ser reconocido como ley*. El ideal latino que Quintiliano (69), reflejaba en su *Orador*, como figura de un tipo que el comercio cosmopolita del siglo II había impuesto a Roma, no disonaba mucho con ese "culto hombre de negocios" que el Renacimiento aspiró a realizar: algo así como un "orador" de Quintiliano que se hubiera acostumbrado a predicar la prudente economía; aquella *masserizia*, tan celebrada por Alberti, en que asomaba ya el profundo carácter del burgués: que los gastos no excedan jamás a las entradas.

Formar hombres de negocios que fueran al mismo tiempo ciudadanos cultos y diplomáticos hábiles, no otra cosa se propuso el renacimiento. Una lengua universal, un tipo uniforme de cultura y la paz perpetua, esas fueron las aspiraciones de Erasmo (1467-1536) y de su tiempo. Por debajo de ellas, las necesidades del comercio y los negocios se traslucían hasta la evidencia. *Para realizarlas, la burguesía pidió apoyo a los monarcas*: es decir, a aquellos de los señores del feudalismo que habían ido creciendo en importancia hasta alzarse soberanos sobre los hombros de sus rivales humillados. En Ingla-

(69) Durante el concilio de Constanza (1414-1418), Poggio Braccionini descubrió en San Gall un ejemplar casi completo de las obras de Quintiliano.

terra, Alemania, Francia, los humanistas — intérpretes de la burguesía mercantil — piden la ayuda de los reyes: a Enrique VIII, a Francisco I, a Carlos V. Paz que facilite el comercio, leyes que no traben los negocios (70), finanzas honestas que no dilapiden el dinero sacado de sus arcas (71) era, en ese instante, lo que la burguesía esperaba de los reyes.

Interesada en sus luchas contra los barones, la burguesía prestó a los reyes su dinero y, además, un apoyo incomparable. Las armas de fuego no sólo transformaron los métodos de guerra sino que aceleraron también el derrumbe del vasallaje. Con toda su armadura, poco podía el caballero frente a un villano armado de un mosquete. Mantenerse a caballo había sido, hasta entonces, toda su ciencia de la guerra. Las cosas cambiaban ahora por completo: para fabricar pólvora y armas de fuego, se necesitaban industrias y dinero. Estaban ambas en manos de la burguesía, y por eso apuntaban sus cañones contra las murallas de los castillos imponentes (72). Cuando estos empezaron a caer, la nobleza perdió su hegemonía; y declinó también la "educación caballeresca", cuando para nada sirvieron los torneos.

Si la historia marcara sus capítulos no con los grandes hechos de la política sino con otros menos brillantes pero más significativos, quizá le hubiera dado extraordinario realce a este hecho minúsculo para su tiempo pero que es para nosotros de una ironía casi simbólica: la flor y nata de los caballeros andantes, *a la moda de Borgoña*, Jacques de Lalaing, perdió su vida por un tiro de cañón.

* * *

El hombre feudal había terminado. Los burgueses le ha-

(70) Aun en el interior de las ciudades las trabas al comercio eran interminables: "Cuando la carreta con mercaderías había pagado bastante a la entrada de la ciudad, debía pagar todavía por pasar el puente, pagar para atravesar el dominio del monasterio, pagar para que le levantaran las cadenas que separaban los barrios, pagar para hacerse acompañar sobre el territorio inviolable del hospital o del conde, pagar a cada paso, bajo todos los pretextos, a todos los dueños innumerables de los oficios públicos". MORIN, *La France au moyen age*, p. 30, tercera edición editor Pagnerre, París, 1868.

(71) "Los ciudadanos de un Estado del último período de la Edad Media, que soportan pesadas cargas y carecen de voz en la administración de los fondos públicos, viven en una desconfianza permanente, dudando de si se derrochan sus dineros, o si se emplean para el provecho y utilidad del país". HUIZINGA, *El otoño de la Edad Media*, tomo I, p. 22.

(72) Antes de las armas de fuego, los castillos sólo podían ser tomados por larguísimo asedios: los medios de defensa y contraataque desde lo alto de una fortaleza eran muy superiores a los de asalto y demolición de los que ponían sitio. Ver MENENDEZ PIDAL, *La España del Cid*, tomo II, p. 510.

bían comprado las tierras; la pólvora le había volteado su castillo; el navío le mostraba, ahora, un continente remoto, más inaccesible para él que las princesas de Trípoli, y hasta el cual no se podía llegar sino mediante la industria y el comercio.

De regreso a España volvían ya las carabelas cargadas de oro. Un nuevo Dios había nacido. "El oro es excelentísimo — decía Colón a la reina Isabel en el lenguaje franco de la burguesía genovesa. Con él, se hacen tesoros, y el que tiene tesoros puede hacer en el mundo cuanto quiera, hasta llevar las almas al Paraíso". (73).

(73) Comparar esta frase de Colón, escrita en la famosa carta desde Jamaica, con los versos de Menandro, (*Fragmentos*, p. 100, editor Didot, Paris) que ya recordamos: "el oro vuelve siervos a los libres, pero abre también las puertas del infierno".

A LOS SUSCRIPTORES

Ha llegado a nuestro conocimiento que se invoca el nombre del COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, haciéndolo aparecer como patrocinando a determinada publicación. Cumplo con el deber de hacer presente que "CURSOS Y CONFERENCIAS" es la única revista del COLEGIO, y que éste no ha sostenido, ni favorecido, ni auspiciado a ninguna otra publicación.

EL SECRETARIO

Una Iniciativa de la Biblioteca Nacional

Para que los escolares pobres tengan libros

Hay que hallarse en contacto con los padres de familias pobres, para saber el sacrificio que importa el comprar, cada año, los libros de clase de sus hijos, que van a la escuela.

Muchos tienen que disminuir sus ropas, tasar su alimento, para pagar el libro. Y muchos, retiran sus hijos de la escuela, porque no tienen cómo costearles los gastos que ella ocasiona, aunque sea gratuita.

Sin embargo, hay millares de libros escolares que se pierden en las casas de familias pudientes. Cada año, el niño cambia de clase y no necesita los textos del año anterior, y los abandona o los destruye.

Qué lástima, cuando tanto niño pobre sería feliz si se los dieran!

La Biblioteca Nacional ha tenido una idea: pedir esos libros, para distribuirlos entre los millares de niños que carecen de ellos.

La Biblioteca Nacional, por intermedio de todos los diarios y revistas del país, se dirige a los padres de familia y les habla así:

1º Acostumbre a sus niños a cuidar los libros en que estudian.

2º Ahora mismo, seguramente, si revisa bien, encontrará en su casa, algunos libros escolares que no le hacen falta.

Es una lástima perderlos, cuando millares de niños argentinos están clamando por ellos.

Mándelos a la Biblioteca Nacional, Buenos Aires. No necesita más dirección.